
Harlequin
Deseo™
Busco marido
EMILY McKAY

Busco marido

Emily McKay

3º Más que amigos

Busco marido (2011)

Pertenece a la temática Maridos y bebés

Título Original: The tycoon's temporary baby (2011)

Serie: **3º Más que amigos**

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: **Deseo 1823**

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Jonathan Bagdon y Wendy Leland

Argumento:

Su nuevo, conveniente y convincente esposo.

Wendy Leland necesitaba un marido rico y con éxito para mantener la custodia de su sobrina, y lo necesitaba ya. Sin embargo, cuando su jefe, rico, exitoso y atractivo le ofreció convertirse en su marido temporal, ella se mostró reacia. Jonathon Bagdon le gustaba demasiado y sabía que resistirse a la tentación resultaría difícil. Él sólo le había ofrecido matrimonio para impedir que Wendy dejara de ser su secretaria. Pero más tarde interpretó el papel de recién casado con tanta pasión que sólo podía ocurrir una cosa…

Capítulo 1

Jonathon Bagdon sólo quería que su secretaria volviera a casa.

Ya habían pasado siete días desde que Wendy Leland se marchó para asistir al entierro de un familiar; siete días de problemas en la empresa de Jonathon. Primero, se estropeó el acuerdo con Olson Inc. que llevaba la propia Wendy y después, él olvidó un plazo de entrega porque el empleado que la sustituía había borrado su agenda de Internet.

Pero los problemas no terminaron ahí. Otro de los empleados envió el último prototipo del departamento de investigación y desarrollo a Pekín, en lugar de a Bangalore; la jefa de recursos humanos había amenazado con dimitir y no menos de cinco mujeres habían salido llorando del despacho de Jonathon. Además, la cafetera se había estropeado y ni siquiera podía tomar una taza de café.

Definitivamente, no era la mejor semana de su vida. Jonathon Bagdon sólo quería que su secretaria volviera a casa. Sobre todo, porque sus dos socios estaban fuera de la ciudad y él tenía que dar los últimos retoques a una propuesta para un contrato muy importante.

Miró su taza y consideró la posibilidad de pedir a Jeanell, la jefa de recursos humanos, que saliera a comprar una cafetera. Sin embargo, Jeanell no había llegado todavía. Los empleados aparecían a partir de las nueve y eran las siete de la mañana.

Naturalmente, podía bajar a un bar o a comprar él mismo la cafetera; pero estaba tan liado que no tenía tiempo para nada. Si Wendy hubiera estado allí, habría aparecido una cafetera nueva como por arte de magia. Y por supuesto, el acuerdo con Olson Inc. no habría sufrido el menor percance.

Cuando Wendy estaba en la oficina, las cosas funcionaban. Jonathon no sabía cómo lo había hecho, pero en los cinco años que llevaba como secretaria de dirección se había vuelto tan indispensable para la empresa como él mismo. De hecho, si se tomaba la última semana como ejemplo, Wendy ya era más indispensable que él: un pensamiento de lo más deprimente para un hombre que había creado un imperio a partir de la nada.

Fuera como fuera, estaba seguro de una cosa. Cuando Wendy volviera, haría lo posible para que jamás se volviera a marchar.

Wendy Leland llegó poco después de las siete a la sede de FMJ. El sensor de movimiento activó las luces cuando entró y se inclinó para extender el techo del carrito de bebé que llevaba. Peyton, el bebé, frunció el ceño sin llegar a despertarse. La niña soltó un gorjeo mientras Wendy empujaba el carrito hasta una esquina relativamente oscura, detrás de su mesa.

Después, se sentó en el sillón, se tranquilizó un poco y miró a su alrededor.

Aquel sillón había sido durante cinco años el lugar desde el que vigilaba sus dominios. Había servido como secretaria de dirección a los tres socios de la empresa, Ford Langley, Matt Ballard y Jonathon Bagdon.

Wendy había estudiado en varias de las universidades más prestigiosas del país y su educación resultaba algo excesiva para el puesto, aunque no tenía el doctorado de ninguna de sus carreras. Su familia seguía pensando que estaba desaprovechando su talento, pero a ella le gustaba el trabajo. Era variado y siempre estaba lleno de desafíos. Lo disfrutaba tanto que no habría dejado FMJ por nada en el mundo.

Por nada, salvo por el bebé que dormía en el carrito. Cuando salió de Palo Alto y se dirigió a Texas para asistir al entierro de su prima Bitsy, no podía imaginar lo que le esperaba. Desde que su madre la llamó por teléfono para decirle que Bitsy había fallecido en un accidente de tráfico, la semana se convirtió en una sucesión de sustos.

Wendy no tenía idea de que Bitsy tuviera un niño. A decir verdad, ninguna persona de la familia lo sabía. Pero lo tenía y, de repente, ella se había convertido en la tutora de un bebé huérfano de cuatro meses.

Las implicaciones de la custodia eran de proporciones dramáticas. Si Peyton Morgan hubiera llegado con una mina de oro, su familia no se habría peleado más por la pequeña. Y si Wendy quería mantener la custodia de la pequeña, no tendría más remedio que hacer lo que se había prometido que jamás haría: presentar su dimisión en FMJ y volver a Texas.

Wendy se dijo que era típico de Bitsy. Creaba problemas hasta después de muerta.

Al pensar en ello, soltó una carcajada; pero la risa tuvo el extraño efecto de revivir el dolor por la pérdida de su prima.

Cerró los ojos con fuerza y apretó las manos contra los párpados. Estaba tan cansada que, si se rendía a la tristeza en ese momento, estaría llorando un mes entero.

Ya tendría ocasión de llorarla. Ahora había cosas más urgentes.

Encendió el ordenador. La noche anterior había redactado su carta de dimisión y se la había enviado a sí misma por correo electrónico. Por supuesto, se la podría haber enviado directamente a Ford, Matt y Jonathon. Incluso había hablado con Ford, por teléfono, cuando él la llamó para darle el pésame. Pero prefirió imprimir la carta, firmarla y entregársela en mano a Jonathon.

Se lo debía a él y se lo debía a FMJ. Además, quería aprovechar esos momentos para despedirse de la Wendy que había sido hasta entonces y de la vida que había llevado en Palo Alto.

El ordenador arrancó y emitió el zumbido familiar que siempre la tranquilizaba. Unos segundos después, abrió la carta de dimisión y se dispuso a imprimirla. El sonido de la impresora resonó en las paredes de la oficina. Era temprano y todavía no había llegado nadie. Nadie salvo Jonathon, cuyo horario era extenuante.

Tras firmar la carta, la dejó en la mesa y se dirigió a la puerta que separaba su despacho del despacho de su jefe.

Antes de abrirla, suspiró y puso una mano en ella. El contacto de la madera maciza le resultó tan fiable y robusto que sintió la necesidad de apoyarse. Iba a necesitar todas las fuerzas que pudiera reunir.

—Wendy no tiene la culpa de nada —dijo Matt Ballard con tono de recriminación.

Matt estaba en el Caribe, de luna de miel, y le había dicho a Jonathon que pusiera la conferencia a primera hora de la mañana porque su esposa, Claire, le había prohibido que hiciera más de una llamada de negocios al día.

—Es la primera vez en cinco años que se toma una baja por motivos personales —continuó.

Jonathon lamentó haberlo llamado. Tenía razones de peso para hablar con su socio, pero ahora parecía que se estaba quejando por quejarse.

—Yo no he dicho que tengo la culpa…

—¿Cuándo iba a volver? —preguntó Matt.

—Se suponía que volvía hace cuatro días. Dijo que estaría afuera dos o tres días, como mucho. Pero después del entierro, llamó para decir que tardaría un poco más.

—Deja de preocuparte —le recomendó Matt—. Tendremos tiempo de sobra cuando Ford y yo volvamos. Recuerda que el límite para la presentación de esa propuesta no se cumple hasta dentro de casi un mes.

El «casi un mes» de la frase de Matt era precisamente lo que a Jonathon le preocupaba. Resultaba tan impreciso e inquietante como

el «un poco más» de Wendy. Jonathan era un obseso de la exactitud. Si tenía que presentar una oferta a una empresa cuyos activos ascendían a varios millones, se molestaba en averiguar cuántos millones eran. Y si tenía casi un mes para presentar una propuesta, quería saber qué se entendía por «casi».

Como no quería tomarla con su socio, cortó la comunicación. El contrato con el Gobierno le estaba volviendo loco; especialmente, porque tenía la sensación de que ser el único al que le preocupaba.

Durante los años anteriores, el departamento de investigación de FMJ había desarrollado un sistema de dispositivos que podía regular y controlar el gasto energético en los edificios. El sistema de FMJ era el más eficaz y el más avanzado del ramo. Desde que lo instalaron en la sede de la empresa, se habían ahorrado un treinta por ciento en electricidad. Si cerraban el acuerdo con el gobierno, el sistema se instalaría en todos los edificios federales del país.

Después, se sumaría el sector privado y el éxito del sistema aumentaría las ventas del resto de los productos de FMJ. Era lógico que Jonathon estuviera entusiasmado con la perspectiva. A fin de cuentas, podían ganar mucho dinero.

Todo lo que había hecho durante diez años, todo su trabajo, dependía de aquel contrato. Sería crucial para el futuro de la empresa.

Acababa de cerrar su ordenador portátil cuando oyó un golpecito en la puerta. No podía ser el sustituto de Wendy. Era demasiado temprano. Pero Jonathon no se atrevió a albergar la esperanza de que Wendy hubiera vuelto.

Echó el sillón hacia atrás y cruzó el despacho que compartía con Matt y Ford. Cuando abrió la puerta, Wendy cayó literalmente en sus brazos.

Wendy seguía apoyada en la puerta cuando Jonathon la abrió de repente. No fue extraño que cayera sobre él. Pero se llevó una sorpresa al encontrarse entre sus brazos, apoyada esta vez en su duro pecho.

Justo entonces, cayó en la cuenta de varias cosas. La primera, el aroma intenso del gel de baño de Jonathon; la segunda, la increíble anchura de su pecho y la tercera, la suave y afeitada silueta de su mandíbula, que fue lo que vio al alzar la mirada.

Normalmente, Wendy se las arreglaba para hacer caso omiso del atractivo de Jonathon Bagdon, un verdadero sueño para cualquier mujer. Él siempre parecía a punto de fruncir el ceño, lo cual aumentaba su aire pensativo. Y su sonrisa, que ofrecía pocas veces, era tan devastadora por sí misma como por los hoyuelos que se le formaban en las mejillas.

No era demasiado alto; medía poco menos de metro ochenta, pero

la fortaleza de su cuerpo compensaba lo que le faltaba en altura. Sus músculos resultaban más apropiados para peleas de bar que para negociaciones empresariales. Wendy nunca había visto su pecho desnudo, pero él acostumbraba a quitarse la chaqueta del traje y a remangarse la camisa cuando estaba trabajando, así que lo admiraba con bastante frecuencia.

Subió la cabeza un poco más, contempló sus ojos de color marrón verdoso y sintió algo completamente inesperado. Una tensión que no había notado antes. Una conexión. O quizás, algo que en general no se atrevía a sentir porque era demasiado inteligente como para meterse en líos.

Él tragó saliva. Fascinada, ella observó los músculos de su garganta, que estaban a escasos milímetros de su rostro.

Por fin, se apartó de él. Wendy fue consciente de que Jonathon la seguía con la mirada, y aún más consciente de que su indumentaria era poco apropiada para trabajar. Era la primera vez que se presentaba en la oficina en vaqueros y, por supuesto, también era la primera vez que se presentaba con su camiseta preferida, de un grupo de punk. Sin embargo, aquél iba a ser su último día en FMJ y necesitaba sentirse cómoda.

Deseó que Jonathon dejara de mirarla con tanta intensidad.

Wendy conocía aquella mirada porque la había notado varias veces a lo largo de los años; pero hasta ese momento, no se había permitido el lujo de sentir algo al respecto. Jonathon Bagdon tenía mucho éxito entre las mujeres y había roto unos cuantos corazones. Wendy se había prometido que jamás formaría parte de esa lista.

Intentó convencerse de que el deseo que sentía por él era consecuencia de su agotamiento. O tal vez, de su vulnerabilidad emocional. O quizás, de alguna disfunción hormonal extraña.

En cualquier caso, carecía de importancia. A fin de cuentas, estaba a punto de marcharse para siempre.

Jonathon quiso volver a abrazarla. Obviamente, se resistió a la tentación. Pero lo quiso de todas formas.

Mantuvo una mano en la puerta y se metió la otra en el bolsillo de los pantalones, en un intento por disimular el efecto que Wendy le había causado. Por ridículo que fuera, su cuerpo había reaccionado con deseo por unos cuantos segundos de contacto físico con su tentadora secretaria. Se había puesto duro como una roca.

Ya había sentido deseo por ella, pero normalmente lograba controlarse. Sin embargo, aquel día era distinto a los demás. Wendy no llevaba su indumentaria de siempre, profesional y discreta, sino unos vaqueros desgastados que se ajustaban a su figura y una camiseta

de cuello ancho que dejaba ver una de las tiras de su sujetador, de color rosa fucsia.

Volvió a tragar saliva e intentó decir algo razonable. Algo que no incluyera la petición de que se quitara la camiseta.

—Espero que hayas tenido un buen viaje.

Ella frunció el ceño y dio un paso atrás.

Él recordó que había ido a un entierro y se maldijo por haberlo olvidado.

—Te acompaño en el sentimiento, Wendy. Aunque te confieso que me alegro mucho de que hayas vuelto.

Jonathon pensó que sus palabras sonaban estúpidas, pero no le extrañó demasiado. No sabía qué hacer ni qué decir cuando una mujer estaba triste.

—Yo… —empezó a decir ella.

Wendy se alejó un poco y se llevó las manos a la cara. Por la tensión de sus hombros, parecía al borde de las lágrimas.

Era la primera vez, en cinco años, que se comportaba de forma poco profesional. Si le hubiera pasado delante de Ford, no le habría preocupado tanto; Ford tenía tres hermanas, una madre, una madrastra, una esposa y una hija, de manera que estaba acostumbrado a afrontar ese tipo de situaciones. Pero Jonathon era diferente.

La siguió por todo el despacho y le puso una mano en el hombro; justo en el hombro que le quedaba desnudo bajo el ancho cuello de la camiseta. Sólo pretendía animarla, pero el contacto de su piel lo estremeció.

Cuando ella se giró y le miró a los ojos, distinguió el brillo de deseo y se excitó a su vez.

Justo entonces, se oyó un gemido. Pero no procedía de la garganta de Wendy.

Confundido, Jonathon echó un vistazo a su alrededor. Como no vio nada, se dirigió hacia el despacho de la secretaria, que rápidamente se interpuso en su camino.

—¡Puedo explicarlo! —dijo ella, fuera de sí.

—¿Explicarlo? ¿A qué te refieres?

Jonathon entró en el despacho de Wendy y vio el carrito junto al sillón.

—¿Qué es eso?

—Un bebé.

El asombro de Jonathon fue tan evidente que, si no lo hubiera conocido, Wendy habría pensado que nunca había visto un bebé.

Pasó a su lado, caminó hasta el carrito y lo movió ligeramente para intentar tranquilizar a Peyton, que siguió gimiendo. Entonces, la niña abrió los ojos y la miró. Al contemplar sus brillantes ojos azules, Wendy sintió una punzada en el pecho y supo que había hecho bien al

hacerse cargo de la pequeña. De hecho, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para que siguiera a su lado.

Se inclinó sobre el carrito, alcanzó a Peyton y la tomó en brazos. La acunó suavemente, haciendo ruiditos cariñosos.

Jonathon frunció el ceño. Wendy sonrió y dijo:

—Jonathon, te presentó a Peyton.

Jonathon miró a Wendy, miró a la niña y miró a su alrededor, como buscando el platillo volante del que había salido aquella criatura.

—¿Qué hace un bebé en la oficina?

—Lo he traído yo —confesó—. No tenía a nadie que se pudiera hacer cargo de la niña. Además, no estoy segura de que esté preparada para quedarse con un desconocido… aunque pensándolo bien, yo misma soy una desconocida y…

Jonathon la interrumpió.

—Espera un momento, Wendy. ¿Qué diablos haces con un bebé? ¿De dónde ha salido? Porque no es tuyo, ¿verdad?

Ella sacudió la cabeza.

—No, por supuesto que no es mío. ¿Crees que en los siete días que he estado afuera me he quedado embarazada y he dado a luz a un bebé de cuatro meses?

—¿Entonces?

—Es la hija de una de mis primas. Bitsy me nombró su tutora. Ahora es mía.

Jonathon se quedó atónito. De hecho, tardó varios segundos en hablar.

—Ah, bueno, comprendo. Al final va a resultar que Jeanell estuvo acertada cuando se empeñó en que pusiéramos una guardería en la empresa. No te preocupes por nada, Wendy. Puedes dejarla allí mientras trabajas. Estará perfectamente.

Wendy sintió un vacío en el estómago. No quería dejar FMJ. Con el transcurso de los años, la empresa se había convertido en su hogar. Trabajar en FMJ le había dado un objetivo, un propósito en la vida. Algo que su familia nunca había entendido.

Respiró hondo y se dijo que había llegado el momento de ser sincera.

—No traeré a Peyton al despacho, Jonathon. No voy a volver al trabajo. He venido a presentar mi dimisión.

Capítulo 2

—No seas ridícula —bramó Jonathon, desconcertado con el anuncio—. Nadie deja el trabajo porque tenga un bebé; y mucho menos, porque lo haya… heredado.

Wendy lo miró con desesperación.

—Yo no lo he heredado —protestó.

—Bueno, sé que ha sonado un poco estúpido, pero…

Jonathon no terminó la frase. No sabía qué hacer. Necesitaba a Wendy. Él siempre había sido demasiado directo, demasiado sincero, demasiado franco. Tendía a ofender a la gente sin darse cuenta, pero Wendy era la excepción. Siempre le perdonaba sus errores y sus salidas de tono.

No soportaba la idea de perderla. No iba a permitir que se marchara.

—FMJ tiene una de las mejores guarderías de la ciudad. Puedes seguir aquí, como siempre, trabajando —alegó.

—No puedo, Jonathon. Tengo que volver a Texas.

Mientras hablaba, Wendy volvió a dejar a Peyton en el carrito.

—¿Por qué tienes que marcharte a Texas?

Ella lo miró.

—Sabes que soy de allí, ¿verdad?

—Sí, lo sé de sobra. Razón de más para que me extrañe que vuelvas. Nunca has dicho nada bonito de ese lugar.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno… es complicado.

—¿Complicado? Explícamelo.

—A algunos de mis familiares no les ha gustado que me quede con la tutela de Peyton. Si no los consigo convencer de que seré una buena madre para ella, presentarán una denuncia para quitarme la custodia.

—¿Y qué? Puedes ganar la batalla legal desde aquí.

—No, no soportaría que el asunto llegue a los tribunales.

Wendy abrió uno de los cajones de su mesa, sacó un montón de objetos personales y los metió en una caja.

Él la miró con desconcierto, sin entender nada.

—¿Qué estás haciendo?

Ella se detuvo y lo miró.

—Estoy guardando mis cosas —respondió, como si no fuera evidente—. Ford me llamó ayer para darme el pésame. Cuando le expliqué lo que sucedía, me dijo que no me preocupara por avisar con dos semanas de antelación… que me podía ir inmediatamente si lo necesitaba.

Jonathon se dijo que sus veintidós años de amistad con Ford habían terminado. Si hubiera estado delante de él en ese momento, lo habría estrangulado.

—Juraría que tenía un pintalabios por aquí.

—¿Un pintalabios? —preguntó él, cada vez más perplejo.

—Sí, un pintalabios de mi color preferido. Ya no los fabrican, así que… bueno, da igual, qué se le va a hacer.

Wendy cerró el cajón de golpe y abrió otro. Jonathon sacudió la cabeza y retomó el asunto de su dimisión.

—No te puedes ir —afirmó.

—¿Crees que quiero irme? ¿Crees que lo hago por gusto? No sé qué me molesta más, si dejar un trabajo que adoro o volver a Texas. Pero no tengo más remedio.

—Cometes un error, Wendy. Dudo que volver a Texas y quedarte en el paro contribuya a mejorar tu situación.

—Yo…

Peyton se empezó a quejar otra vez. Wendy dejó lo que estaba haciendo, se acercó al bebé, lo acunó un poco y dijo:

—No sé si lo había mencionado, pero mi familia tiene dinero.

Wendy lo dijo por decir. Sabía que no lo había mencionado hasta entonces.

De todas formas, no había sido necesario; la gente que crecía con dinero, tenía el aire de seguridad de los que nunca habían sufrido estrecheces económicas. Y Jonathan, que no había crecido precisamente en la riqueza, se había dado cuenta en cuanto la vio por primera vez.

—¿Que tu familia tiene dinero? Jamás lo habría imaginado —ironizó.

Wendy estaba tan distraída que no notó el sarcasmo de su jefe.

—Mi abuelo dejó una herencia importante a todos sus nietos, pero yo no reclamé mi parte porque los requisitos me parecieron ridículos.

—¿Los requisitos?

—Para recibirla, tengo que trabajar en la empresa de la familia y vivir un máximo de treinta kilómetros de la casa de mis padres. ¿Empiezas a entender la situación?

—Creo que sí.

—Si vuelvo a casa ahora…

—Recibirás tu herencia —concluyó él—. Y tendrás dinero de sobra para contratar a un abogado si la disputa por la niña acaba en los tribunales.

Ella asintió.

—Espero que la sangre no llegue al río. Mi abuela sigue controlando la familia y nadie se atreverá a llevarle la contraria. Si se convence de que seré una buena madre, se apartará de mi camino y permitirá que me encargue de Peyton… pero prefiero cubrirme las espaldas. Si me llevan a juicio, quiero estar segura de que tendré la mejor defensa legal que sea posible.

—¿Y todo esto es por una prima a la que apenas conocías? ¿Por una mujer a la que no habías visto desde hace años?

Los ojos de Wendy se humedecieron. Jonathon tuvo miedo de que rompiera a llorar. Pero Wendy se contuvo, abrazó al bebé con fuerza y miró a su jefe a los ojos.

—Si a Ford y a Kitty les pasara algo y quisieran que tú te encargaras de Ilsa, ¿no harías todo lo que estuviera en tu mano por honrar su deseo?

Jonathon no dijo nada. Se metió las manos en los bolsillos y maldijo para sus adentros. Wendy tenía razón.

Observó al bebé y se dijo que, en cualquier caso, no estaba dispuesto a perder a la mejor secretaria que había tenido nunca.

La preciosa e indefensa Peyton necesitaba a Wendy. Pero él también la necesitaba.

Wendy miró a Peyton, miró el cajón abierto y, por fin, miró a Jonathon. Se sentía completamente atrapada.

Tenía muchas cosas que hacer, pero no podía concentrarse. Tal vez fuera por la falta de sueño o, tal vez, porque Jonathon la estaba poniendo nerviosa; caminaba de un lado a otro y de vez en cuando se detenía y la fulminaba con la mirada.

Jonathon siempre le había causado ese efecto; desde el principio. Había algo en su combinación de atractivo físico, inteligencia y ambición que la hacía particularmente consciente de su propio cuerpo. Sus seis primeros meses en FMJ habían sido un sobresalto constante; cada vez que él entraba en la habitación, se estremecía. Pero no era nerviosismo, sino sentimiento de anticipación. Como si ella fuera una gacela y él, un león.

Con el tiempo, había aprendido a controlarse. Y creía que lo había superado.

Sin embargo, era evidente que no lo había superado en absoluto. Aunque echara de mano del cansancio para justificarse, Wendy se conocía a sí misma y sabía lo que le pasaba. Se sentía sexualmente

atraída por él. Justo entonces, durante su último día de trabajo. Quizás, porque era la última oportunidad que tenía para hacer algo al respecto.

Miró otra vez el cajón.

El pintalabios no estaba allí. Había desaparecido. Y también había desaparecido la ocasión de mantener una relación distinta con su jefe.

Sin soltar a la niña, alcanzó la caja con sus pertenencias y se dispuso a marcharse. Pero Jonathon se interpuso en su camino.

—No te puedes ir —le dijo.

—Ah, es verdad, olvidaba el carrito.

Wendy se giró. Además del carrito, tenía que llevarse el paquete de pañales de la pequeña. Al parecer tendría que hacer un par de viajes al coche.

—No, no me refería a eso —puntualizó él—. No voy a permitir que te marches.

—¿Que no me lo vas a permitir? No puedes impedirlo. Me voy.

—Eres la mejor secretaria que he tenido. No te voy a perder por una… frivolidad —declaró, enfadado.

Ella arqueó una ceja.

—Es una niña, no una frivolidad. Por tus palabras, cualquiera diría que dejo la oficina para marcharme a un circo —ironizó.

Él la observó detenidamente antes de hablar.

—Si la custodia de la niña es tan importante para ti, contrataremos a un abogado. Contrataremos al mejor abogado del país.

A ella se le hizo un nudo en la garganta. La oferta de Jonathon era extraordinariamente tentadora, pero no quería complicarle la vida.

—No sabes lo que dices. Mi familia es muy rica, Jonathon; si deciden acudir a los tribunales, utilizarán todo su poder económico.

—¿Y qué?

Wendy suspiró.

—Leland es el apellido de soltera de mi madre. Me quité el de mi padre y me puse el suyo cuando salí de la universidad.

Jonathon no supo adónde quería llegar con lo de su apellido, pero mantuvo la calma y dejó que se explicara. Era una de las cosas que más le gustaban de él. Sabía escuchar. Y sacaba conclusiones muy deprisa, pero no juzgaba a los otros.

—El apellido de mi padre es Morgan —continuó. La mayoría de la gente no habría asociado ese apellido a una de las familias con más poder político del país. Pero Jonathon no era la mayoría de la gente. Wendy pensó que sólo tardaría veinte segundos en asociarlo. En realidad, lo asoció en tres.

—Entonces, debes de ser de los Morgan que se hicieron ricos con el petróleo, porque ninguno de los Morgan banqueros vive en Texas.

Jonathon no lo dijo con tono de pregunta, sino de afirmación.

Ella se mordió el labio y asintió.

—En efecto. Tendría que habértelo dicho antes, pero.

—No, ¿para qué? No era asunto mío —afirmó con naturalidad—. Pero en tal caso, el senador Henry Morgan es…

—Tío mío —explicó—. Hank es el abuelo de Peyton.

—Comprendo.

Jonathon se puso las manos en las caderas, empujando la chaqueta hacia atrás. Era una de sus posturas habituales. Una postura que siempre incomodaba a Wendy, porque enfatizaba la anchura de sus hombros y la estrechez de su cintura al mismo tiempo.

Su jefe ya había entendido que enfrentarse a los Morgan era una idea realmente mala, pero era un hombre profundamente pragmático y empezó a pensar en las soluciones posibles. Volvió a su despacho, alcanzó el *Wall Street Journal*, regresó con Wendy y le enseñó el periódico, abierto por una de las páginas interiores.

—Supongo que Elizabeth Morgan es tu prima, la que ha muerto, la madre de la niña.

Era un artículo sobre su fallecimiento. El primer artículo sobre Bitsy que Wendy veía. Y no necesitaba leerlo para saber que sería respetuoso. La vida de Bitsy había estado llena de escándalos, pero su tío Hank habría utilizado su poder para que no se publicara nada que no tuviera su aprobación personal.

Jonathon echó un vistazo al texto y frunció el ceño.

—Aquí dice que tenía un hermano y una cuñada. ¿Por qué no se encargan ellos de la pequeña? —preguntó.

—Buena pregunta. ¿Por qué no? Eso es lo que pensarán todos los conservadores que votan a mi tío Hank. Y mi abuela, Mema, pensará lo mismo que ellos. Están tan chapados a la antigua que se opondrán con todas sus fuerzas a que Peyton crezca con una mujer soltera —dijo ella—. Todo esto es muy frustrante. Si estuviera casada, no se opondrían a que me quede con la custodia de la niña.

—¿Lo dices en serio? —preguntó con interés.

—Por supuesto. Entonces, les parecería una madre perfecta. Especialmente, si estuviera casada con un hombre rico o poderoso.

—¿Es tan fácil como eso?

—Sí.

Los ojos de Jonathon se iluminaron.

—Creo que he encontrado la solución a tu problema, Wendy.

Ella lo miró con desconcierto.

—¿Cómo?

—Lo has dicho tú misma. Sólo necesitas un marido con éxito.

Wendy, que no lo había entendido todavía, dijo:

—Clara. Un marido rico. Y no lo tengo.

Jonathon sonrió. Normalmente, las sonrisas de Jonathon la

dejaban sin aliento. En aquel caso, la dejó sin aliento y mucho más nerviosa que antes.

—Pero podrías tenerlo —declaró él—. Sólo tienes que casarte conmigo. Incluso estoy dispuesto a comprarte un perro.

Capítulo 3

Jonathon nunca le había pedido a nadie que se casara con él. Era su primera vez y, en consecuencia, no estaba seguro de la reacción que causaría. Pero no esperaba que Wendy se limitara a mirarlo.

Se había quedado pasmada, con sus ojos azules tan abiertos como su boca.

Y no parecía simplemente sorprendida, sino también desconcertada. De hecho, Jonathan consideró la posibilidad de que la oferta de matrimonio la hubiera ofendido.

Fuera como fuera, llegó a la conclusión que la iba a rechazar. Pero él la necesitaba. La necesitaba desesperadamente.

—No te estoy ofreciendo una relación romántica —dijo en un intento por suavizar el asunto.

—No, ya me imagino que no —susurró ella.

Wendy se apoyó en la mesa y acarició la cabecita de Peyton.

—Sería un acuerdo estrictamente profesional —declaró él, vehemente—. Permaneceríamos casados hasta que tu familia se convenza de que somos adecuados como padres. Ni siquiera tendríamos que vivir juntos. Y tienes mi palabra de que nos divorciaríamos depués.

Ella sacudió la cabeza.

—No, Jonathon.

Él sintió una punzada en el pecho. Fue entonces cuando vio su carta de dimisión, firmada y con fecha de ese mismo día. Tenía un aspecto tan oficial como una orden de ejecución.

Imaginó un futuro espantoso, con un desfile interminable de secretarias temporales a cual más incompetente. Perdería el contrato del gobierno como había perdido el de Olson Inc., que les había costado varios millones. Sería una catástrofe.

Tuvo la seguridad de que el futuro que había soñado para la empresa se empezaba a disolver ante sus ojos. Y sintió pánico.

—Si te preocupa el sexo, despreocúpate. No espero acostarme contigo.

Ella bajó la cabeza y cerró los ojos durante unos segundos.

—No se trata de eso. Es que no nos podríamos divorciar tan rápidamente como crees.

Wendy estaba muy alterada, aunque lo disimuló. Nunca habían hablado de sexo. Habían compartido muchos momentos relativamente íntimos; habían cenado juntos muchas veces y habían viajado juntos en muchas ocasiones, por motivos de trabajo. Incluso Jonathon se había quedado dormido con la cabeza apoyada en su hombro. Pero jamás, hasta aquella mañana, habían hablado de sexo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

—Que si nos casáramos, tendríamos que seguir juntos.

Él arqueó una ceja y esperó a que se explicara.

—No nos podríamos divorciar en tres o seis meses. Mi familia se daría cuenta del engaño —continuó Wendy—. Tendríamos que seguir juntos hasta que desapareciera cualquier sombra de duda… quizás un año o dos.

—Entiendo.

Wendy sacudió la cabeza.

—No, no creo que lo entiendas. Estoy decidida a luchar por Peyton. Haré lo que sea necesario. Pero no te puedo pedir que te sacrifiques por mí.

—Tú no me has pedido nada; te lo estoy ofreciendo yo. Y créeme, ni siquiera te lo ofrezco por bondad… Lo hago para que sigas trabajando en FMJ. Eres la mejor secretaria que he tenido en toda mi vida; eres…

Ella alzó una mano para interrumpirlo.

—No seas ridículo, Jonathon. Sólo tienes que buscar otra secretaria. Te ayudaré yo misma. La ciudad está llena de secretarias muy competentes.

—Quizás sea cierto, pero no serían como tú. Te necesito. Ninguna de esas secretarias se preocuparía tanto por la empresa. Además, tú conoces FMJ mejor que nadie.

—Sí, supongo que eso es verdad… —admitió.

—Y no tengo ni tiempo ni energías para formar a otra persona. Como ves, mis motivos son de lo más egoísta.

Ella sonrió con ironía.

—Ya me había imaginado que no me lo pedías por amor, Jonathon. Sólo quiero asegurarme de que sabes dónde te metes. Si mi familia sospecha que es una estratagema…

—Entonces, los convenceremos de que nuestra boda no tiene nada que ver con Peyton.

Esta vez fue Wendy quien arqueó una ceja.

—¿Pretendes convencerlos de que estamos enamorados?

—Exactamente.

Ella soltó una carcajada. Peyton abrió los ojos de par en par y

apretó las manitas contra su pecho, como si quisiera liberarse.

Wendy se acercó al lugar donde había dejado el paquete de pañales y lo intentó abrir con la mano libre. Jonathon se le adelantó y lo abrió.

—¿Necesitas algo más? —preguntó él.

—La mantita rosa que he dejado en la caja. Extiéndela en el suelo.

Él sacó la manta de la caja y la extendió. Después, ella se inclinó y puso a la niña encima.

La visión de la pequeña en mitad de uno de los despachos de FMJ resultaba tan incongruente que Jonathon no recordaba de qué estaban hablando. Pero lo recordó enseguida. Wendy se había reído cuando él le había propuesto que se fingieran enamorados.

—¿Crees que no podríamos convencer a tu familia?

Mientras cambiaba el pañal a Peyton, Wendy respondió:

—No te ofendas, Jonathon, pero no recuerdo que te hayas enamorado ni una sola vez desde que te conozco.

—Eso es ridículo. Yo…

—No lo niegues —lo interrumpió—. No te has enamorado de nadie. Sé que has salido con muchas mujeres, pero el amor no es lo tuyo. No sabrías fingirlo.

—¿Piensas que no puedo ser romántico?

—Pienso que tu forma de fingirte enamorado sería tan cálida y tan espontánea como un informe del departamento de contabilidad —contestó.

—¿Cómo? ¿Insinúas que soy una especie de… pez? —preguntó él, ofendido.

Ella ladeó la cabeza.

—Ni mucho menos; sólo afirmo que estás acostumbrado a disimular tus emociones. En apariencia, eres el hombre más desapasionado del mundo —explicó ella—. No es que me parezca mal, pero…

Jonathon se hartó. Caminó hacia ella, la tomó entre sus brazos y la besó.

Ni siquiera supo por qué lo hizo. Quizás, porque las afirmaciones de Wendy lo habían ofendido. Quizás, porque la palabra «sexo», que había pronunciado varios minutos antes, seguía rondando su cabeza. Quizás, porque no podía apartar la mirada del hombro desnudo de su secretaria. O quizás, porque la tira de aquel sostén rosa lo estaba volviendo loco.

Fuera por el motivo que fuera, perdió el control y se vio obligado a besarla.

Y ya no podía parar.

Para Wendy fue una sorpresa absoluta. Jamás habría imaginado que Jonathon Bagdon la besaría. Y ahora estaba contra su pecho, rendida a unos labios maravillosos que la dejaban sin respiración.

Jonathon le puso una mano en la mejilla y llevó la otra a su espalda, apretándola con tanta fuerza que podía sentir los botones de su camisa a través del algodón de la camiseta.

Su beso fue completamente inesperado. Cuando cruzó la habitación y se acercó a ella, todo tensión y actitud decidida, Wendy no imaginó que tuviera intención de besarla; no lo imaginó a pesar de que lo había soñado muchas veces a lo largo de los años.

Pero se había equivocado con él.

A pesar de la perfección de su exterior, siempre había pensado que Jonathon sería tan frío, tan lógico, tan contenido y tan desapasionado en cuestiones de amor como lo era en la sala de juntas de la empresa.

No era verdad.

Sus labios no se limitaban a besarla. La devoraban. Sintió su lengua en la boca, acariciándola, jugueteando con ella, instándola a dejarse llevar hasta que Wendy se puso de puntillas, pasó los brazos alrededor de su cuello y le acarició el bello de la nuca.

Fue un beso ardiente, interminable. Jonathon sabía levemente a café y a la menta de su pasta dentífrica. Su contacto desató emociones que Wendy desconocía. Y nada le parecía suficiente. No se cansaba de él.

Él la hizo retroceder un paso y luego otro. Cuando se quiso dar cuenta, se encontró contra la mesa del despacho. Y no dejó de besarla.

Wendy imaginó que tiraba todas las cosas de la mesa, la tumbaba encima y la tomaba allí mismo. La imagen se presentó en su mente de improviso, pero con toda claridad, como si hubiera estado allí durante años, esperando que un beso la liberara.

Desesperadamente, intentó encontrar un motivo para no entregarse a él, para contenerse. No lo encontró.

Un segundo más tarde, Jonathon se apartó de ella y carraspeó. Wendy echó de menos el calor de su cuerpo y se preguntó por qué se había detenido.

Entonces, se acordó de Peyton.

La niña seguía donde la habían dejado, en el suelo. Jonathon se frotó la mandíbula, aparentemente desconcertado, y se alejó hasta quedarse al otro lado de la niña, que de repente parecía un campo minado entre los dos.

—Bueno… —dijo él, nervioso—. Creo que ya hemos salido de dudas. Si tenemos que convencer a tu familia de que soy algo más que tu jefe, no nos costará demasiado.

—No, no nos costará mucho —asintió ella—. Pero ¿qué ha pasado aquí, Jonathon? ¿Sólo me has besado para demostrar que los podemos

engañar?

Él se encogió de hombros, sin saber qué decir.

—Yo…

Wendy se indignó.

—¿Insinúas que sólo ha sido eso? ¿Que he estado a punto de bajarme las braguitas y que tú sólo querías demostrar algo?

Jonathon bajó la cabeza e imaginó las braguitas de Wendy en el suelo del despacho. Después, tragó saliva y se pasó una mano por la cara.

—No sé… me ha parecido lo más prudente.

—¿Lo más prudente? —repitió ella, atónita—. Ha sido un error, Jonathon. Un error tan terrible que no tengo palabras para decir lo que pienso.

—Bueno, a decir verdad…

—No, no, no, espera un momento —lo interrumpió—. Quiero conocer el terreno que piso, Jonathon. Si crees que tu oferta de matrimonio incluye el derecho a disfrutar de mi cuerpo, estás muy equivocado. Y por supuesto, tampoco tienes derecho a besarme sin deseo alguno, sólo para demostrar algo.

Jonathon quiso hablar, pero ella se lo impidió de nuevo.

—Pensándolo bien, no quiero que me beses de ninguna forma, ni con deseo ni sin deseo. Si nos vamos a casar, tendremos que establecer unas cuantas normas. Tendremos que… bueno, ya se me ocurrirá —sentenció, confusa.

Él la miró y sonrió.

—¿Has terminado?

Ella apretó los labios con fuerza, pero su enfado desapareció enseguida. Jonathon no tenía la culpa de nada. La estaba tomando con él porque su vida se había complicado terriblemente y se sentía atrapada.

—Lo siento, Jonathon. Discúlpame. Estoy un poco alterada y…

—No, tienes razón en lo de las normas —declaró con voz tensa—. Deberíamos mantener el sexo fuera de la ecuación. Pero besarte me ha parecido prudente porque tendremos que besarnos en algún momento.

—¿Tú crees?

—Por supuesto que sí.

Ella se estremeció y se preguntó cuándo la besaría otra vez. Lo deseaba con toda su alma. Aunque fuera una mala idea.

—Si quieres que tu familia se convenza de que estamos enamorados, tendremos que demostrarnos afecto —continuó él.

—Sí, claro, no lo había pensado, pero…

Wendy estaba muy confundida, y no era para menos; a fin de cuentas, había aceptado casarse con él para engañar a su familia. Hasta cierto punto, era normal que no pensara con claridad. Pero le

molestaba que la mente de Jonathon fuera más rápida que la suya.

—Las personas que nos conocen bien serán los más difíciles de convencer. Por suerte, Ford y Matt están fuera y no volverán hasta dentro de unas semanas. Tendremos que acostumbrarnos a la idea y familiarizarnos con los personajes antes de que regresen.

—¿Ford y Matt? ¿También les tenemos que mentir a ellos?

Wendy se quedó desconcertada. Al fin y al cabo, Ford y Matt eran amigos de Jonathon desde la infancia.

—Sí, también —respondió él, mirándola a los ojos—. Si tu familia decide acudir a los tribunales, las cosas se pondrán feas. No quiero que se sientan obligados a mentir por nosotros.

—Oh…

Ella se sintió repentinamente débil y se tuvo que apoyar en la mesa.

Tampoco lo había pensado, pero Jonathon tenía razón. No podían esperar que Ford y Matt mintieran por ellos.

Se apartó de la mesa y caminó hacia él.

—Es una locura, Jonathon. ¿Estás seguro de que quieres seguir adelante?

Él volvió a sonreír.

—Sí, estoy seguro. Además, ya sabes que estoy acostumbrado a sacar el máximo beneficio posible de las situaciones más arriesgadas.

Wendy asintió.

—Muy bien. Hagámoslo.

Jonathon dio media vuelta y se alejó hacia su despacho a grandes zancadas. Volvía a ser el hombre pragmático y decisivo de siempre.

—Primero, escribe a Ford y Matt y diles que quiero hablar con ellos hoy mismo, por videoconferencia —le ordenó—. Después, llama al juez Eckhard y pregúntale si puede casarnos el viernes que viene. Y por último, anula o retrasa los compromisos que tú y yo tuviéramos para las dos próximas semanas.

Wendy se llevó una sorpresa.

—¿Que los anule? ¿Y qué pasa con el contrato del gobierno?

—Antes de la boda, adelantaremos todo el trabajo que podamos. Además, tendremos quince días de margen cuando volvamos a la empresa. No te preocupes por eso. Quizás andemos algo cortos de tiempo, pero saldrá bien.

—¿Cuando volvamos? ¿Cuando volvamos de dónde? —preguntó.

Él se detuvo y la miró sin dejar de sonreír.

—De nuestra luna de miel, naturalmente.

—¿Nuestra luna de miel?

—No te entusiasmes demasiado, Wendy. Sólo iremos a Texas —respondió—. Si quieres que ganemos la guerra a tu familia, tenemos que pasar a la ofensiva. Tenemos que presentar batalla en su propio



terreno.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, cuando Jonathan la llamó para que fuera a la sala de juntas, Wendy se llevó una sorpresa al ver a Randy Zwack.

Randy había sido compañero de Jonathon, Matt y Ford en la universidad, aunque sus caminos se separaron cuando dejó la facultad de sus amigos y empezó a estudiar Derecho. Había hecho algunos trabajos para FMJ antes de que la empresa estableciera el departamento legal, pero Wendy sólo lo sabía porque se lo habían contado; había sido antes de que empezara a trabajar allí.

Jonathon se encontraba al otro lado de la sala, de espaldas a la puerta, contemplando las vistas de Palo Alto. Randy estaba sentado a la mesa, con un montón de documentos. Al ver a Wendy, alzó la cabeza y sonrió.

—Ah, ya has llegado. Excelente —dijo Jonathon—. Así podremos empezar.

Wendy arqueó una ceja.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Jonathon frunció el ceño y respondió, con una inseguridad impropia de él:

—Le he pedido a Randy que prepare un acuerdo prematrimonial. No te preocupes por nada. Confío en su discreción.

—No estoy preocupada —respondió con sinceridad—. De hecho, creo que firmar un acuerdo prematrimonial es una idea fantástica.

—¿En serio? —preguntó Randy, aparentemente perplejo.

Wendy se sentó frente al abogado.

—Por supuesto. Supongo que Jonathon te habrá contado lo que sucede.

Randy asintió y se pasó una mano por el pelo.

—Los contratos prematrimoniales no son mi especialidad. Cuando Jonathon me llamó por teléfono, le recomendé que contratara a un especialista, pero…

—Pero Jonathon puede ser muy cabezota —lo interrumpió Wendy.

—Iba a decir… «decidido» —puntualizó Randy, incómodo.

A Wendy no le extrañó que el abogado pareciera desconcertado.

Era evidente que Jonathon lo había presionado hasta salirse con la suya.

Se inclinó hacia delante y le dio una palmadita en la mano para tranquilizarlo.

—No le des muchas vueltas, Randy. Estoy segura de que lo harás muy bien. Es un acuerdo absolutamente amistoso.

Jonathon se acercó a la mesa y se metió las manos en los bolsillos. Cuando lo miró, Wendy se estremeció y tragó saliva. No podía creer que aquella maravilla de hombre estuviera a punto de convertirse en su esposo.

—Bueno, vamos allá. Supongo que es un contrato estándar, ¿verdad? —preguntó ella.

Wendy extendió un brazo para alcanzar los documentos, pero se dio cuenta de que los dos hombres se miraban de forma extraña.

—Es un contrato normal y corriente, ¿verdad? —insistió.

Jonathon carraspeó.

—No te preocupes por eso —dijo Randy—. Los bienes que tengas o que hayas heredado antes del matrimonio, volverán a ser tuyos cuando os divorciéis.

Randy se ruborizó tanto que Wendy supo que allí pasaba algo raro.

—Yo no he preguntado eso —declaró ella—. He preguntado si estamos hablando de un contrato prematrimonial normal y corriente.

Jonathon volvió a carraspear.

—Bueno, yo… no te preocupes —repitió Randy.

—Sí, ya he entendido que no debo preocuparme. Pero ¿qué pasa con él? ¿Tampoco tiene motivos para preocuparse?

—Claro que no —intervino Jonathon—. El contrato se ha redactado conforme a mis especificaciones. Yo estoy satisfecho.

Wendy los miró con desconfianza.

—¿Podríais dejarme unos momentos?

Los dos hombres permanecieron inmóviles.

—Quiero echar un vistazo a ese contrato. A solas —continuó ella.

Ni Randy ni Jonathon le hicieron caso.

—Tenéis dos opciones. Me podéis dejar unos minutos para que lo lea detenidamente o me podéis decir qué diablos está pasando aquí.

Randy miró a Jonathon, que miró a su vez a Wendy antes de asentir con expresión tensa.

El abogado alcanzó la copia de Wendy, la abrió por la mitad y señaló un párrafo, que leyó a continuación.

—«En caso de separación, anulación o divorcio, se transferirán a Gwendolyn Leland los siguientes bienes prematrimoniales de Jonathon Bagdon: el valor correspondiente al veinte por ciento de todas las propiedades y cuentas bancarias que…».

Wendy lo interrumpió, enfadada.

—¿Qué ridiculez es ésa? ¿A quién se le ha ocurrido semejante barbaridad?

Randy alzó las manos, como rindiéndose.

—No ha sido cosa mía —aseguró.

—Pero has permitido que incluya esa cláusula. ¿Es que te has vuelto loco? —preguntó ella, asombrada—. ¿Podrías dejarme a solas con mi futuro marido?

Randy salió de la habitación a toda prisa. A Wendy no le extrañó. Podía salir mal parado del fuego cruzado.

—¿El veinte por ciento? ¿El veinte? Es una locura, Jonathon.

—Wendy, yo…

—¡No me voy a quedar con el veinte por ciento de algo que no me pertenece! —exclamó, realmente molesta.

—Vamos a estar casados durante dos largos años. Para entonces, te lo habrás ganado —afirmó él, intentando tranquilizarla.

Ella suspiró.

—No, no lo quiero. Es tu dinero.

—Recuerda las leyes de California, Wendy. Si no firmas ese acuerdo prematrimonial, tendrás derecho al cincuenta por ciento de todas mis posesiones. De este modo, sólo te quedarás con el veinte.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza. ¿Primero me haces un favor al ofrecerme el matrimonio y ahora me ofreces tus bienes? Es absurdo, Jonathon. Además, no necesito tu dinero.

—Wendy, sé exactamente lo que ganas. Y sé que no sería suficiente para ti y para la pequeña Peyton.

—Claro que lo sería. Hay muchas madres solteras que salen adelante con menos de lo que yo gano —le recordó.

—Puede que sea verdad, pero tú no estás obligada a ello.

—¿Y qué? ¿Me vas a dar todo ese dinero sin más? ¿Es que has olvidado nuestra conversación de ayer? ¿Has olvidado que soy una Morgan? Confía en mí, Jonathon. No necesito tu patrimonio. Estaré bien.

Él sonrió con ironía.

—No, no he olvidado nuestra conversación de ayer; pero sé que puedes llegar a ser verdaderamente obstinada. Y sé que jamás pedirías dinero a tu familia. Si fueras de esa clase de personas, no te encontrarías en esta situación.

Wendy no se lo pudo discutir. Era verdad.

—¿Y qué esperabas? ¿Que firmara el acuerdo y aceptara el veinte por ciento de tu dinero así como así?

—No, esperaba que firmaras los documentos sin leerlos —respondió.

Ella lo miró con pasmo.

—Aunque firmara esos documentos, no aceptaría tu dinero. Es

inadmisible, Jonathon. Soy tu secretaria y sé lo que tienes. El veinte por ciento de tu dinero y de tus posesiones son varios millones de dólares… Lo siento, pero no lo puedo aceptar.

Él se encogió de hombros.

—Sólo es una gota en el océano, Wendy. Yo ni siquiera lo notaría.

—No, no es una gota en el océano; es una quinta parte de todo el agua que contiene. Y eso son muchas gotas —puntualizó.

Wendy respiró hondo e intentó calmarse. Ni siquiera sabía por qué estaba tan enfadada con Jonathon.

—Mira, sé que siempre has sido arrogante y controlador, pero…

Él arqueó una ceja y se mantuvo en silencio.

—Pero esto es demasiado —continuó ella—. Cuando estemos casados, serás algo más importante que mi jefe. Serás mi marido. Y no voy a permitir que te empeñes en controlarlo todo. Aunque no sea un matrimonio de verdad.

—Wendy, yo no pretendo…

—Claro que lo pretendes —lo interrumpió—. ¿Cómo es posible que no te des cuenta? Si yo quisiera que otras personas controlen mi vida, si no aspirara a otra cosa que cruzarme de brazos y vivir del cuento, me habría quedado en Texas. Pero me gusta trabajar. Quiero ser una mujer independiente. Detesto que los demás decidan por mí.

Él la miró durante unos segundos que se hicieron interminables. Wendy sacó fuerzas de flaqueza y aguantó su mirada a duras penas. No podía dar marcha atrás. No podía dejarse intimidar.

Por fin, Jonathon dijo:

—Está bien, como quieras.

Wendy suspiró, aliviada.

—Pero hay algo más —siguió él—. Algo que no sabes.

—¿De qué se trata?

—Si yo muero, Peyton y tú os quedaréis con todo.

—Jonathon…

—No. En eso no voy a ceder.

—Pero es absurdo… ¿qué pasaría con tu familia? Tienen mucho más derecho que yo a heredar tu fortuna —alegó ella.

Los ojos de Jonathon se oscurecieron.

—Olvídate de mi familia. Si fallezco durante el matrimonio, parte de mi dinero pasará a varias organizaciones no gubernamentales. Eso ya está arreglado. Pero el resto será tuyo y sólo tuyo —dijo.

Wendy lo conocía lo suficiente como para saber que había tomado una decisión y que no la iba a cambiar.

—Está bien. En tal caso, te cuidaré mucho y me aseguraré de que tomes muchas vitaminas durante los dos años que dure nuestro matrimonio —declaró con humor.

Jonathon no debió de encontrarlo gracioso, porque ni siquiera

sonrió.

—Como ya estamos de acuerdo, llamaré a Randy y le diré que puede volver y seguir defendiendo los intereses de su cliente —añadió ella.

Wendy casi había llegado a la puerta cuando las palabras de Jonathon la detuvieron.

—No quiero que te enamores de mí.

Ella se giró, atónita.

—¿Cómo?

Jonathon la miraba con una expresión tan sombría que casi le pareció cómica.

—Si vamos a estar juntos uno o dos años, no quiero que… no quiero que imagines que te has enamorado de mí —se corrigió.

Wendy estuvo a punto de soltar una carcajada.

—¿Por qué dices eso? ¿Porque eres tan encantador y tan carismático que no seré capaz de estar constantemente a tu lado sin enamorarme de ti? —preguntó con ironía.

Como Jonathon seguía en silencio y tan serio como antes, Wendy añadió:

—¿Eso es un asunto al margen del dinero? ¿O me has ofrecido varios millones de dólares para que mi dolor sea menos si me enamoro de ti?

Él sonrió, pero sin humor alguno.

—Es un asunto al margen.

—Pues no lo entiendo, Jonathon. Tú ni siquiera crees en el amor.

Jonathon sacudió la cabeza.

—Te equivocas; por supuesto que creo en el amor. Y sé que sus resultados pueden ser catastróficos… Precisamente por eso, no quiero que te engañes a ti misma y te creas enamorada de mí.

Wendy conocía bien a Jonathon y sabía que no lo decía por arrogancia; estaba sinceramente preocupado por ella. Atrapada entre la necesidad de tranquilizarlo y la necesidad de afirmar que no tenía ni la menor intención de enamorarse, se decidió por el único contraataque que le vino a la cabeza:

—Entonces, espero que tú tampoco te enamores de mí.

En la sonrisa de Jonathon apareció un destello de sarcasmo.

—¿Qué ocurre? ¿Es que te crees a salvo de esa posibilidad? —preguntó ella, ofendida—. Pues, para que lo sepas, soy una mujer adorable. Una mujer guapa y con carácter de la que se han enamorado hombres más grandes que tú.

—No lo dudo.

Ella arqueó una ceja.

—¿Me estás tomando el pelo?

—En absoluto.

Jonathon era sincero. Wendy le parecía inteligente, divertida e inmensamente atractiva. Estaba seguro de que los hombres que buscaban una compañera y quizás una familia hacían cola por ganarse el amor de una mujer como ella. Pero él no era uno de esos hombres.

—Sólo te pido que no olvides por qué me voy a casar contigo —continuó él—. No me idealices, Wendy. No te engañes.

Ella lo miró a los ojos.

—Recuérdamelo, Jonathon. ¿Por qué te vas a casar conmigo?

La expresión de Wendy se volvió muy seria. Jonathon pensó que estaba más guapa que nunca. Su piel clara y sus ojos azules, de un tono oscuro que parecía violeta, parecían brillar. Durante unos segundos, perdió el hilo de la conversación que mantenían. Tuvo que hacer un esfuerzo para retomarlo e insistir en su objetivo: recordarle a su secretaria que él no era ni un héroe ni un caballero andante.

—Por el mismo motivo que explica todo lo que he hecho desde que tenía once años —respondió—. Porque sirve a mis objetivos. Porque sirve a FMJ.

Ella lo miró con extrañeza.

—Si no quieres que te idealice, ¿por qué has intentado que me quede con una parte de tu fortuna? —alegó—. Discúlpame, Jonathon, pero me reservo el derecho de pensar que no eres el canalla que finges ser.

—Créeme cuando te digo que lo hago por interés. FMJ necesita que te quedes en California… si casarme contigo es la única forma de conseguirlo, nuestro matrimonio es lo mejor para FMJ. No tengo más motivación que ésa.

Wendy asintió.

—Bueno, si te empeñas en parecer tan despiadado, procuraré recordármelo a menudo. ¿Te parece bien que sigamos con el acuerdo prematrimonial? Se me ha ocurrido una solución perfecta para nuestro problema al respecto. En el acuerdo se dice que me concederás el veinte por ciento de tus bienes cuando nos divorciemos, ¿verdad?

Jonathon asintió.

—Entonces, añadiremos una cláusula: que yo te lo devolveré todo a continuación.

—Wendy…

—Oh, vamos, es lo justo. Los dos tendremos exactamente lo que teníamos antes de casarnos.

Jonathon suspiró. No era lo que pretendía. No se parecía nada en absoluto. Pero empezaba a entender que, en lo tocante a su secretaria, tendría que acostumbrarse a no salirse siempre con la suya.

Wendy caminó hacia la puerta; pero se detuvo, frunció el ceño y dijo:

—Jonathon, si fueras realmente el hombre frío y egoísta que te

gusta aparentar, no me habrías advertido contra el peligro de enamorarme de ti.

Capítulo 5

Wendy no tuvo ni un minuto libre durante los días siguientes. Se sentía como si su vida avanzara a toda máquina y ella caminara a paso de tortuga; se sentía como se había sentido desde que se convirtió en tutora de Bitsy.

Afortunadamente, su dolor y su preocupación empezaban a desaparecer. Al fin y al cabo, ya no tenía que volver a Texas. Pero su matrimonio con Jonathon había añadido agitaciones nuevas a su existencia.

Fiel a su palabra, Jonathon adelantó trabajo en lo tocante al contrato con el gobierno e incluso delegó aspectos que normalmente habría asumido. Ford y Kitty regresaron poco después con su hija, Ilsa. Matt y Claire llegaron unos días más tarde, tras haber acortado su luna de miel. Wendy se sentía culpable por los recién casados, pero Claire alegó que diecisiete días en un paraíso tropical era una luna de miel más que suficiente y que no quería perderse su boda por nada del mundo.

El domingo antes de la boda, Wendy estaba viendo la televisión, medio dormida. Jonathon la había convencido para que se mudara a su casa con el argumento de que nadie creería que estaban enamorados si no vivían juntos. De repente, alguien llamó a la puerta. Wendy, que estaba agotada, tardó un poco en levantarse. Cuando por fin abrió, se encontró con Kitty y Claire.

Wendy no conocía mucho a Claire, pero no necesitaba conocerla demasiado para darse cuenta de que la miraba con preocupación. Los acontecimientos de los días anteriores y el cuidado de Peyton la habían mantenido tan ocupada que prácticamente no había pegado ojo. Y por lo visto, Claire lo notó.

—¡Traemos comida! —exclamó Claire, que le dio una caja—. Nuestro avión aterrizó en Palo Verde esta mañana, pero he tenido tiempo de preparar algo.

La caja tenía el logotipo de Cutie Pies, el restaurante de Claire, famoso por sus rosquillas de chocolate negro. A Wendy se le hizo la boca agua.

—Como estás demasiado cansada para invitarnos, decidimos venir a verte y traerte algo de comer —explicó Kitty—. Anda, siéntate y disfruta de las rosquillas, entre tanto, yo me encargaré de cuidar a Peyton.

Wendy asintió y dejó que se encargara de la niña. Kitty Langley no parecía tener ni un gramo de sentimiento maternal en el cuerpo; era una refinada y rica heredera que se había convertido en diseñadora de joyas y que había vivido en Nueva York hasta que se enamoró primero y se casó después con Ford. Pero a pesar de ello, acunó a Peyton con una habilidad que sorprendió a Wendy. Kitty era tan elegante que no perdía el *glamour* ni con un bebé.

Las tres mujeres se sentaron. Wendy pegó un bocado a una rosquilla.

—No sé por qué habéis venido —declaró con la boca llena—, pero ya no me importa. Podéis apuntarme con una pistola, robarme o secuestrar a la niña. Haced lo que queráis, pero dejad las rosquillas aquí, por favor. Están buenísimas.

Kitty sonrió y dijo:

—Tienes cara de estar agotada.

Wendy asintió.

—¿No has dormido esta noche? —intervino Claire.

—Sí, bueno… he dormido un par de horas. No sabía que cuidar un bebé fuera un trabajo tan extenuante.

—¿Extenuante? Es terrible —dijo Kitty mientras dejaba a la pequeña en la cuna—. Pero en tu caso es peor. Al menos, yo tuve siete meses para acostumbrarme a la idea.

Las tres mujeres permanecieron en silencio unos minutos, hasta estar seguras de que Peyton se había quedado dormida. Entonces, Claire se levantó, se dirigió a la cocina y volvió al cabo de un rato con una taza de café.

—Te lo he servido con leche y azúcar. Espero que te guste así.

—Sí, gracias.

—¿Necesitas algo más? —preguntó Kitty—. ¿Quieres que te preparemos algo de comer? Yo no soy precisamente una gran cocinera, pero Claire es como McGyver… es capaz de ofrecer un festín en una cocina con los armarios y el frigorífico vacío.

Wendy no lo dudó ni por un momento, pero dijo:

—No, prefiero comerme otra rosquilla.

—¿Estás segura? Podría preparar una tortilla en un momento. O prepararte un sándwich tan rico que llorarías de placer —declaró Claire.

—No, gracias.

—Deberías aceptar el sándwich —insistió Kitty—. Los hace increíblemente bien.

—No, en serio, no tengo tanta hambre… pero ¿por qué tengo la impresión de que intentáis cebarme por motivos ocultos?

Kitty y Claire se miraron.

Wendy arqueó una ceja.

—Vamos, decídmelo de una vez.

Claire se ruborizó y Kitty apartó la mirada.

—¿Se puede saber qué pasa? —preguntó Wendy—. Os comportáis como si tuvierais una mala noticia y no me la quisierais dar.

Claire se mordió el labio inferior y se mantuvo en silencio. Kitty la miró con exasperación, suspiró y dijo:

—Estamos preocupadas con Jonathon.

—¿Preocupadas?

—No sé qué hay entre vosotros, pero es obvio que está relacionado con Peyton.

Wendy abrió la boca para protestar, pero Kitty siguió hablando.

—Jonathon no quiere hablar de ello y supongo que tú tampoco querrás. Pero no somos tontas. Veinticuatro horas antes de que Jonathon y tú anunciarais vuestro matrimonio, hablaste con Ford y le dijiste por qué ibas a dejar el trabajo. Puede que me equivoque, pero yo diría que lo habéis organizado todo para que tu familia crea que sois una pareja de enamorados y tú te puedas quedar con la niña.

Wendy no lo negó.

—Pero no te preocupes —insistió Kitty—, no vamos a hacer nada para impedirlo.

—De hecho, estamos dispuestas a colaborar —intervino Claire—. Cuenta con nosotras para cualquier cosa que necesites.

—Pero ten cuidado, Wendy. Recuerda que vuestro matrimonio no es real —añadió Kitty.

Wendy recordó la conversación que había mantenido con Jonathon antes de firmar el acuerdo prematrimonial. Por lo visto, él no era el único que tenía miedo de que perdiera el norte y se enamorara de él.

Las miró, sonrió con debilidad y fue tan sincera como pudo.

—Admito que Jonathon es un gran hombre. Siempre me lo ha parecido. Pero conozco su historial con las mujeres, quizás mejor que vosotras, y sé que no está a mi alcance. No voy a cometer el error de enamorarme de él.

Claire y Kitty se miraron con nerviosismo.

—¿Y ahora qué pasa?

Kitty carraspeó antes de responder.

—Que no eres tú quien nos preocupa.

Wendy se quedó anonadada.

—¿Os preocupa Jonathon? ¿Creéis que podría enamorarse de mí?

Claire asintió.

—Esto es increíble… —dijo Wendy, sin salir de su asombro.

—Bueno, también nos preocupa que él te rompa el corazón. Pero tú eres una mujer inteligente y muy práctica —se justificó Kitty—. Estamos seguras de que sabrás cuidar de ti misma.

—¿Y tenéis miedo de que el brillante, analítico y poderoso Jonathon Bagdon se enamore de mí? —preguntó Wendy, que no sabía si reír o llorar.

—Sí. Francamente, sí —declaró Claire.

—¿Estáis hablando en serio?

Las dos asintieron.

—Sé que Jonathon parece… —empezó a decir Claire.

—¿Implacable? ¿Frío? —dijo Kitty.

—¿Quieres dejarme hablar, Kitty? —protestó Claire—. Como iba diciendo, sé que Jonathon parece…

—Un canalla insensible —la interrumpió Wendy.

—¡Exacto! —exclamó Kitty.

—Pues no lo es —afirmó Claire—. No olvidéis que lo conozco desde hace más tiempo que vosotras.

—Oh, vamos, aunque crecieras en la misma ciudad que Matt, Ford y Jonathon, eres mucho más joven que él —le recordó Kitty—. Ni siquiera fuisteis juntos al colegio.

—Pero coincidíamos mucho y lo he visto enamorado. Recuerdo que en el último año del instituto estaba tan colado por una chica que habría hecho cualquier cosa por ella.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Wendy, interesada. Claire dudó.

—Creo recordar que se llamaba Kristi. No era de Palo Verde. Se mudó allí para vivir con su padre… él y su madre estaban divorciados.

—¿Y estuvieron saliendo?

—Más o menos. Kristi era una chica extraordinariamente coqueta… pero Jonathon se empeñó en conquistarla y fue tan romántico como lo pueda ser un jovencito de dieciocho años. Le regalaba flores, joyas, de todo.

Wendy se quedó boquiabierta. Jamás habría imaginado que Jonathon pudiera ser un hombre romántico.

—En cierta ocasión, Kristi le dijo que su madre siempre le compraba la tarta de cumpleaños en la misma pastelería —continuó Claire—. Como Kristi era de San Francisco, Jonathon se tomó la molestia de ir a San Francisco y comprarle la tarta allí. ¿No os parece increíble? La abrumó con todo tipo de detalles…

—Como tú con Matt —ironizó Kitty.

—Sí, bueno, es posible que lo persiguiera un poco. Pero estaba enamorada de él. Y al final, entró en razón.

—Y que lo digas —bromeó Kitty, que le pegó un codazo suave.

—¿Y qué pasó al final? —preguntó Wendy—. ¿Por qué se separaron?

—Ésa es la cuestión. Ni siquiera estoy segura de que llegaran a nada serio. Sólo sé que Kristi se marchó y volvió con su madre pocos días después de su cumpleaños. Jonathon se quedó…

—¿Destrozado?

Claire frunció el ceño y respondió:

—Jonathon no volvió a ser el mismo de antes. Pero sé que ese joven romántico sigue ahí, encerrado en su corazón. Sé hasta qué punto puede amar.

Claire y Kitty se miraron otra vez. Wendy sintió una punzada en el pecho que reconoció al instante. Sentía envidia de Kristi.

Se levantó, les ofreció una sonrisa forzada y dijo:

—No creo que tengáis motivos para preocuparos. Jonathon no está enamorado de mí; estoy segura de ello. Podéis volver a casa y descansar tranquilas… os prometo que no voy a aplastar su corazoncito con los tacones de mis botas.

Kitty también se levantó.

—No estamos diciendo que tú no nos preocupes, Wendy. Pero ¿qué pasa con Peyton?

—¿Con Peyton?

—¿Nunca te has fijado en cómo se pone Jonathon cuando está con Ilsa?

Wendy asintió.

—Claro que me he fijado. Es encantador con los niños.

—Efectivamente —dijo Kitty—. Los niños le encantan. Le gustan tanto que nos está presionando para que tengamos otro.

—Y si te casas con él para engañar a tu familia —intervino Claire— y él se encariña con esa preciosidad de bebé, ¿qué crees que pasará cuando os divorciéis?

—Bueno, yo…

Wendy no lo había pensado. No se había planteado esa posibilidad. Y tuvo la sensación de que las cosas se estaban complicando por momentos.

—¿Y bien? —insistió Kitty.

—Sólo puedo decir que, si realmente se encariña con ella, no pondré objeción alguna a que la siga viendo —contestó—. A todos los efectos, será el padre de la niña. Del mismo modo en que yo seré su madre.

Imaginar a Jonathon como padre de Peyton se le hacía muy extraño; pero Wendy sabía que Claire y Kitty tenían razón. Jonathon le estaba haciendo un favor enorme al casarse con ella. Y ella no haría nada que pudiera herir sus sentimientos.

—En tal caso, supongo que sólo queda una cosa por hacer —declaró Kitty.

—¿Qué cosa? —preguntó Wendy. Kitty sonrió.

—Darte la bienvenida a nuestra familia.

Capítulo 6

La boda se desarrolló con la precisión de una maniobra militar bien planeada. Y no fue mucho más romántica.

Consistió en una ceremonia íntima, en los juzgados del centro de Palo Alto, y fue tan rápida que Claire y Matt casi se arrepintieron de haber interrumpido su luna de miel en Curasao para estar presentes.

Además, Jonathon no quiso perder el control con Wendy; a fin de cuentas, aún recordaba la pasión desenfrenada del beso que se habían dado en el despacho.

Y cuando llegó el momento de besar a la novia, lo limitó a una caricia tan leve que nadie los habría creído enamorados. Pero curiosamente, nadie pareció sorprendido.

Por la noche, antes de ir al piso de Jonathon, se dirigieron al domicilio de Wendy y recogieron el resto de sus pertenencias y las escasas posesiones de Peyton. Wendy había considerado la posibilidad de dejar definitivamente el apartamento, pero había pagado varios meses por adelantado y decidió quedarse con él hasta la finalización del contrato.

Cuando llegaron al piso de Jonathon, descubrieron que Claire les había preparado la cena y que la había dejado en el horno para que no se enfriara.

Jonathon se quedó en la entrada de la cocina, mirando el lugar con el corazón en un puño. Claire se había molestado en poner la mesa y la había decorado con unas velas. Incluso había puesto una botella de champán en la cubitera.

Wendy carraspeó y apoyó a Peyton en la cintura.

—Creo que voy a… creo que voy a guardar mis cosas —declaró con nerviosismo—. Sinceramente, no tengo hambre.

Antes de que Jonathon pudiera hablar, ella alcanzó una de sus maletas, giró en redondo y se marchó. Él pensó que tal vez era lo mejor, porque ninguno de los dos estaba preparado para afrontar una cena íntima en ese momento.

Tres horas después, Wendy seguía sin bajar. Jonathon se sentó a la mesa, abrió su ordenador portátil e intentó comer un poco, pero no

pudo. Volvió a cerrar el ordenador y fue en busca de su flamante esposa, a quien encontró en la habitación que habían dispuesto para la niña.

Se detuvo en la entrada, se apoyó en el marco de la puerta y la miró.

Wendy, que estaba sentada en la mecedora, se había quitado el vestido de novia y se había puesto unos vaqueros y una camiseta con cuello en uve. Peyton se había quedado dormida entre sus brazos. Tenía los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia un lado.

Jonathon carraspeó para avisar de su presencia. Ella alzó la mirada, sorprendida.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Acabo de llegar.

Wendy miró a la pequeña y dijo:

—Debería dejarla en la cuna, pero tengo miedo de hacerlo. Si se vuelve a despertar.

—Si se despierta, yo me encargaré de ella y tú podrás dormir un rato —dijo Jonathon—. Pero antes, deberías comer un poco.

Wendy sacudió la cabeza.

—No, no voy a permitir que cuides de la niña. No sería justo. Ya me has hecho un gran favor al casarte conmigo… no puedo pedirte nada más.

Jonathon sonrió para sus adentros. La voz de Wendy había sonado tensa, como si le estuviera acusando de algo.

—Puede que no, pero ahora estamos casados —alegó él—. Además, yo estoy mucho más descansado que tú… una noche en vela no me haría ningún daño. A ti, en cambio, te dejaría destrozada.

—¿Y si se despierta y hay que darle el biberón?

—Se lo daré.

Wendy lo miró con escepticismo.

—Los biberones están abajo. Sólo tienes que…

—Te he visto prepararlos muchas veces. No te preocupes por eso.

—Pero…

—Wendy, ¿debo recordarte que tengo cuatro hermanos y que ya tenía tres sobrinos cuando salí de la universidad? Peyton no será el primer bebé que cuide.

—Bueno, dicho así…

Ella se levantó, se inclinó sobre la cuna y dejó a la niña. Mientras se alejaba, con cuidado de no hacer ruido, el suelo crujió bajo sus pies. Pero afortunadamente, Peyton siguió dormida como un tronco.

Tras salir de la habitación, Wendy encendió el transmisor del monitor de la niña, como si tuviera miedo de que se despertara y empezara a llorar en cualquier instante. Al verla, Jonathon rió.

—¿De qué te ríes?

—Vas a estar en la habitación contigua. Si empezara a llorar, la oirías incluso sin el transmisor —alegó él—. Anda, dame eso y despreocúpate… tienes que dormir.

Jonathon le quitó el transmisor.

—No me importa quedarme con ella. Lo digo en serio —insistió Wendy.

—Sé que lo dices en serio, pero vas a dormir de todas formas. Y esto no es negociable —declaró él, rotundo.

Ella sonrió.

—Está bien, está bien… supongo que te conozco lo suficiente como para reconocer tu tono de jefe que no admite discusión.

—¿Yo tengo ese tono? —preguntó Jonathon.

Ella rió suavemente.

—Por supuesto que sí. Lo sabes de sobra. Pero insisto en que esto es innecesario.

Jonathon suspiró.

—Por favor, Wendy, ahórrame otra discusión sobre los motivos de nuestro matrimonio.

Ella dio un paso hacia él y se detuvo.

—No me refería a los motivos de nuestro matrimonio, sino al resto de las cosas. Te has molestado en vaciar una habitación para Peyton, en que la pinten de rosa, en que la decoren con mariposas y flores, en comprar la cuna y hasta en poner una mecedora. Es…

—No es nada.

Wendy arqueó una ceja.

—Pues será una nada como la de tu veinte por ciento —ironizó—, porque es evidente que te has gastado un dineral en la decoración.

—No es para tanto, Wendy. Kitty me comentó que tan sólo tenías un carrito de bebé y decidí echarte una mano.

Ella volvió a sonreír.

—Claro, como eres el experto en bebés…

Jonathon la miró y no pudo creer que aquélla fuera su noche de bodas. Si no hubiera habido un bebé de por medio, podría haberse acercado a Wendy y haberle quitado el jersey; podría haberle desabrochado el sostén y haberla desnudado.

Pero pensó que, por otra parte, si no hubiera habido un bebé, tampoco se habrían casado ni habrían tenido una noche de bodas.

De repente, ella alzó una mano y le acarició la mejilla.

—Gracias por ser tan bueno con nosotras.

La mente de Jonathon dejó de funcionar durante un segundo. Olvidó que tocar a Wendy era una mala idea. Sólo sabía que la deseaba; y no sólo en la cama, sino así, acariciándolo y mirándolo como si él fuera un hombre decente que merecía el afecto de una mujer como ella.

La tentación fue tan intensa que le agarró la mano y se la apartó. Después, dio un paso atrás y ordenó:

—Deberías acostarte. Tienes mucho sueño atrasado.

Ella asintió.

—Por supuesto, jefe.

Wendy estaba segura de que no podría dormir. Estaba segura de que pasaría la noche en vela, atenta a cualquier ruido procedente del dormitorio de Peyton.

Pero se equivocó.

En lugar de otra larga noche de preocupación, se quedó profundamente dormida y no despertó hasta diez horas más tarde, con la luz del sol entrando por la ventana y sintiéndose más descansada que en muchos días.

Sin embargo, su relajación duró poco. Diez horas eran muchas horas. Peyton se habría despertado varias veces y no la habría encontrado con ella.

Angustiada, se levantó de la cama, salió al pasillo y entró en la habitación de la niña. Cuando vio que la cuna estaba vacía, su corazón se aceleró.

—Buenos días…

Wendy dio media vuelta y vio que Jonathon estaba sentado en la mecedora, dando el biberón a Peyton.

—Está contigo —dijo ella, aliviada—. Peyton está bien…

Jonathon sonrió y admiró la camiseta minúscula y los pantalones cortos que Wendy se había puesto para dormir.

—Pues claro que está bien. ¿Creías que le había pasado algo malo?

Wendy se dio cuenta de que la estaba mirando y se tiró de la camiseta hacia abajo. Era tan corta que estuvo a punto de bajar la mirada para comprobar que tapaba todo lo que tenía que tapar. Pero se contuvo y se cruzó de brazos.

—No lo sé. Ten en cuenta que es la primera vez, desde que estoy con ella, que no me despierto con sus gritos —le confesó—. He sentido tanto miedo al ver la cuna vacía que casi me da un infarto.

Él volvió a sonreír.

—Sí, ya me había dado cuenta.

Durante unos segundos, ella se quedó extasiada con la expresión de Jonathon. En la oficina tenía dos tipos de sonrisa: la encantadora, que siempre dedicaba a los clientes, y la sonrisa de lobo. Ninguna de las dos llegaba nunca a sus ojos. Ninguna de las dos resultaba cálida. Eran simples estratagemas.

Pero aquella sonrisa era real y profundamente amable.

—Peyton y yo llevamos varias horas despiertos —continuó él.

—Oh, lo siento…

—No te disculpes. Te habría despertado si hubiera surgido algún problema, pero no ha pasado nada.

Wendy arqueó una ceja, atónita. Con Peyton siempre surgía algún problema. Era muy protestona y quería que la tuvieran en brazos todo el tiempo. De hecho, rompía a llorar en cuanto la dejaba en la cuna.

—¿Que no ha pasado nada?

—No, nada en absoluto —insistió él—. Nos despertamos hace un par de horas y le di el biberón de la mañana. Después, la senté en mis piernas y se quedó tranquila mientras yo recogía el correo electrónico. Babeó un poco el sillón de mi despacho, pero afortunadamente es de plástico… ¿verdad, Peyton?

La niña sonrió de oreja a oreja, aumentando el desconcierto de Wendy. Era increíble. El comportamiento de Peyton cambiaba radicalmente cuando estaba con él.

Al ver su cara, Jonathon preguntó:

—¿Ocurre algo?

—No, no, ¿por qué lo preguntas?

—Porque pareces… no sé, como si estuvieras a punto de desmayarte.

—No, qué va, me siento muy bien —respondió a toda prisa—. Será que tengo hambre… sí, definitivamente tengo hambre.

—En tal caso, ¿por qué no te vistes y bajas a desayunar? No te preocupes por nosotros. Estaremos bien.

Wendy miró a Peyton sin poder creer lo que veía. Le había dedicado casi todo su tiempo durante las semanas anteriores; había cambiado de forma de vivir, se había casado y estaba dispuesta a entablar una batalla legal con su propia familia. Pero la niña nunca se había portado tan bien con ella como se portaba con Jonathon. Parecía el bebé más feliz del mundo. Tan feliz, que sintió envidia.

—Ojalá estuviera tan tranquila conmigo como lo está contigo…

—¿Por qué dices eso?

Wendy suspiró.

—Peyton siempre se porta mal conmigo. Es como si… no sé, es como si me quisiera decir que no tengo lo que hay que tener para ser madre —confesó.

Cuando volvió a mirar a Jonathon, él seguía sonriendo. Pero el humor había desaparecido de sus ojos.

—Le das demasiada importancia, Wendy. El instinto maternal no es lo más importante con los niños; eso sólo es el cinco por ciento del problema, por así decirlo… el noventa y cinco por ciento restante es simple y pura cuestión de experiencia —explicó él—. Pero tienes que recordar que son muy intuitivos. Por ejemplo, si estás nerviosa, ella notará tu nerviosismo y se pondrá nerviosa a su vez.

Jonathon dejó de dar el biberón a Peyton. Después, la apoyó contra su cuerpo, le dio unas palmaditas en la espalda y logró que eructara para soltar los gases. La niña estaba tan tranquila que ni siquiera abrió los ojos.

—¿Cómo has hecho eso? Nunca consigo que eructe.

—Es lo que te acabo de decir. Experiencia, simple experiencia. Si te ha complicado las cosas, no es porque seas una mala madre, sino porque todavía no conoces todos los trucos. Además, su vida ha cambiado mucho en poco tiempo.

—Supongo que tienes razón.

—Claro que sí. Dale tiempo. Y sobre todo, concédete un poco de tiempo a ti misma —le recomendó—. Dios mío, empiezo a hablar como un psicólogo barato…

Ella soltó una carcajada.

—No te preocupes. No se lo diré a nadie en la oficina.

—Gracias.

Los dos se quedaron en silencio. Y súbitamente, ella preguntó:

—¿Por qué no eres padre?

Él arqueó una ceja, sorprendido.

—No te sorprendas tanto —continuó ella—. Lo digo porque eres muy bueno con los niños…

—Oh, vamos, nunca sería un buen padre. Ni siquiera consigo que Matt limpie su parte del despacho —afirmó.

—Estoy hablando en serio, Jonathon.

—Y yo también.

—¿Tengo que repetir la pregunta?

Esta vez fue Jonathon quien suspiró.

—No soy padre porque nunca he sentido el deseo de serlo —respondió al fin—. Bueno… creo que nuestra pequeña dormirá plácidamente durante un par de horas. Deberías aprovechar la ocasión para desayunar.

—Gracias. Lo haré.

Wendy se marchó sin mirar atrás, pero siguió pensando en la conversación que habían mantenido. Jonathon no sentía el deseo de ser padre. Y sin embargo, se había casado con ella y había asumido una responsabilidad con Peyton que nadie le había pedido.

Entró en el dormitorio principal, se duchó y se vistió. Como sabía que la niña estaría dormida, se relajó por primera vez en varias semanas y dedicó más tiempo del necesario a cepillarse el pelo y arreglarse.

Aún faltaba una semana para que se marcharan a Texas; tiempo más que suficiente para que se acostumbraran el uno al otro y establecieran una rutina. Dedicarían un fin de semana a convencer a su familia de que eran unos padres perfectos y, a continuación,

regresarían a Palo Alto y volverían a la normalidad. O por lo menos, a la normalidad que tenían desde que se habían casado.

Por fin, salió del dormitorio. Todavía estaba en mitad de la escalera cuando oyó voces procedentes de la cocina y su corazón se aceleró. Wendy no tenía motivos para preocuparse. Pensó que seguramente sería Matt o, tal vez, algún vecino. Sin embargo, su instinto le decía otra cosa.

Y su instinto acertaba. Como tuvo ocasión de comprobar al distinguir una voz de acento inequívocamente texano:

—Habríamos venido antes de haber sabido que os ibais a casar.

Wendy cerró los ojos con fuerza e intentó contener su pánico. Después, respiró hondo y entró en la cocina.

Para enfrentarse a su familia.

Capítulo 7

Jonathon llevaba toda la vida en la mitad norte de California, de modo que estaba acostumbrado a los terremotos. Hacía tiempo que les había perdido el miedo; pero no podía decir lo mismo de otras catástrofes como los tornados, los huracanes y los maremotos.

En su opinión, cualquier cosa que pudiera devastar la Tierra merecía una buena dosis de respeto. Y la familia de Wendy encajaba en esa categoría.

Alrededor de diez minutos después de que Wendy entrara en la ducha, su familia llamó a la puerta y entró en la casa entre apretones de manos feroces, palmadas terribles en la espalda y abrazos que habrían dejado sin respiración a cualquiera. Fue realmente excesivo, sobre todo porque no supo quiénes eran hasta que reconoció a Hank, el tío de Wendy, al que había visto alguna vez en las noticias.

En cuestión de segundos, se vio atrapado entre Tim y Marian, los padres de Wendy, y el propio Hank, que llevaba a Mema del brazo.

Se acababa de recuperar de la palmada del tío Hank cuando se encontró cara a cara con Mema. Wendy había descrito de tal modo a su abuela que esperaba que fuera una mujer de armas tomar; pero resultó ser una anciana delgada y de aspecto frágil, aunque con una mirada llena de carácter.

Mema lo miró de arriba a abajo y dijo:

—Bueno, al menos es real.

—¿Es que lo dudaba? —preguntó Jonathon.

Ella alzó la barbilla, aparentemente indignada.

—Francamente, sí. No me habría extrañado que Gwen se inventara un marido sólo para desafiarme —declaró.

—Pues le aseguro que soy real, señora.

—¿En serio? Ahora sólo necesito saber si, además de ser real, también será un buen padre para mi nieta.

La mujer lo miró con detenimiento, asintió y añadió:

—Siempre he desconfiado de los hombres extraordinariamente guapos. Pero a Gwen le ocurre lo mismo, así que debo suponer que usted es algo más que un hombre guapo.

Jonathon sonrió con ironía.

—Eso espero, señora.

Wendy apareció treinta minutos después. Al ver su expresión de angustia, Jonathon supo que había oído a sus familiares antes de llegar a la cocina.

El encuentro resultó más afectuoso de lo que Jonathon habría imaginado; se saludaron de forma efusiva, e incluso se derramaron unas cuantas lágrimas de alegría. Pero Wendy no quitó ojo a Peyton, que estaba en brazos de su madre. La miraba como si tuviera miedo de que Marian se fugara con ella.

—¿Qué diablos estáis haciendo aquí? —preguntó. Su madre respondió con voz exageradamente acaramelada.

—Oh, cariño… siento no haber estado en tu boda. Si lo hubiéramos sabido antes, habríamos llegado en un periquete. No puedo creer que me haya perdido la boda de mi única hija. Es terrible.

—Os avisé con una semana de antelación. Si hubierais querido asistir, habríais venido —le recordó Wendy.

—Pero el tío Hank tenía el avión privado en Washington D. C. y tuvimos que esperar —se justificó Marian.

—Ah, me alegra saber que la idea de volar con una aerolínea comercial os resulta más repugnante que la perspectiva de perderos mi boda.

—Deberías ser más respetuosa con tu madre, jovencita —intervino Tim.

—¿Y qué pasará si no lo soy? ¿Me quitarás la paga semanal? —ironizó Wendy—. Mi querida madre ha faltado a casi todos los actos importantes de mi vida. Y cuando se presenta, se presenta para criticarme.

—Gwen… —empezó su madre.

Mema carraspeó y Marian y Wendy quedaron en silencio.

—Aunque sólo sea por la memoria de nuestra pobre Bitsy, os ruego que dejéis a un lado vuestras diferencias —declaró Mema—. Pero dejemos eso para otro momento. El vuelo ha sido largo y me gustaría refrescarme y descansar un poco antes de comer. Supongo que los dormitorios están en el piso de arriba, ¿verdad?

Jonathon asintió.

—En efecto.

—En tal caso, echaré una siestecita en el despacho que acabo de ver junto al vestíbulo. Las escaleras no me sientan bien… Hank, encárgate de que me instalen una cama para que pueda dormir esta noche. Entre tanto, descansaré en el sofá.

Jonathon se quedó asombrado al ver que Hank, un senador de los Estados Unidos, seguía a su madre como si fuera un perrito faldero. Segundos después, el padre de Wendy salió de la casa para pedirle al

chófer que les llevara el equipaje y Marian subió al dormitorio de Peyton para familiarizarse con las cosas de la niña, según dijo.

En cuanto se quedaron a solas, Wendy preguntó:

—¿Por qué no me has avisado cuando han llegado?

—Porque supuse que te estarías vistiendo. Les dije que bajarías enseguida.

Wendy ladeó la cabeza y lo miró como si Jonathon fuera una forma de vida desconocida para ella.

—No lo puedo creer. Te has quedado con ellos y les has hecho frente.

Jonathon la miró con asombro.

—Por supuesto. Es lo que la gente hace en estos casos, ¿no?

Ella rió.

—No. La gente no suele hacer eso con mi familia.

—¿Por qué no?

—Cuando era más joven, salí con un chico que no fumaba, que era vegetariano convencido y que dedicaba casi todo su tiempo a la causa de los ecologistas. Media hora después de conocer a mi familia, estaba comiendo carne y fumando puros en el porche con Hank —contestó, sacudiendo la cabeza—. Y una semana después, aceptó el trabajo que mi padre le ofreció.

—Ese tipo era un idiota —comentó Jonathon.

—No, era inteligente. Por lo que sé, ahora es uno de los directivos más importantes del departamento de mercadotecnia de Morgan Oil. Y mi padre nunca asciende a nadie que no se lo merezca.

Wendy se había quedado tan cabizbaja que Jonathon se acercó, le puso un dedo debajo de la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

—No dudo que tuviera talento para los negocios, pero era un idiota —insistió él.

Ella sonrió.

—Gracias, Jonathon. Gracias por todo lo que estás haciendo.

—No hay de qué.

—¿Que no hay de qué? Eso es lo que dices ahora… todavía no sabes en lo que te has metido. ¿Te sorprende que mi familia haya aparecido de repente? ¿Te sorprende que se hayan presentado sin invitación y que mi abuela se haya quedado con tu despacho? Pues es sólo el principio. Será mucho peor.

—Lo sé perfectamente, Wendy. ¿Crees que no me he dado cuenta? Lo supe en cuanto abrí la puerta y los vi.

—¿En serio?

—Claro.

—No lo había imaginado… la mayoría de la gente no se da cuenta —dijo, confusa.

—Deberías tener más confianza en mí.

—Sólo pretendo que estés sobre aviso. Mi padre y el tío Hank serán encantadores contigo. Cuando creas que sólo son un par de tipos agradables y bajes la guardia, intentarán manipularte. Y si no lo consiguen, intentarán aplastarte.

Jonathon asintió.

—Bueno, ya me has avisado. Aunque es evidente que su presencia en mi casa es una demostración de poder. Creen que llevan las de ganar porque han elegido el momento y el lugar de la batalla —comentó—. Pero ¿qué me dices de tu madre? Parece bastante inofensiva.

—No, no te equivoques con mi madre.

Wendy pensó en Marian. La relación que mantenía con ella era la más compleja de todas. Marian era su madre y, naturalmente, la adoraba. Pero Marian no la entendía; nunca la había entendido. Y a veces era tan retorcida como el propio Hank.

—Sé que haces submarinismo —dijo ella—. Y supongo que alguna vez te habrás topado con una medusa, ¿no?

—Sí, varias veces. Son peligrosas.

—Exacto. Parecen delicadas y frágiles, pero tienen muchas defensas —observó—. Pues bien, mi madre es así. Mi madre es… ¡oh, Dios mío!

—¿Qué ocurre?

—¡El dormitorio!

Wendy salió corriendo de la cocina. Jonathon la siguió a toda prisa, la agarró del brazo y la detuvo antes de que llegara a las escaleras.

—¿Se puede saber qué pasa?

—La habitación de invitados —dijo Wendy en un susurro—. La habitación donde dormí anoche.

—No te comprendo.

—Anoche dormí en la habitación de invitados, Jonathon —insistió—. Era nuestra noche de bodas y dormí en la habitación de invitados.

Jonathon empezó a comprender.

—Oh, vaya…

—Sí, vaya. Mi madre ha subido al dormitorio de Peyton. Pero si ve la habitación de invitados, llegará a la conclusión de que anoche no dormimos juntos.

Wendy se soltó, se dirigió a las escaleras y subió los escalones de dos en dos, seguida a corta distancia por su marido. Cuando llegó al primer piso, se detuvo y contempló el largo pasillo. La habitación de invitados estaba justo al final. Sólo tenía que llegar a ella y hacer la cama a toda prisa, antes de que Marian la viera; pero para llegar a ella, tenían que pasar por delante del dormitorio de Peyton.

Avanzaron lentamente, para no hacer ruido. La puerta del

dormitorio de la niña estaba entreabierta. Y entonces oyeron dos cosas: la voz de Tim y el crujido de la mecedora, donde probablemente se había sentado Marian.

De repente, la mecedora dejó de crujir.

Wendy se asustó. Era evidente que sus padres lo habían oído. En cualquier momento saldrían del dormitorio y ella no tendría tiempo de llegar al final del pasillo. Tenía que hacer algo y lo tenía que hacer deprisa.

Tomó a Jonathon de la mano y lo arrastró hasta la habitación de invitados. Una vez dentro, sonrió y dijo:

—Discúlpame.

—¿Que te disculpe? ¿Por qué?

Wendy se abalanzó sobre Jonathon con tanta fuerza que lo tiró sobre la cama. Su marido soltó un gemido de sorpresa, pero ella ni siquiera lo notó: estaba demasiado ocupada, besándole en la boca.

Cuando sintió el contacto de los labios de Wendy, Jonathon dejó de preguntarse lo que pasaba. Wendy había estado balbuceando sobre el dormitorio de invitados y, de repente, sin previo aviso, lo tiraba en la cama como si no pudiera contener su deseo. Cualquier hombre inteligente habría dejado las preguntas para después.

Le pasó un brazo alrededor del cuello y la besó con más pasión. Ella le lamió de un modo tan dulce que él sintió la irrefrenable necesidad de poseerla.

Estaba muy excitado. Tuvo que hacer un esfuerzo para refrenarse y no arrancarle la ropa. La deseaba desesperadamente, con todo el deseo que había acumulado durante años. Pero no quería tomarla sin más, con desenfreno; no quería una experiencia sexual rápida.

Quería mucho más. Lo quería todo.

Le pasó una mano por la espalda y tomó el control del beso. Ella le sacó la camisa de debajo de los pantalones. Jonathon pensó que, si le acariciaba el pecho y sentía el calor de su piel, estaría completamente perdido; así que la agarró por las muñecas y le estiró los brazos por encima de la cabeza, inmovilizándola.

La quería así, tan excitada como él, tan necesitada como él, tan desesperada como él.

La besó muy despacio, explorando cada milímetro de su boca, disfrutando de la suavidad de su lengua y de su leve sabor a café. Wendy arqueó las caderas contra su erección y, a pesar de la ropa que los separaba, Jonathon sintió el calor de su entrepierna.

Pero no era suficiente. Un simple beso no podía ser suficiente.

Tenía demasiadas cosas que explorar. Cosas como sus hombros, tan tentadores; cosas como la piel de su cuello; cosas como su estómago,

que había vislumbrado tantas veces cuando ella se ponía de puntillas para alcanzar algo en el despacho de la empresa.

Llevó una mano hasta el dobladillo de su camiseta, la introdujo por debajo y la acarició hasta llegar a sus pechos.

Al sentir el contacto del sostén, se detuvo. Llevaba muchos años esperando ese momento. Pero no quería tomarla así, rápidamente, en la habitación de invitados y a escasos metros de sus padres.

No. Para empezar, la quería desnuda. Y para continuar, quería darse un festín con ella. Un festín de muchas horas, de varios días.

Súbitamente, se separó un poco de ella y la miró a los ojos.

Sus padres. Había olvidado que sus padres estaban allí.

Un segundo después, oyeron un ruido y un carraspeo, el de Tim, que estaba en el umbral de la habitación, junto a Marian.

—Wendy, tu padre y yo queremos hablar contigo. Te esperaremos en el vestíbulo —dijo Marian—. Baja cuando te hayas… arreglado un poco.

Sus padres cerraron la puerta y se alejaron por el pasillo.

Jonathon se apartó de Wendy, se sentó en la cama y se llevó las manos a la cabeza, preocupado. La expresión de Tim no había ofrecido el menor indicio de duda; lo había mirado como si estuviera dispuesto a rebanarle el cuello.

Sin embargo, se tranquilizó bastante cuando empezó a pensar otra vez. Él había olvidado que Tim y Marian estaban con el dormitorio de Peyton, pero era evidente que Wendy no lo había olvidado. Lo había arrojado a la cama precisamente por eso; se había abalanzado sobre él porque era la única forma de ocultar que había pasado la noche en la habitación de invitados. Los había manipulado a todos.

Respiró hondo y se giró hacia ella. Wendy se había apretado contra el cabecero y lo miraba como si tuviera miedo de él.

—Yo… —empezó a decir ella, nerviosa—. Ha faltado poco, ¿verdad?

Jonathon se limitó a arquear una ceja. Wendy no imaginaba hasta qué punto había faltado poco. Si sus padres no hubieran aparecido de repente, la habría desnudado y le habría hecho el amor apasionadamente.

—Lo siento mucho, Jonathon. Era la única forma de salvar la situación, de impedir que vieran la cama…

Él se levantó.

—Dudo que tus padres se hayan fijado en la cama.

—Ésa era la idea, ¿no?

Jonathon asintió. Estaba terriblemente decepcionado.

Lo que para él había sido un momento de pasión, para ella había sido una simple estratagema.

—Sí. Supongo que sí.

Wendy se puso en pie y caminó hacia su marido.

—Jonathon, yo… lo siento.

Cuando llegó a su altura, Jonathon bajó la mirada y pensó que era muy pequeña. Apenas le llegaba a la barbilla. Pero curiosamente, no parecía pequeña. Su carácter habría bastado para llenar a una mujer veinte centímetros más alta. Y era fuerte; tan fuerte como para ser capaz de enfrentarse a él.

—Deja de disculparte, Wendy. Todos cometemos errores. Es que no estoy acostumbrado a cometer errores tan estúpidos.

Ella abrió la boca para decir algo, pero la cerró de nuevo cuando Jonathon le acarició el cabello de forma brusca, la besó en la frente y añadió:

—Anda, vamos a hablar con tus padres.

Capítulo 8

Wendy pensó que algunas cosas eran embarazosas con independencia de la edad que se tuviera. Por ejemplo, que sus padres la pillaran con un hombre en la cama.

Cuando tenía diecisiete años, la descubrieron con su novio en el asiento de atrás de una camioneta. La situación había resultado problemática porque se estaban besando; pero especialmente, porque el pobre chico se había fumado un canuto y se le notaba. Su padre, que era un hombre muy conservador, denunció a su novio y se empeñó en que ella se hiciera unas pruebas para asegurarse de que no era una drogadicta.

No fue extraño que, al año siguiente, cuando Wendy se marchó a la universidad, eligiera una a varios miles de kilómetros de distancia.

Pero por algún motivo, aquello le pareció más embarazoso.

Siguió a Jonathon al vestíbulo y respiró hondo. Sus padres los estaban esperando. Marian la miró como disculpándose por lo sucedido, pero Tim miró a Jonathon como si quisiera estrangularlo con sus propias manos.

Sin embargo, Jonathon no se dejó amilanar. Le pasó un brazo por encima de los hombros y declaró, tranquilamente:

—Siento que nos hayan visto.

—No es necesario que te disculpes… —dijo Marian, tuteándolo por primera vez.

—¿Sientes que os hayamos visto? ¿O sientes que estuvierais haciendo eso? —intervino Tim, furioso—. Porque, desde mi punto de vista, ningún hombre que ame sinceramente a su mujer se dedica a tontear con ella en pleno día, con su familia a pocos metros y con una niña pequeña en la habitación contigua.

—¡Papá! —protestó Wendy.

—Tim… —dijo Marian.

Jonathon alzó una mano para interrumpir sus protestas, miró a Tim y declaró:

—Pues, desde mi punto de vista, las familias que respetan sinceramente a sus hijos no se presentan en su casa de repente y sin

avisar.

Wendy se quedó boquiabierta. Marian apretó los labios y corrió hacia la cocina, aparentemente afectada por lo sucedido.

Los dos hombres se seguían mirando.

—Si crees que me voy a ablandar porque le hayas dado un disgusto a mi esposa, te equivocas —dijo Tim.

—Lo mismo digo, señor —afirmó Jonathon—. Y ahora, permítame que añada algo más… he trabajado con su hija durante muchos años, pero no la toqué ni una sola vez antes de que nos casáramos. Siempre he respetado su inteligencia y las decisiones que toma. No estoy seguro de que usted pueda decir lo mismo.

Wendy no salía de su asombro. Era evidente que ninguno de los dos estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

Por fin, sacudió la cabeza y decidió intervenir.

—Voy a subir a ver cómo está mamá; pero quiero que hagáis las paces de inmediato. ¿Me has oído, Jonathon? Y en cuanto a ti, papá, ya no soy una adolescente. Si Jonathon tuviera intención de mancillar mi honor o de cualquier otra idea por el estilo que haya pasado por tu cabeza, no se habría casado conmigo. Concédele una oportunidad. Es un gran hombre.

Wendy se marchó entonces, aunque temía que su esposo y su padre terminaran la discusión a puñetazo limpio.

Cuando llegó a la cocina, vio que su madre estaba haciendo lo que hacían la mayoría de las mujeres de Texas cuando estaban disgustadas o enfadadas: cocinar.

Rió sin poder evitarlo.

Su madre giró la cabeza y le lanzó una mirada de desaprobación antes de volver con lo que estaba haciendo, que en ese momento era cortar una ramita de apio.

—Dilo de una vez —declaró Marian.

Wendy se acercó a la encimera.

—¿Decir? Yo no quiero decir nada —protestó.

—Tal vez no quieras, pero lo estás pensando. Tus pensamientos suenan tan altos que se pueden oír a varios kilómetros de distancia.

Wendy suspiró.

—Está bien. Es que…

No terminó la frase. Sabía que no había forma alguna de afrontar el problema con tranquilidad, de modo que decidió cambiar de conversación.

—¿Llevas menos de cinco minutos en la cocina y ya te has puesto a cocinar?

Su madre arqueó una ceja.

—Alguien tiene que cocinar, ¿no? Ya conoces a tu abuela… no querrá ir a un restaurante. Además, cualquiera sabe el tipo de

comistrajos que sirven por aquí.

Wendy volvió a reír.

—En Palo Alto tenemos unos cuantos restaurantes de lo más recomendables, incluso para tu gusto —le informó—. Y estamos a menos de media hora de San Francisco, donde están algunos de los mejores restaurantes del mundo… Pero si Mema no quiere salir, podríamos pedir comida por teléfono.

Marian soltó un suspiro.

—De todas formas, ya da igual.

Wendy observó la encimera y vio que había sacado casi todo el contenido del frigorífico.

—Sí, ya veo que has empezado a saquear la cocina. Anda, dame un cuchillo y te ayudaré a cortar las zanahorias.

Su madre abrió los cajones hasta que encontró el que guardaba los cubiertos. Le dio el cuchillo, localizó una tabla de cortar y se la acercó. Las dos mujeres estuvieron trabajando juntas en silencio, hasta que Marian volvió a hablar.

—Cuando eras niña, te encantaba ayudarme en la cocina.

Wendy tuvo la impresión de que en su voz había un fondo de nostalgia.

—Porque dejabas que estuviera contigo… pero era evidente que no me necesitabas. Dejé de ayudarte cuando me di cuenta de que, hiciera lo que hiciera, nunca sería suficientemente bueno para ti.

Su madre se quedó helada.

—¿Lo dices en serio, Gwen? ¿Eso es lo que piensas?

Wendy siguió cortando zanahorias.

—Mamá, nada de lo que hago es suficientemente bueno para esta familia. Os disgusta mi falta de ambición social, os disgusta que no tenga ningún doctorado y, por supuesto, os disgusta mi trabajo en FMJ.

—Bueno, supongo que ahora que te has casado con Jonathon…

Wendy sacudió la cabeza.

—No, mamá, no tengo ninguna intención de dejar mi trabajo —dijo, adivinando sus pensamientos—. Si quisiera vivir de un hombre, habría permitido que me buscaras un marido rico. Pero a mí me gusta trabajar. Adoro mi trabajo y adoro ser una mujer independiente. Aunque sólo sea por una vez, me gustaría que papá y tú respetarais y apoyarais mis decisiones.

—Por Dios… escuchándote, cualquiera diría que he intentado manipularte desde niña —protestó Wendy—. Sólo me preocupaba por ti. Sé que pertenecer a esta familia puede ser muy difícil. Sé que una vida de riquezas y privilegios puede hacer mucho daño.

—Y yo agradezco tu preocupación, mamá, pero jamás encajaré en vuestro mundo. Tus críticas y tus presiones constantes sólo han

servido para que me sienta mal.

Su madre palideció y se frotó los ojos.

—No lo sabía, Gwen —se disculpó.

Wendy no se dejó engañar. Conocía a su madre lo suficiente como para saber que su tristeza y su sorpresa eran fingidas.

—Vamos, mamá… por supuesto que lo sabías. Simplemente, pensaste que eras más fuerte que yo y que más tarde o más temprano me rendiría y te saldrías con la tuya. No imaginabas que sería tan fuerte como tú.

Marian no dijo nada. Estuvo en silencio durante tanto tiempo que, al final, Wendy se ablandó y dijo:

—Discúlpame, mamá.

—Disculpas aceptadas —dijo sin más.

—Me habría gustado mucho que asistieras a la boda. Supongo que cometí un error al no insistir en que vinieras.

Su madre dejó el cuchillo en la encimera.

—¿Que lo supones? ¿Sólo lo supones?

—Sí. Supongo que debí asegurarme.

—Soy tu madre. ¿Tan extraño te parece que quisiera asistir a tu boda?

—Por favor, mamá —dijo Wendy, que empezaba a perder la paciencia—. ¿Querías que te lo rogara? ¿Qué te lo pidiera de rodillas? Llevo cinco años en California, cinco largos años. Al principio, os invité una y mil veces… y no vinisteis. Nadie, ni una sola persona de la familia, demostró interés por mi vida o por mi trabajo. Pero ahora, como tengo la custodia de Peyton, os presentáis juntos como una plaga de langostas.

Marian se puso las manos en las caderas y la miró con frialdad.

—No sé ni por qué te extrañas de que no viniéramos antes. ¿Cómo puedes dirigirte a tu madre de ese modo?

Wendy sacudió la cabeza.

—No pretendía decir eso, mamá. Obviamente, no creo que seáis una plaga. Ni mucho menos, de langostas.

—Entonces, ¿qué querías decir?

—Sólo que…

Wendy intentó aclararse las ideas. Miró los trozos de las zanahorias que había cortado y pensó que su vida había sido como ellos, un montón de pedazos de formas y tamaños distintos que no parecían encajar.

Pero su vida cambió cuando consiguió el empleo en FMJ, la empresa de Jonathon. Y Palo Alto se convirtió en su hogar.

—Siempre piensas lo peor de nosotros, Gwen.

—Eso no es cierto.

—Por supuesto que lo es. Eres una rebelde porque te gusta ser una

rebelde. Ninguna de las decisiones que has tomado desde los quince años tenía más objetivo que molestar a tu padre y a tu abuela… y ahora nos haces esto.

—¿Esto? ¿A qué te refieres?

—¿Te acuerdas de cuando tenías quince años y Bitsy y tú comprasteis todo lo necesario para haceros la permanente?

—Sí, claro que me acuerdo.

—Os la hicisteis cuatro días antes de que os sacaran las fotografías para el colegio.

Wendy no habría podido olvidarlo. Bitsy terminó con unos ricitos preciosos, pero sus padres se enfadaron tanto que él se puso rojo como un tomate y Marian salió corriendo al cuarto de baño para tomarse un tranquilizante.

—¿Recuerdas aquella vez que te empeñaste en irte a México con uno de tus novios? —continuó su madre—. Nos opusimos, pero te fuiste de todas formas.

—Os lo merecíais. No debisteis denunciar a ese pobre chico por fumarse un canuto. Fue una crueldad innecesaria.

—Y tú debiste decirle que sólo tenías dieciséis años.

Wendy quiso protestar, pero su madre se lo impidió.

—No, no, no me digas que éramos excesivamente protectores contigo. Ningún padre permitiría que una niña de dieciséis años se marche al extranjero con un chico al que apenas conocen —alegó.

—Mamá… lo siento, lo siento mucho, siento haber sido una adolescente tan rebelde. Siento no haber estado a la altura de tus expectativas. Pero eso no tiene nada que ver con la persona que soy ahora.

Su madre alcanzó los trozos de zanahoria y los echó a la sartén.

—¿Ah, no? Te has casado de repente, a toda prisa, con un hombre al que ni siquiera conocíamos.

A Wendy le disgustó su tonillo de censura.

—Ese hombre es el hombre con quien he estado trabajando durante cinco años. Si no lo conocíais, es porque nunca vinisteis a verme.

Su madre se apoyó en la encimera y dijo:

—No tengo nada en contra de Jonathon. Me parece un buen hombre. Pero si te has casado con él sólo para molestarnos…

—Por todos los diablos, Marian, ¿cómo puedes ser tan desconfiada?

Las dos mujeres se giraron hacia la puerta de la cocina. Estaban tan concentradas en la discusión que no se habían dado cuenta de que Jonathon y Tim habían llegado y las observaban desde el umbral.

Aparentemente, su enfrentamiento había terminado de una forma imprevista. Tim le había pasado un brazo por encima de los hombros,

como si fueran amigos de toda la vida, y sonreía de oreja a oreja.

Sin embargo, Jonathon no parecía tan cómodo como Tim. De hecho, Wendy tuvo la impresión de que se estaba mordiendo la lengua para no decir algo desagradable.

Cuando su marido la miró, Wendy supo que había escuchado toda la conversación con Marian. Y que no le había gustado nada.

Capítulo 9

—Estoy seguro de que nuestra pequeña Gwen ha dejado de ser una adolescente rebelde —dijo Tim, intentando suavizar la situación.

Jonathan tragó saliva y empezó a decir:

—Señora Morgan, le aseguro que…

No terminó la frase; Marian lanzó una mirada tan acerada a los dos hombres que tuvo la inteligencia de guardar silencio.

Wendy decidió que había llegado el momento de intervenir.

—Mamá, ya no soy una jovencita rebelde. Soy una mujer adulta que adora su trabajo. Puede que no me haya casado con un hombre con ambiciones políticas y puede que yo no sea una empresaria importante, pero tengo éxito en mi campo. Y muchas personas se sentirían orgullosas de tenerme como hija.

—No es que no esté orgullosa de ti —se defendió Marian—, pero…

—¿Pero qué? ¿Siempre tienes que poner un pero?

Su madre hizo caso omiso de la interrupción de Wendy.

—Pero siempre te ha gustado llevarnos la contraria a tu padre y a mí. Si estuviera realmente segura de que casarte con Jonathon y quedarte con la custodia de Peyton es lo que deseas de verdad…

—Lo es.

—Si estuviera segura de que no es otra de tus rebeldías sin sentido —continuó—, te apoyaría con todas mis fuerzas.

Wendy alzó las manos.

—¡Entonces, apóyame!

—Te conozco, Gwen. Sé cómo eres. Si Mema, Hank o tu padre anunciaran un día que los cielos están despejados, serías capaz de organizar un comité para demostrar científicamente que no tienen razón.

Wendy sacudió la cabeza.

—No soy tan irracional como crees, mamá. ¿Es que no has oído nada de lo que te he dicho? —preguntó, exasperada.

—¿Que no eres tan irracional? —dijo su madre—. Entonces, explícame esto… toda la familia piensa que Helen y su esposo, Hank junior, deberían tener la custodia de Peyton. Toda la familia menos tú.

¿Por qué te empeñas en quedarte con la niña?

Jonathon perdió la paciencia. Se apartó de Tim, pasó un brazo alrededor de la cintura de Wendy y dijo, con voz pausada:

—Creo que ésa es la cuestión, señora Morgan. Contrariamente a lo que afirma, Wendy no es la excepción de la familia. Tiene la custodia porque Bitsy quiso que la tuviera. Y si Bitsy lo quiso, eso debería ser suficiente para los demás.

Marian entrecerró los ojos y apretó los dientes.

—Tú no conocías a Bitsy —dijo, haciendo un esfuerzo por contenerse—. Bitsy nunca estaba contenta si no causaba problemas. No quiero hablar mal de una muerta, pero ¿no se os ha ocurrido que dejar la custodia de Wendy pudo ser su forma de seguir creando problemas y conflictos desde la tumba?

Jonathon respondió sin perder la calma.

—Tiene razón, señora Morgan; no conocí a Bitsy. Pero conozco a Wendy y sé que será una madre maravillosa.

Marian lo observó con detenimiento. Era obvio que intentaba averiguar si había sido sincero.

Por fin, aparentemente convencida, asintió.

—Aun así, Helen quiere quedarse con la custodia de Peyton. Os advierto que hará lo posible para quedarse con ella.

—Helen ya tiene tres hijos; y francamente, no se puede decir que haya sido una buena madre —intervino Wendy—. Si no se los hubiera quitado de encima y los hubiera metido en un internado en cuanto tuvieron edad suficiente, es posible que reconsiderara mi decisión.

—Como quieras, Gwen. Pero ten cuidado. Peyton es heredera de una parte importante de la fortuna de Mema… y ya sabes lo obstinada que puede ser Helen cuando hay dinero de por medio —le advirtió.

—Sea como sea, Helen no está aquí —dijo Jonathon—. Y tenemos todo el fin de semana para convencer a Mema de que Wendy y yo seremos unos buenos padres.

Marian sonrió con ironía.

—¿Y creéis que Helen no conoce vuestras intenciones? Gwen, deberías alegrarte de que decidiéramos venir a verte en lugar de esperar a que llegaras a Texas. Puede que ésta sea tu única oportunidad de estar a solas con Mema y de convencerla de que Jonathon y tú sois la pareja feliz que decís ser.

Jonathon tenía miedo de muy pocas cosas. Era un hombre adulto y razonable, que estaba convencido de que los temores irracionales eran para los niños.

A los diecinueve años, pasó toda una hora con una tarántula en la mano, en el dormitorio de un amigo, para quitarse el miedo a las

arañas. A los veintitrés, cuando ya había conseguido su primer millón de dólares, pasó tres semanas en Australia, haciendo submarinismo, para quitarse el miedo a los tiburones y librarse del temor, igualmente irracional, de que FMJ se hundiría si él no estaba todo el tiempo en el despacho.

Desde entonces, hacía submarinismo todos los años. Aunque algo más cerca de casa.

Pero fuera como fuera, Jonathon siempre había sido un hombre que se enfrentaba a sus miedos y los derrotaba.

Desgraciadamente, ese detalle de su carácter no encajaba muy bien con el hecho de que ese mismo sábado, alrededor de la media noche, siguiera bebiendo *whisky* de veinte años con Tim y Hank. Llevaba varias horas con ellos, escuchando sus historias sobre la política de Texas y los pozos petrolíferos.

La familia de Wendy era tan interesante como entretenida. Pero no seguía con Tim y Hank porque sus anécdotas le divirtieran, sino porque Wendy iba a dormir por primera vez en su cama, en el dormitorio principal de la casa. Por motivos evidentes, ya no podía pasar la noche en la habitación de invitados.

Además, Jonathon no podía dejar de pensar en las palabras de Marian. Aunque su matrimonio con Wendy fuera un truco para que ella pudiera mantener la custodia de Peyton, le molestaba la posibilidad de que Marian tuviera razón y de que su hija sólo se hubiera casado con él para llevar la contraria a sus padres.

Súbitamente, Hank se levantó de la silla y se bebió su copa de un trago. Jonathon sintió pánico. Se estaba acercando el momento de subir a la habitación.

—Jonathon, te agradezco la hospitalidad y el *whisky*… pero si sigo bebiendo, sé que mañana me arrepentiré.

El padre de Wendy también se levantó.

—Yo también me voy. De lo contrario, Marian me sacará los ojos.

Jonathon alcanzó la botella y se la ofreció a Tim.

—¿Seguro que no quieres otra copa?

—Bueno, si insistes…

Tim no terminó la frase, porque Hank le dio una palmada y dijo:

—Vamos, Tim. Jonathon estará deseando marcharse con su esposa.

—No me lo recuerdes.

—Ningún hombre debería perder el tiempo con un par de fanfarrones cuando una mujer bellísima lo espera en la cama —alegó Hank.

Jonathon estuvo a punto de sonreír, muy a su pesar. Tim y Hank le caían mejor de lo que estaba dispuesto a admitir. Sabía que Wendy los consideraba excesivos y algo pretenciosos, pero a Jonathon le gustaba su combinación de inteligencia, astucia y naturalidad.

Por otra parte, la presencia de los dos hombres le daba la excusa perfecta para dejar pasar el tiempo. Si seguía con ellos, cabía la posibilidad de que Wendy se hubiera quedado dormida cuando subiera al dormitorio.

Desgraciadamente para él, el padre y el tío de su esposa se alejaron hacia la escalera, tambaleándose. Por el camino, tropezaron con un aparador antiguo y Tim soltó una maldición en voz tan alta que Jonathon se estremeció; ya sólo le faltaba que Mema, que estaba durmiendo en el despacho, se despertara.

Esperó hasta que desaparecieron, se levantó y fue apagando las luces a su paso. Por primera vez en muchos años, lamentó no haberse comprado un piso más grande. Su casa estaba bien para él solo, pero era tan pequeña para seis personas que habían tenido que sacar la cuna de Peyton y llevarla al dormitorio principal para que Marian y Tim pudieran dormir en la habitación de la niña.

Sin embargo, Jonathon sabía que ni la más grande de las mansiones habría solventado su problema; a fin de cuentas, los familiares de Wendy habrían esperado que se acostara con ella de todas formas.

Por fin, tras perder tanto tiempo como pudo, entró en el dormitorio principal; en la habitación que iba a compartir con Wendy, con su esposa.

Y Wendy no se había dormido.

Estaba sentada en la cama, con la espalda apoyada en los cojines que el decorador de interiores de Jonathon se había empeñado en comprar. Nunca le habían gustado. Le molestaban. Pero, por algún motivo, los seguía apilando en la cama por las mañanas.

Jonathon se llevó una sorpresa al ver que Peyton no estaba en la cuna, sino durmiendo en brazos de su esposa. Wendy había encendido la lámpara de la mesita de noche y tenía su lector de libros electrónicos en una mano.

—Siento haberte robado el lector de libros —se disculpó ella—. Peyton se quedó dormida en mis brazos y no me he atrevido a tumbarla y salir a buscar un libro… Tenía miedo de que se despertara.

Wendy llevaba una camiseta de color blanco y unos pantaloncitos cortos con estampado de tortugas ninja. A Jonathon le pareció increíble que una mujer de estatura tan baja tuviera unas piernas tan largas que parecían interminables.

Su piel era intensamente blanca y sus muslos, duros y perfectos. Jonathon admiró sus pies, muy pequeños, con las uñas pintadas de rojo, y apartó la mirada porque la visión de su cuerpo lo estaba volviendo loco de deseo.

Había trabajado cinco años con ella, pero era la primera vez que veía sus piernas. Sin embargo, el deseo no le incomodó tanto como

una emoción distinta y completamente nueva para él: al verla allí, con la niña en brazos, se dio cuenta de que sería capaz de pasar la noche con Wendy, sin tocarla, y ser feliz.

Fue muy desconcertante. Jonathon conocía el deseo físico y sabía enfrentarse a él; podía ganar esa batalla. Pero no sabía qué hacer con aquella emoción. De hecho, tampoco sabía lo que significaba.

De repente, la habitación le pareció tan increíblemente pequeña que retomó su idea de comprarse una mansión. Una mansión cuyo dormitorio principal fuera cuatro veces más grande que aquél. Por lo menos.

—Estás enfadado, ¿verdad? —dijo ella.

Él la miró a los ojos. Wendy había fruncido el ceño y se estaba mordiendo el labio inferior con inseguridad.

—¿Por qué dices eso?

—Porque he usado tu lector de libros electrónicos sin pedirte permiso.

Wendy apagó el dispositivo y añadió:

—Lo siento mucho. No sé en qué estaría pensando.

Jonathon sacudió la cabeza.

—No te preocupes. No me importa en absoluto.

—¿En serio?

—En serio.

—Entonces, ¿por qué pareces tan disgustado?

Él hizo caso omiso de la pregunta.

—Sólo es un lector de libros, Wendy. ¿Cómo me va a importar que lo uses?

Jonathon se acercó a la cama, se quitó el reloj y lo dejó en la mesita, como todas las noches. La rutina de aquel acto sirvió para que se tranquilizara un poco, a pesar de la presencia de un biberón donde hasta entonces no había nada.

—¿Te ha costado mucho que se durmiera? —le preguntó.

Wendy se frotó los ojos.

—No, no… supongo que se está acostumbrando a su horario de tomas. La desperté a las once para darle el biberón y se quedó dormida después.

La voz de Wendy sonó extrañamente baja y sensual. Jonathon la miró y vio que estaba mirando su anillo de casado y que se relamía los labios. De haber podido, se habría arrojado sobre ella y le habría hecho el amor. Pero la presencia de Peyton se lo impedía.

Se quitó el anillo y lo dejó junto al reloj.

—¿Me he tumbado en tu lado de la cama? —preguntó ella con nerviosismo.

—Puedes tumbarte donde quieras.

—No, me cambiaré de sitio. Espera un momento.

Ella intentó moverse, pero Peyton se estremeció y no se atrevió a seguir adelante.

—Túmbala en el centro —sugirió él—. Que duerma entre los dos.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

Jonathon pensó que era un manipulador. La presencia de la niña en la cama sería la excusa perfecta para mantener las distancias con Wendy. Además, el efecto en su libido sería tan devastador como una ducha de agua fría.

—He estado leyendo un libro sobre cuidado de bebés —continuó él — y dice que…

—Sí, ya sé lo que dice —lo interrumpió Wendy—. ¿Necesito recordarte que te he robado el lector de libros?

Jonathon sintió un escalofrío. La voz de su esposa era tan sugerente que se volvió a excitar.

—Quizá debería dormir en el suelo.

—No seas ridículo.

Wendy se giró y dejó a la niña en mitad de la cama. Al girarse, la tela de sus pantaloncitos se apretó contra su trasero y lo marcó tanto que provocó una erección inmediata a Jonathon.

Aquella mujer lo estaba volviendo loco. Pensándolo bien, sería mejor que durmiera en la ducha. Con el grifo abierto.

—No me importa, Wendy.

—Pero a mí, sí. Cada vez que pienso en todas las cosas que has hecho por mí durante las últimas semanas.

Wendy apartó los cojines del lado libre de la cama para dejarle sitio.

—No me conviertas en una especie de héroe. Sabes perfectamente que no me he casado contigo por altruismo, sino por motivos egoístas.

Ella asintió y le dedicó una sonrisa triste.

—Lo sé, Jonathon; pero mis motivos son aún más egoístas que los tuyos. Y no te voy a echar de mi cama.

Capítulo 10

—No te voy a echar de nuestra cama —se corrigió ella, ruborizada.

Jonathon pensó que el rubor le quedaba maravillosamente bien. E intentó encontrar alguna excusa para negarse a dormir con ella. Pero no encontró ni un solo argumento racional que justificara que durmiera en el suelo o en la bañera.

—Ah, ya lo entiendo —continuó Wendy—. Te sientes incómodo por tu cuerpo.

Él sonrió. La conocía lo suficiente como para saber que el comentario intentaba ocultar su propia incomodidad.

—Wendy…

—Supongo que has engordado un poquito durante las fiestas. ¿Es eso? ¿Por eso sigues de pie como una estatua y te niegas a desnudarte?

Jonathon no quiso sacarle de su error y decir que lo único que le incomodaba era su erección. Si ella no era consciente de lo fina que era su camiseta y del efecto que provocaba, no sería él quien se lo indicase.

—Te prometo que no miraré —insistió Wendy con humor—. Hasta puedes apagar la luz si te parece oportuno.

Él la miró con exasperación, apagó la luz y se empezó a desabrochar la camisa.

—Supongo que ya has hecho las paces con mi padre…

Jonathon lanzó la camiseta hacia la silla más cercana y se quitó los zapatos y los calcetines a oscuras.

—Sí, supongo que sí. No es tan mal tipo.

—No, no lo es.

Él dudó antes de quitarse los pantalones. Siempre dormía desnudo. No tenía ni un solo pijama. Pero a la mañana siguiente, en cuanto se levantara, saldría de la casa y se compraría veinte. O mejor treinta, para estar más seguro.

Unos segundos después, se tumbó en la cama. Pero se tumbó tan lejos de ella que un brazo le colgaba por el lateral.

Incómodo, cerró los ojos con fuerza y buscó algo, cualquier cosa,

que poder decir.

—No sabía que te gustaran las tortugas ninja.

Ella se puso de lado y se apoyó en un codo. A pesar de la oscuridad, la cara de Wendy estaba tan cerca de la suya que distinguía perfectamente sus tentadores labios. Por suerte, Peyton hacía las veces de muro de contención.

—Yo creía que le gustaban a todo el mundo.

—No, no le gustan a todo el mundo. La mayoría de la gente ni siquiera sabe que, antes de que las convirtieran en una serie de televisión para niños, fueron los personajes de un cómic maravillosamente inteligente y subversivo.

Ella se encogió de hombros y sonrió.

—Bueno, yo soy así… me encantan las cosas maravillosamente inteligentes y subversivas.

—Sí, ya me he dado cuenta. Pero no entiendo cómo es posible que no me haya dado cuenta hasta ahora.

—¿Lo dices en serio?

Él asintió.

—Durante cinco años, te has vestido como la más sosa y desabrida de las secretarias de dirección —declaró en voz baja—. Siempre llevabas trajes grises o de colores crema y peinados que eran puro recato. Pero ahora descubro que, por debajo de esa ropa, llevabas camisetas de grupos punk y te pintabas las uñas de los pies… por no mencionar lo de los pantaloncitos con estampado de tortugas ninja.

Ella frunció el ceño.

—¿Grupos punk?

—Me refiero a la camiseta que llevabas el otro día.

—¿La de los Replacements? Vaya, me asombra que los conozcas… —dijo ella, sinceramente sorprendida—. No sabía que te gustaran los grupos punk de los ochenta.

—No los conocía, pero los busqué en Internet.

—Pues como puedes ver, no soy tan gris como habías pensado.

—Lo cual me lleva a mi pregunta original. ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta hasta ahora?

Ella frunció el ceño, como si estuviera considerando la cuestión. Después, se tumbó de espaldas en la cama y miró el techo.

Pasaron tantos segundos que Jonathon pensó que no iba a decir nada. Pero se equivocó.

—Bueno… supongo que trabajar en FMJ fue un acto de rebelión suprema para mí.

—¿Un acto de rebelión? No sé si te entiendo.

—Cuando procedes de una familia rica, que debe toda su fortuna a los campos petrolíferos, no hay rebeldía mayor que trabajar para una empresa que debe su éxito a las energías no contaminantes —explicó.

—También trabajamos en otros campos —le recordó Jonathon.

—Lo sé —dijo, girándose de nuevo hacia él—. Pero esos campos también se centran en la innovación y el cambio. Todo lo contrario de mi familia, que es tradición pura.

—¿Y eso qué tiene que ver con tu forma de vestir y de comportarte?

—Tiene mucho que ver. Supongo que FMJ colmaba hasta tal punto mi rebeldía que no necesito demostrarla de otras formas.

Jonathon sintió una punzada en el corazón. Wendy había hablado en pasado. Se había referido a FMJ como si ya no trabajara para la empresa ni tuviera intención de volver. Pero lo dejó pasar porque supuso que no significaría nada.

—En FMJ tenía un motivo, una dirección vital, un propósito —continuó ella—. No necesitaba subrayar mi identidad pintándome el pelo de azul, haciéndome un tatuaje o poniéndome un *piercing*, aunque me gustan mucho.

Jonathon se estremeció. La imaginó con tatuajes y un *piercing* en el ombligo y le pareció la visión más erótica del mundo.

—¿Un tatuaje? —preguntó él. Ella rió.

—Sí, fue una de mis rebeldías más dolorosas.

Wendy se levantó la camiseta y le enseñó la flor que tenía tatuada en la cadera. A Jonathon le pareció tan excitante que tuvo que apretar los puños para refrenarse.

—Es un tatuaje precioso, pero no parece que te lo hicieran en una tienda especializada… —comentó él.

Jonathon tenía razón. Aunque fuera realmente bonito, los colores eran algo apagados y las líneas, imperfectas.

Wendy volvió a reír.

—Es que me lo hizo un novio.

—¿Un novio?

—No me mires con esa cara de espanto… sus instrumentos estaban escrupulosamente esterilizados —lo tranquilizó—. Yo tenía dieciocho años por entonces. Acababa de salir del instituto, en Dartmouth, y estaba a punto de marcharme a la universidad; pero mis padres se opusieron y me obligaron a volver y a trabajar como aprendiz en Morgan Oil. En venganza, empecé a salir con un chico que había estado en la cárcel del condado.

Jonathon rió.

—¿Y aún te extraña que tus padres se preocupen por ti? Eras terrible —comentó.

Wendy soltó una carcajada.

—No tanto como crees. Joe era un chico encantador. Y tras pasar un fin de semana con mi familia…

—Déjame adivinar… ¿Ahora trabaja para Morgan Oil? ¿O quizás

para tu tío, en Washington? —la interrumpió.

Ella sacudió la cabeza.

—Mejor que eso. Escribió un libro sobre pandillas juveniles y ahora se dedica a dar conferencias por todo el país… Ayuda a los jóvenes a salir de las pandillas y participa en los programas sociales de las instituciones públicas.

—Lo dices con orgullo.

—Sí, supongo que sí. Me siento orgullosa de Joe. Logró cambiar de vida y se dedica a ayudar a los demás… Pensándolo bien, mi familia tiene efectos tan benéficos que parece una organización no gubernamental —ironizó.

—Eso no encaja mucho con tus advertencias.

—¿Con mis advertencias? ¿Qué quieres decir?

—Que no hablas muy bien de ellos. Pero ya me has hablado de dos novios cuya vida cambió después de conocerlos.

Wendy se puso seria de repente.

—No te dejes engañar, Jonathon. Por mucho que ironice al respecto, mi familia es peligrosa. Encontrarán tu punto débil y lo usarán para alejarte de mí.

—No. No dudo que hicieran esas cosas en el pasado, pero conmigo no tienen nada que hacer; no se saldrán con la suya —afirmó.

—Yo no estaría tan segura.

—¿Por qué?

—Porque ya han sembrado la semilla de la discordia. ¿A qué has pensado que mi tío te podría ser de gran ayuda con el contrato del gobierno?

—Ese contrato no tiene nada que ver con este asunto.

—Todavía no; pero lo tendrá.

—Wendy…

Wendy lo interrumpió.

—Has estado bebiendo con Hank y mi padre, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

Ella sonrió.

—Lo sé porque hueles a *whisky*. Y tú no tomas *whisky*.

—¿Cómo sabes que no tomo *whisky*?

—He trabajado cinco años contigo, Jonathon. Tienes varias botellas en el despacho, pero son para tus socios y para los clientes. Y supongo que, si también tienes en tu casa, será por el mismo motivo. Las únicas bebidas alcohólicas que te gustan de verdad son el vino y la cerveza. Sobre todo la cerveza, aunque nunca tomas más de dos en la misma noche.

Él se apartó un poco, asombrado por lo bien que lo conocía.

—¿Qué más sabes de mí?

—Bueno, siempre me ha parecido extraño que fueras tan estricto

con el alcohol y que bebas tan poco. Te comportas como un típico hijo de alcohólico. Supongo que tu padre…

—No era mi padre. Era mi madre —sentenció.

—Oh, vaya.

—Sigue, por favor, no te detengas. ¿Qué más teorías tienes sobre mí?

Wendy empezó a sentirse incómoda.

—Discúlpame, Jonathon; no pretendía meterme en tus asuntos… solo quería advertirte sobre mi familia. No sé por qué, pero la gente siempre intenta impresionarlos. Tú mismo lo has intentado esta noche. Si no fuera así, no habrías estado bebiendo con mi padre y con mi tío. Sobre todo, después de lo que acabas de decir sobre tu madre.

—¿Todavía no te has cansado de meterme el dedo en la herida? —preguntó él, visiblemente enojado—. ¿Qué más quieres saber de mí?

Wendy se quedó en silencio. Él cerró los ojos con fuerza, respiró hondo y los volvió a abrir. Sabía que se había excedido con ella.

—Lo siento, Wendy.

—No te disculpes. Sé que he ido demasiado lejos con mi psicologismo barato —admitió—. Pero reconozco que me gustaría saber más cosas de ti.

—¿Qué tipo de cosas? ¿Mis miedos más profundos?

—No. Estaba pensando en Kristi.

Jonathon se quedó en silencio.

—Ya sabes, Kristi —continuó ella—. La novia que tuviste cuando…

—Sé a quién te refieres.

Él regresó a su silencio anterior. Esperaba que Wendy olvidara el asunto, pero Wendy no dejó de mirarlo. Era evidente que esperaba una respuesta.

—Kristi sólo fue una chica con la que salí en el instituto —declaró al cabo de unos segundos—. ¿Quién te ha hablado de ella?

Jonathon cruzó los dedos para que el traidor no fuera Matt o Ford. Si había sido uno de sus socios, lo asesinaría y sería el fin de FMJ.

—Claire.

Él se maldijo para sus adentros. No podía asesinar a una mujer. Especialmente, cuando esa mujer se había casado con uno de sus mejores amigos.

—No te enfades con ella. La presioné tanto que no tuvo más remedio que contármelo.

—¿Por qué diablos la presionaste?

—No lo sé… —respondió, más incómoda que nunca—. No lo sé, en serio.

—¿Y qué te dijo sobre Kristi?

Wendy tardó unos momentos en contestar.

—Que estabas loco por ella. Y que te dejó.

Jonathon supo que Claire le había contado mucho más que eso. Wendy había resumido la historia para no tener que entrar en detalles.

—¿Y? —insistió.

—Bueno, me imaginé que… que había sido el amor de tu vida.

—¿El amor de mi vida? —preguntó él, perplejo.

—¿Es que no es así?

Él sacudió la cabeza.

—Por Dios, Wendy, Kristi fue un amor de adolescencia. Y ha pasado mucho tiempo desde entonces.

—¿Qué os pasó? Quiero decir, ¿qué ocurrió de verdad?

—¿Sabes que deberías trabajar de psicóloga? —ironizó él—. ¿Tú qué crees que pasó?

—Hum. Tampoco lo sé… pero sé que eres muy intenso.

Él volvió a admirar su silueta. Estaba tan bella que casi le dolía el corazón. Entre otras partes de su cuerpo.

—No sabes hasta qué punto, Wendy.

Wendy siguió con la conversación, ajena al efecto que causaba en él.

—Soy una mujer madura, acostumbrada a tratar con hombres de carácter; pero a pesar de ello, a veces me siento abrumada por ti. Supongo que esa chica, Kristi, era tan jovencita que no tuvo la menor oportunidad… supongo que, cuando te enamoraste de ella, se asustó tanto que no supo qué hacer.

—Sí, claro, soy tan intenso que se asustó —dijo él, con sarcasmo—. De hecho, soy tan intenso que hasta tú me tienes miedo.

—Yo no tengo miedo de ti, Jonathon.

—Pues deberías.

Wendy lo miró con suma atención. Jonathon se dio cuenta de que parecía más excitada que asustada.

—Es posible.

—Es más que posible, Wendy. Si supieras la mitad de las cosas que me gustaría hacer contigo… si supieras sólo la mitad…

Ella arqueó una ceja, con una expresión entre desafiante y curiosa.

—¿Crees que eres el único que tiene una imaginación desbordante y más deseo acumulado del que puede controlar?

Jonathon se preguntó si lo hacía a propósito; si realmente quería destruir sus esperanzas de mantenerse alejado de ella y dormir.

—Creo que subestimas el efecto que provocas con esa camiseta tan *sexy* —respondió con voz ronca—. Y también creo que sobrestimas mi capacidad para refrenarme y no ponerte las manos encima.

Ella respiró hondo, enfatizando la redondez de las delicias que se escondían bajo su camiseta blanca.

—¿Crees que eres el único que está excitado? —preguntó Wendy.

—No. Sólo creo que soy el único que ha sido tan estúpido como

para esperar a que tumbaras a Peyton en mitad de la cama, entre los dos… como para asegurarme de que la niña serviría como contención.

Jonathon cerró los ojos.

Ella se mordió el labio, sonrió y dijo:

—Yo no estaría tan segura de eso.

Capítulo 11

Wendy se quedó dormida con toda la tensión acumulada del deseo sexual insatisfecho, y despertó del mismo modo.

Jonathon se había marchado.

Se levantó, se dirigió al cuarto de baño y se refrescó un poco. Después, abrió las maletas que había dejado el día anterior en el armario de su esposo hasta encontrar una camiseta y unos leotardos negros, que se puso.

Cuando entró en la cocina, su madre estaba terminando de preparar unas crepes. Peyton sonreía de felicidad en su sillita alta, mientras Mema le hacía todo tipo de monerías. El ambiente del lugar era realmente agradable. El olor de las crepes y del café le recordó su infancia de tal modo que se le hizo un nudo en la garganta. Se había marchado de Texas para alejarse de su familia, pero eso no significaba que no los echara de menos.

Sin embargo, Jonathon no estaba por ninguna parte. Y no era el único que faltaba. También habían desaparecido Tim y Hank.

Se sentó a la mesa y se dispuso a desayunar. Poco después, dejó el tenedor en el plato y preguntó:

—¿Adónde los habéis mandado?

—¿Qué te hace pensar que los hemos mandado a algún sitio? —preguntó Mema.

Wendy se levó un pedazo de crepe a la boca y lo mascó, frustrada.

—Que no están aquí. Y os conozco lo suficiente como para saber que, si no están aquí, es porque os los habéis quitado de encima.

—¿Por qué íbamos a hacer tal cosa?

—No lo sé. Tal vez, para quedaros a solas conmigo y sacarme información.

Mema y su madre se miraron. Wendy no tenía motivos reales para desconfiar de ellas, pero desconfió de todas formas. Su familia era como un grupo de leones. Cuando salían de caza, dejaban atrás a los miembros más débiles del grupo para que no les estorbaran. Y Jonathon no estaba allí.

—¿Adónde han ido? —insistió.

—No tienes motivos para preocuparte, Gwen. Jonathon se ofreció a enseñarles la sede de FMJ. Eso es todo. No lo han secuestrado.

A Wendy no le preocupaba que lo secuestraran. De hecho, le preocupaba todo lo contrario: que Hank y Tim se esforzaran tanto por ganarse la confianza de Jonathon.

Su familia sólo llevaba dos días con ellos, pero ya habían conseguido dividirlos.

* * *

Wendy sabía que salir de la casa, con Mema y Marian presentes, no iba a resultar nada fácil. Y al final no tuvo más remedio que mentir.

—Tengo que ir al supermercado a comprar pañales y leche para la niña —declaró.

—¿Pañales y leche? —preguntó su madre—. Hay pañales y leche de sobra…

—Sí, es verdad, pero Peyton se está quejando tanto últimamente que quiero probar con marcas distintas. Puede que le gusten más.

—Te preocupas demasiado, Wendy. Deberías hacernos caso a Mema y a mí. Hemos criado a tantos niños que lo sabemos todo al respecto.

Wendy no se dejó convencer. Se marchó de todas formas, subió al coche y se dirigió al supermercado, donde compró leche y pañales en un tiempo récord. Después, volvió a casa y se dirigió a la sede de FMJ.

Minutos más tarde, mientras esperaba en un semáforo en rojo, pensó que tal vez estaba exagerando. Jonathon no cambiaría de forma de ser por pasar unas cuantas horas con Tim y Hank. No renunciaría repentinamente a su vida; no abandonaría FMJ para aceptar un cargo en Morgan Oil.

Sin embargo, eso no la tranquilizó. Su corazón latía más deprisa de lo normal y tenía sudor en la palma de las manos.

Necesitaba creer que Jonathon era distinto a los demás. Lo necesitaba con toda su alma. Pero no podía estar segura.

Además, Jonathon sabía que el apoyo de Hank, un senador de los Estados Unidos, podía ser fundamental para cerrar el acuerdo con el gobierno. Una palabra suya y desaparecerían todos los obstáculos. Jonathon sólo tenía que venderle bien la idea.

Y en lo tocante a la tecnología de FMJ, Jonathon era el mejor vendedor de todos. No desaprovecharía la oportunidad si se le presentaba.

Cuando llegó a la entrada del complejo y presentó su credencial al guardia de seguridad, era un manojo de nervios. Parte de ella quería dar media vuelta y marcharse, pero no para volver a casa. Tenía una

amiga que, cuando se sentía atrapada, se subía al coche y conducía hasta Cabo San Lucas.

Wendy consideró seriamente la posibilidad. Cabo San Lucas estaba a veinticuatro horas de viaje en coche; pero si salía de inmediato, estaría allí al día siguiente y podría tomarse unos tequilas en la playa.

Sin embargo, sabía que eso no resolvería sus problemas. Sólo serviría para que se emborrachara y terminara con una buena resaca.

Dejó el coche en el aparcamiento, entró en el edificio principal, subió a su despacho y se sentó en el sillón. En cuanto oyó el zumbido de fondo, procedente de los otros despachos, se tranquilizó.

Su familia nunca había entendido que el trabajo en FMJ le gustara tanto, pero le gustaba y no lo podía evitar. El mundo mejoraba cada vez que se sentaba en aquel sillón.

Suspiró y apoyó los codos en la mesa. Suponía que Jonathon estaría en el departamento de investigación y desarrollo, enseñándole los prototipos a Tim y a Hank. Pero necesitaba tranquilizarse un poco más antes de enfrentarse a ellos.

Justo entonces, oyó un ruido en el despacho de Matt, Ford y Jonathon. Se levantó del sillón, caminó hasta la puerta y la empujó. La puerta se abrió lentamente.

Jonathon se encontraba al otro lado de su mesa, situada junto a la pared oeste. Llevaba una camiseta de algodón y unos pantalones vaqueros que le quedaban muy bien. Su ordenador portátil estaba apagado y tenía una carpeta en la mano.

—Ah, eres tú…

Él se giró hacia ella.

—¿Quién esperabas que fuera?

—No lo sé… pensé que estarías abajo, en el departamento de investigación y desarrollo, con mi padre y mi tío —admitió.

Jonathon frunció el ceño.

—Pues ya ves que no estoy con ellos. Nos cruzamos con Matt y él se ofreció a enseñarles la empresa.

—Oh —dijo, aliviada.

—¿Qué haces aquí, por cierto? ¿A qué has venido?

—Yo… he venido por lo mismo que tú, para adelantar un poco el trabajo —mintió.

Jonathon se limitó a asentir. Evidentemente, la había creído.

—Sí, claro. Como no podré venir mañana, pensé que…

—¿Por qué no podrás venir mañana? —preguntó ella, extrañada.

Él se encogió de hombros.

—Por tu familia, por supuesto. Todavía estarán en casa.

—¿Y qué? Eso no tiene nada que ver con el trabajo.

—Mientras estén con nosotros, nuestra prioridad consiste en convencerlos de que somos una pareja feliz. Y no lo conseguiremos si

no estamos juntos —le recordó.

—Pero el trabajo…

—El trabajo puede esperar unos días.

Wendy se quedó perpleja. Jonathon acababa de decir que el trabajo podía esperar unos días. Jamás habría imaginado que llegaría ese momento.

Pero no le gustó. No le gustó nada en absoluto. Necesitaba que Jonathon volviera a ser el de siempre. Necesitaba que volviera a ser el jefe duro y analítico que siempre había sido. Más que nunca, necesitaba que le ofreciera la seguridad de la rutina.

—Bueno, ya que estamos aquí, ¿qué te parece si enciendes el ordenador y hacemos lo que has dicho, adelantar trabajo? —siguió él.

—Jonathon, yo…

Wendy se detuvo. Ni siquiera sabía lo que quería decir. Pero Jonathon la miró con expectación y no tuvo más remedio que continuar.

—No sé si puedo hacer esto.

—¿Hacer qué?

—Cambiar de papeles tan deprisa. Ser tu esposa y, al momento siguiente, ser tu secretaria. Parece que a ti no te cuesta mucho, pero a mí…

—¿Crees que no me cuesta?

—Sí, francamente, sí. No pareces ser consciente de que estamos casados y de que anoche dormimos en la misma cama.

Wendy esperó a que dijera algo, pero Jonathon se mantuvo en silencio.

—Bueno, supongo que es mi problema. Ya encontraré la forma de afrontarlo —declaró ella—. Pero será mejor que me marche… necesito estar sola durante un par de horas. Necesito despejarme un poco.

Wendy pensó que el viaje a Cabo San Lucas no era tan mala idea.

Dio media vuelta y se alejó. Casi había llegado a la puerta de su despacho cuando Jonathon la alcanzó y la detuvo.

Después, la tomó entre sus brazos y la besó.

Capítulo 12

La boca de Jonathon era cálida y firme; tan cálida y firme que Wendy sólo tardó un segundo en rendirse a su contacto.

No se limitaba a besarla; la devoraba. Se sintió completamente arrastrada por él, absolutamente dominada por sus labios, por los dedos que se habían cerrado sobre su mejilla y por la mano que le había puesto en la espalda, apretándola contra su cuerpo.

—Esto no es fácil —susurró él, que se apartó lo justo para poder hablar—. Nunca ha sido fácil y nunca lo será… no soporto estar lejos de ti.

Jonathon la besó de nuevo. Introdujo la lengua en la boca de Wendy y la sedujo con caricias largas que la dejaron temblando de necesidad. Su piel estaba muy caliente, tanto como si ardiera. Los pezones se le habían endurecido y ansiaban su contacto de tal modo que se apretó un poco más contra él.

Y aun así, no era suficiente.

Wendy pasó los brazos alrededor de su cuello, jugueteó con su pelo y preguntó:

—¿Por qué te alejas entonces?

Él la miró con deseo.

—No lo sé.

Wendy tampoco lo sabía. No se le ocurría ninguna razón para que no estuvieran juntos. Aquello no tenía nada que ver con Peyton ni con su matrimonio; nada que ver con su familia ni con su propia rebeldía. Sólo se trataba de ellos. Siempre había sido así. Y siendo tan evidente que estaban hechos el uno para el otro, no había ningún motivo para que insistieran en mantener las distancias.

Jonathon le empezó a besar el cuello y siguió bajando. Ella se arqueó hacia arriba, ofreciéndole los senos, deseando sentir su boca en los pezones.

—Oh, Jonathon —susurró—. Por favor…

Ni siquiera fue consciente de lo que le estaba pidiendo. Quería que le hiciera tantas cosas que cualquiera le habría parecido bien. Quería que tocara y explorara todo su cuerpo. Y quería más, mucho más.

Súbitamente, Jonathon la soltó y dio un paso atrás. Ella extrañó la presión de su pecho, pero él llevó las manos al trasero de Wendy y tiró hacia arriba.

Wendy no necesitó que fuera más explícito. De inmediato, saltó y cerró las piernas alrededor de su cintura. Era una posición perfecta, una posición exquisita. Como si su cuerpo estuviera específicamente diseñado para ella.

Además, la tela de los leotardos era tan fina que no sólo sintió cada abultamiento y cada costura de los pantalones de Jonathon, sino también su erección.

Frotó la entrepierna contra ella y Jonathon soltó un gemido de placer.

—Me vas a matar, Wendy.

Wendy sonrió.

—¿En serio?

Jonathon soltó una maldición que estaba a medio camino de la desesperación y del orgullo masculino.

—No deberíamos hacer esto. Debería ser más fuerte, pero no puedo —confesó él—. No puedo apartarme de ti.

Un segundo después, la apoyó en la mesa del despacho y se inclinó sobre ella. Esta vez, Wendy no tuvo ocasión de extrañar su calor, porque llevó las manos a la cintura de los leotardos y tiró hacia abajo con un movimiento rápido y suave.

Antes de que llegara a sus pies, Wendy ya se había deshecho de los zapatos. Y cuando se dio cuenta, se había quedado sin más ropa que la camiseta y las braguitas.

Él se detuvo y le dedicó una mirada llena de deseo, pero también de adoración. Parecía un niño pequeño delante de un árbol de Navidad, contemplando un montón de regalos tan apetecibles que no sabía por cuál empezar ni cuál abrir antes.

De repente, Wendy fue más consciente que nunca de la dureza de sus pezones, de la humedad de su entrepierna y del frío del aire acondicionado en los muslos; pero a pesar de ello, llevó las manos a la camisa de Jonathon y le desabrochó los botones uno a uno, sin prisas, tomándose su tiempo.

Jonathon la dejó hacer. No movió ni un músculo. Apretaba los puños como si tuviera miedo de dejarse llevar por la pasión y arrancarle el resto de la ropa; como si Wendy fuera la materialización de todas sus fantasías.

Y tal vez lo era.

O al menos, ella quiso pensar que lo era.

A decir verdad, nunca se había planteado conscientemente la posibilidad de ser la fantasía sexual de nadie. Pero se lo había planteado inconscientemente. Y no una, sino muchas veces. Tanto en

sus sueños nocturnos como en sus ensoñaciones a plena luz del día.

Llevaba cinco años esperando aquel momento. Cinco largos años.

Ahora, Jonathon estaba a punto de ser suyo.

Por fin, le desabrochó el último de los botones y le quitó la camisa. Jonathon barrió la mesa con un brazo, lo tiró todo al suelo y la tumbó sobre ella.

—No sabes cuántas veces he imaginado este día —declaró él mientras llevaba una mano al dobladillo de su camiseta—. Te imaginaba aquí, en esta misma mesa, tumbada, completamente desnuda…

Jonathon le quitó la camiseta, le desabrochó el sostén y los dejó caer al suelo. A continuación, se introdujo entre sus piernas y la empezó a lamer y acariciar por todas partes.

Ella se apoyó en los codos para verlo. El placer que sentía era tan intenso que sentía la necesidad de cerrar los ojos y dejarse llevar; pero no podía apartar la vista de su cabeza, que ahora estaba entre sus piernas.

Jonathon la lamió una y otra vez, hasta dejarla sin respiración. Entonces, Wendy notó que llevaba un dedo a sus pliegues y lo introducía en su cuerpo. Sólo fue el principio. Un segundo después, le introdujo otro.

Wendy se tumbó en la mesa y se arqueó.

Jonathon siguió con las caricias de su lengua y con el movimiento de sus dedos.

Cuando por fin llegó al orgasmo, ella gritó su nombre.

Tuvo la sensación de que habían pasado mil años. Tuvo la sensación de que toda su vida había sido una preparación para ese momento.

Wendy estaba tumbada ante él, sobre la misma mesa que tantas veces los había separado. Y era el ser más bello que había visto. Estaba caliente y húmeda por el deseo. Aún temblaba por el eco del clímax. Y su nombre, Jonathon, seguía en sus labios.

—Jonathon…

Por fin la tenía donde siempre la había querido. Pero lamentablemente, había algo que no tenía: un preservativo.

Desesperado, empezó a abrir los cajones. Sabía que había guardado un paquete en alguna parte. Lo había guardado porque, a pesar de todo, estaba convencido de que más tarde o más temprano se presentaría la ocasión.

Por fin, encontró lo que buscaba. Y cuando la volvió a mirar, se dio cuenta de que Wendy estaba tan deseosa como él.

Mientras Jonathon abría el paquete, Wendy llevó las manos a sus

pantalones y se los desabrochó. No esperaron ni un segundo más. Él se puso el preservativo, le separó los muslos y la penetró.

Empezó a entrar y a salir de ella. La sensación era tan dulce y tan embriagadora que tuvo que hacer un esfuerzo para refrenarse. Pero al oír los gemidos de Wendy, supo que había llegado nuevamente al orgasmo y se dejó llevar.

En aquel momento, supo que la quería. Y sintió pánico.

Cuando recobró las fuerzas, Wendy se sentó en la mesa y se abrazó a él. De haber sido posible, habría permanecido en esa posición durante toda la eternidad. Aferrada a Jonathon. Con la sensación de estar completamente satisfecha y tan lejos del mundo como si ellos fueran la única realidad.

Pero el mundo existía y no iba a desaparecer. Al final, se apartó de él y se empezó a vestir.

—Esto no puede volver a pasar —dijo Jonathon.

Ella se quedó helada.

—¿Por qué no?

—Porque no es una buena idea —respondió mientras se abrochaba los pantalones.

—¿Que no es una buena idea? ¿Para quién?

Jonathon alcanzó la camisa y se la puso.

—Para nadie —contestó—. Y mucho menos, para ti.

—¿Que no es bueno para mí? Creo que no has prestado mucha atención, Jonathon —ironizó Wendy—. Ha sido extraordinariamente bueno para mí.

Él asintió.

—Exacto. Y por experiencia propia, sé que el sexo puede ser muy adictivo. No quiero que te suponga un problema.

Ella se empezó a enfadar. De hecho, estaba tan enojada que tuvo problemas para ponerse los leotardos.

—¿Y se puede saber por qué podría suponer un problema para mí? Vamos, Jonathon, responde a mi pregunta. Estoy esperando una explicación.

—Porque no es bueno para Peyton.

Wendy parecía tan frustrada que Jonathon pensó que se había equivocado de estrategia. Pero ya era demasiado tarde.

—¿Para Peyton? Ahora somos sus padres —le recordó ella—. ¿Qué hay de malo en que hagamos el amor? No veo dónde está el problema.

—¿Que no lo ves?

—No, no lo veo. De hecho, creo que es una idea excelente. Sobre todo, porque llegamos al acuerdo de que nuestro matrimonio duraría un año o dos.

—Piénsalo detenidamente, Wendy.

Wendy lo pensó. Y sólo pudo encontrar un motivo para que Jonathon se negara a repetir la experiencia.

—Sé que dos años son mucho tiempo, Jonathon. También sé que no te has casado conmigo por amor, así que no espero que me seas fiel… pero eso no quiere decir que tú y yo no podamos hacer el amor si los dos lo deseamos.

—Wendy…

—No, no, déjame hablar.

Él asintió y la dejó hablar.

—No te voy a prohibir que hagas lo que… en fin, que hagas lo que creas que debas hacer. Pero te deseo, Jonathon. Y sinceramente, no veo dónde está el problema.

—Esto es increíble, Wendy. ¿Quieres que hagamos el amor cada vez que nos apetezca? Así, ¿sin más? ¿A pesar de nuestra situación?

Ella lo miró con exasperación.

—¿Se puede saber qué diablos te ocurre? Dime una cosa, ¿tienes algún motivo para comportarte como el mayor estúpido de la Tierra?

—¿El mayor estúpido de la Tierra? —repitió él, ofendido—. No entiendo nada de nada. Hace unos minutos, estábamos haciendo el amor en la mesa del despacho. Y ahora, me das permiso para que me acueste con otras mujeres.

Wendy respiró hondo. Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

—Jonathon, sólo intento ser razonable. Dos años son mucho tiempo —insistió.

—¿Es que me crees incapaz de mantenerme con la cremallera subida?

—Bueno, teniendo en cuenta que he sido testigo de algunas de tus aventuras a lo largo de los años… digamos que soy algo escéptica al respecto.

—Pues deja de serlo. Soy perfectamente capaz de contenerme.

—Pues las pruebas demuestran lo contrario.

Jonathon sonrió.

—¿Estás segura de que quieres jugar a eso?

—¿Cuántas veces quieres que te lo repita?

Él sacudió la cabeza y dijo:

—Sinceramente, creo que no deberíamos hacer el amor otra vez. Aunque nos suponga dos años enteros de celibato. No quiero hacerte daño, Wendy… ya estás demasiado implicada. Emocionalmente implicada.

—¿Emocionalmente implicada? —dijo con sarcasmo—. ¿Yo? Es curioso, porque no he sido yo quien hace un rato declaraba en voz alta que llevaba cinco años esperando este momento, que me habías imaginado mil veces en esa mesa.

—Sí, eso es verdad —declaró él con amargura—. Pero recuerda que me refería a tu cuerpo, a lo mucho que te deseo.

—¿Entonces?

—No hablaba de amor, Wendy. Hablaba de deseo físico.

Wendy estaba tan tensa y tan triste que derramó una lágrima.

—Y no soy yo quien llora ahora —añadió él.

—Eres un canalla, Jonathon —bramó—. Pero te equivocas al pensar que seré yo quien ruegue que hagamos el amor otra vez. Te equivocas por completo.

Wendy caminó hacia la salida. Sin embargo, se detuvo de repente, se giró y dijo:

—Necesito saberlo. ¿Quieres seguir adelante? ¿O no?

—¿Cómo?

—¿Quieres seguir adelante? ¿Quieres seguir conmigo?

—Por supuesto que quiero seguir contigo.

—¿Estás seguro? Porque dos años es mucho tiempo, Jonathon. Si tienes dudas, será mejor que me lo digas ahora.

—Ya he dicho que quiero seguir contigo.

—Está bien, como quieras… Mi familia quiere conocer a la tuya. Quieren dar una fiesta en nuestro honor. El jueves nos marchamos a Palo Verde.

Wendy no esperó respuesta. Simplemente, salió del despacho y cerró de un portazo.

Jonathon se sentó en el sillón y contempló los cajones abiertos y todos los objetos de la mesa, que ahora estaban esparcidos por el suelo. Su vida, meticulosamente organizada y controlada, había saltado por los aires por un momento de pasión.

Apoyó los codos en la mesa y se llevó las manos a la cara, haciendo caso omiso de otro hecho sorprendente: sus mejillas estaban húmedas.

Estaba llorando.

Capítulo 13

Mientras se alejaba, Wendy consideró la posibilidad de volver sobre sus pasos y clavarle algo. En su despacho tenía unos cuantos objetos más que apropiados para hacerle una buena herida que no llegara a ser mortal. Pero al final se contuvo y pensó que su contención era una demostración de fuerza de carácter.

Cuando llegó al coche, se sentó al volante y esperó unos minutos antes de arrancar. Pensó en todo lo que había dicho y hecho y se preguntó dónde estaba el error; pero llegó a una conclusión que no le gustó nada.

Jonathon tenía razón. Se había implicado emocionalmente.

Y había hecho algo peor que implicarse emocionalmente: no había seguido su instinto, que consistía en salir corriendo como un conejo y esconderse en cualquier agujero hasta aclararse las ideas.

Sin embargo, no podía seguir su instinto cuando su familia estaba en casa de Jonathon. Sus familiares eran depredadores que atacaban al menor signo de debilidad. Si quería mantener la custodia de Peyton, tenía que mostrarse fuerte.

Al pensar en la niña, Wendy llegó a una segunda conclusión. Aunque Jonathon sólo deseara su cuerpo, aunque sólo la quisiera desde un punto de vista sexual, no podía negar que Peyton le importaba.

Jonathon era un buen padre. De hecho, era mejor padre que marido.

Y tendría que contentarse con ello.

Los días anteriores al viaje a Palo Verde pasaron con rapidez. Jonathon sugirió que los aprovechara para enseñar la zona a sus padres, a su abuela y a su tío, pero Mema parecía decidida a odiar todo lo relacionado con California y Hank se marchó a pasar el fin de semana en Texas. Sin embargo, Tim y Marian lo disfrutaron de verdad. Y sorprendentemente, Wendy también lo disfrutó.

No obstante, Wendy dio por sentado que el ambiente de

camaradería desaparecería al final de la semana, cuando volviera el tío Hank y llegaran Helen y su esposo, Hank junior. Helen había insistido en organizar la fiesta desde Texas; había invitado a varios amigos, se había encargado de reservar los alojamientos e incluso había localizado a la familia de Jonathon, con la que se había puesto en contacto.

Mientras tanto, Jonathon se dedicaba a trabajar a solas en su despacho y a cuidar de la niña, pero manteniéndose alejado de Wendy. La tensión entre ellos era tan evidente que Wendy tuvo miedo de que su familia se diera cuenta. Pero Jonathon era un actor excelente; cuando volvía a casa, al final del día, se comportaba como el más amoroso y entrañable de los maridos. No perdía ocasión de acariciarla ni de besarla.

Las noches eran lo peor de todo. Wendy podía fingir a la luz del sol, aunque tuviera que fingir delante de sus padres; pero cuando entraba con Jonathon en el dormitorio y cerraban la puerta, se le hacía un nudo en el estómago. Él alcanzaba un par de mantas y se tumbaba a dormir en el suelo. Su comunicación se reducía al momento en que ella le lanzaba la almohada. Por desgracia, Jonathon era muy rápido y nunca le daba en la cabeza.

Por fin, llegó el jueves. El día del viaje. El momento de dejar Palo Alto para dirigirse a Palo Verde.

Wendy despertó antes del amanecer, pero no se levantó. Se quedó mirando el techo durante treinta minutos, irritada por el sonido absolutamente tranquilo de la respiración de su esposo. Y cuando pasaron los treinta minutos, esperó treinta más.

Sólo entonces, preguntó:

—¿Estás despierto?

—Por supuesto que estoy despierto —respondió él—. Das tantas vueltas que me has despertado.

Ella encendió la luz.

—¿Por qué no vienes a la cama?

—Anda, apaga la luz y duerme un poco.

—Podría dormir un poco si no estuviera preocupada por ti. El suelo no puede ser muy cómodo —afirmó.

—No está tan mal.

—Sólo duermes con dos mantas y una almohada. No puede estar tan bien —se burló—. Vuelve a la cama… te aseguro que no te voy a atacar.

—Es mejor que limitemos nuestro contacto físico, Wendy. Sólo intento ser caballeroso.

—Ah, sí, claro… caballeroso —se burló—. Discúlpame, pero tu caballerosidad murió el día que hicimos el amor en la mesa del despacho.

—Cállate o despertarás a Peyton.

La mención de la niña sólo sirvió para irritar a Wendy, que alcanzó uno de los cojines y se lo lanzó.

—Gracias, pero ya tengo una almohada —dijo él.

—Es que necesitaba tirarte algo.

—Un acto muy maduro…

—Lo sé.

Wendy apagó la luz.

Un segundo más tarde, Jonathon se levantó, se acercó a la cama y le dio el cojín.

—No lo necesito.

—Quédatelo. Estarás más cómodo.

—Wendy…

—Sólo intento ser caballerosa —ironizó.

—Sí, claro.

Jonathon se volvió a tumbar en el suelo y Wendy sonrió para sus adentros. Por su tono de voz, era evidente que le había molestado. Su marido se comportaba como si fuera completamente indiferente a ella, pero Wendy sabía que fingía.

Cuando se quedó dormida, seguía sonriendo.

Jonathon se marchó de Palo Verde a los dieciocho años, con los cinco mil dólares que había ahorrado para sobrevivir; sólo tenía una maleta, una lámpara, un ordenador portátil de segunda mano, un macuto, una beca parcial en Stanford y varios créditos por pagar. Y no había vuelto desde entonces.

Palo Verde era una localidad pequeña situada entre Sacramento y Lake Tahoe, con monumentos y edificios antiguos. Tenía pocos atractivos para un adolescente, pero Jonathon supuso que la belleza de sus calles y el paisaje de la cordillera de Sierra Nevada la convertían en un lugar atractivo para muchas personas.

Durante el trayecto en coche, Jonathon estuvo a punto de dar la vuelta. Si alguien le hubiera dicho unas semanas antes que iba a volver a Palo Verde, lo habría tomado por loco.

Peyton viajaba en el asiento de atrás, en su sillita, y Wendy se dedicaba a darle instrucciones con el GPS como si Jonathon no hubiera pasado dieciocho años de su vida en aquel lugar. La familia de Wendy los seguía en una furgoneta alquilada.

—Por lo que veo aquí, la desviación acaba directamente en el centro de Palo Verde, en Main Street —le informó.

—Ya lo sé.

—Cutie Pies está al otro lado de la localidad, a la izquierda.

—También lo sé.

—Dicen que tiene aparcamiento, pero Claire me comentó que se llena enseguida. Si no encuentras sitio, tendremos que dar algunas vueltas por el barrio para…

—Sí. Lo sé —repitió.

—Eh, sólo intento ser un buen copiloto.

Jonathon suspiró.

—Wendy, olvidas que yo crecí aquí. No necesito que me den instrucciones.

—Pero las cosas cambian mucho en quince años —le recordó.

Él tampoco necesitaba que le recordara eso. Ya no se parecía nada al jovencito que se había marchado de Palo Verde para estudiar en la universidad. Siempre le había parecido extraño que al final terminara en una ciudad con nombre parecido, Palo Alto, aunque ese parecido era lo único que tenían en común.

—Sólo intentaba ayudar —insistió ella.

Wendy le puso una mano en la pierna y él maldijo su suerte. En cuanto sintió el calor de su mano, se excitó. De haber podido, habría seguido de largo, habría tomado una de las carreteras de montaña, habría sacado a Wendy del coche y le habría hecho el amor en cualquiera de los bosques de la zona.

Pero no podía ser. Para empezar, tenían a una niña en el asiento trasero en el coche. Y para continuar, había decidido mantener las distancias con ella.

Ni siquiera le tranquilizaba pensar que la celebración duraría poco y que luego se marcharía de Palo Verde y no volvería nunca. Tampoco le tranquilizaba el hecho de que al día siguiente llegaran Matt, Claire, Ford, Kitty e Ilsa; sus amigos contribuirían a suavizar el encuentro familiar, pero no demasiado. Dos días en Palo Verde le parecían una eternidad.

Sin embargo, sabía que Wendy no tenía la culpa. Era una víctima como él; una víctima cuya situación había empeorado durante la semana anterior por su empeño en mantener las distancias. Quizás había llegado el momento de reconocer sus errores.

—Lo siento, Wendy. Es que…

Wendy rió.

—¿Que lo sientes? ¿Que tú lo sientes? No es tu familia la que nos ha empujado a esa estúpida celebración. Soy yo quien debería pedir disculpas.

—No, no lo digo por eso. Lo digo por nosotros… me he portado mal contigo.

—Eso no te lo voy a discutir.

—Y sé que mi humor ha empeorado últimamente. Es que…

—¿Sí?

—Es que no ardo precisamente en deseos de que los conozcas.

—¿De que los conozca? ¿De qué estás hablando?

—De mi familia.

—Oh, vamos, dudo que tu familia sea tan manipuladora como la mía.

—No, pero tu familia es…

—¿Rica? —lo interrumpió—. Eso es lo que ibas a decir, ¿verdad? Pero ser rico no es una excusa para portarse mal.

—No, eso no es lo que quería decir.

—¿De qué tienes miedo, Jonathon? ¿Crees que te voy a apreciar menos cuando conozca a tu familia? ¿Crees que mi opinión sobre ti empeorará cuando compruebe personalmente que creciste en la pobreza?

Wendy sonó tan indignada que Jonathon no se atrevió a responder afirmativamente. Se limitó a guardar silencio.

Justo entonces, él detuvo el coche en un semáforo en rojo. Ella se giró hacia él y añadió:

—A mí no me importa ni tu pasado ni de dónde vienes, pero ten cuidado con mi familia. Sobre todo con Helen. Si puede aprovechar tu pasado para dejarte en mal lugar, lo hará. Recuerda que haga lo que haga y diga lo que diga, tu pasado no empeora lo que pienso de ti… bien al contrario, lo mejora. Yo nací en una familia rica. No tuve que esforzarme para salir adelante. Pero tú trabajaste muy duro por cada penique que tienes.

Las palabras de Wendy tranquilizaron un poco a Jonathon. Casi estuvo a punto de creer que tenía razón, que la pobreza de su pasado lo había convertido en un hombre mejor.

Pero sólo casi. Y sólo a punto.

Capítulo 14

Wendy ya había probado las rosquillas de Cutie Pies y, por supuesto, sabía muchas cosas sobre el establecimiento; pero casi todo lo que sabía, lo sabía porque Matt se lo había contado. Teniendo en cuenta que su esposa era la propietaria del restaurante, a Wendy no le habría extrañado que exagerara un poco. Sin embargo, el local resultó ser encantador y la comida, muy buena.

Por desgracia, la comida no sirvió para rebajar la tensión del ambiente. Por si la situación no fuera suficientemente difícil, a Helen se le había ocurrido la idea de invitar a los hermanos de Jonathon sin avisarlo antes.

Helen y su esposo, Hank junior, ya habían llegado cuando entraron en el local. Helen, una mujer rubia y de aspecto refinado, parecía completamente fuera de lugar en el restaurante, demasiado popular para ella. Repartió besos a diestro y siniestro y prácticamente secuestró a Mema en cuanto pasó por la puerta.

—Llamé desde nuestro avión privado para reservar una mesa, pero este restaurante es tan antiguo que ni siquiera aceptan reservas —les informó Helen.

El Cutie Pies era un establecimiento cálido y limpio, de camareros agradables pero sin refinamiento alguno. A Wendy le gustó tanto como le disgustó a Helen, que sacó una toallita antiséptica del bolso y limpió la mesa donde se sentaron.

Después, antes de que nadie tuviera ocasión de echar un vistazo al menú, Helen se levantó y declaró, como si fuera la anfitriona de la fiesta:

—Mi esposo y yo os queremos dar las gracias por asistir a la celebración en honor de nuestra pequeña Gwen.

Jonathon se inclinó sobre Wendy y susurró con ironía:

—¿Nuestra pequeña Gwen?

—Te lo advierto, Jonathon… si alguna vez te atreves a llamarme «mi pequeña Gwen», te clavaré un tenedor en el estómago —replicó en voz igualmente baja.

A Peyton la sentaron en una sillita alta y le dieron unas llaves de

goma para que jugara con ellas. Jonathon miró a la niña y sonrió. Wendy miró a Jonathon y se sintió más cerca de él que nunca.

Su familia podía ser manipuladora, controladora y exageradamente obsesiva. Pero por primera vez en su vida, se sentía con fuerzas para hacerles frente. Y se sentía con fuerzas porque Jonathon estaba a su lado.

Ya no lo podía negar. Estaba enamorada de él. Sacudió la cabeza e intentó concentrarse en la conversación. Al otro extremo de la mesa, Helen dijo algo que pretendía ser gracioso y soltó una carcajada, pero sólo consiguió que Peyton se pusiera a llorar. Wendy y Jonathon se giraron al mismo tiempo para tranquilizar a la niña y sus manos se encontraron.

Durante unos segundos no hicieron otra cosa que quedarse así, mirándose. Luego, él le acarició el dorso de la mano y ella se sintió poseída por una tranquilidad absoluta. Era la primera vez que la tocaba desde que habían hecho el amor en el despacho.

Pero la mirada de Jonathon cambió de repente. Acababa de ver a la persona que había entrado en el local, una mujer de cabello largo y oscuro, extremadamente bella, que llevaba camiseta y vaqueros y tenía los ojos del mismo color que Jonathon.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Helen—. Tú debes de ser Mary, la hermana de Jonathon… nos hemos escrito tantos mensajes que ardía en deseos de conocerte.

—No me llamo Mary. Me llamo Marie —puntualizó.

Helen hizo caso omiso del comentario.

—Tenía miedo de que ninguno de los familiares de Jonathon pudiera venir —continuó—. Me alegro de haberme equivocado… bienvenida, Marie.

Helen se levantó y le dio un beso.

Marie arqueó una ceja como con disgusto.

A Wendy le cayó bien de inmediato. Pero por la expresión de Jonathon, supo que su marido no estaba muy contento.

A Marie nunca le habían gustado los ricos. Y Jonathon lo comprendió en esas circunstancias. Helen era una mujer petulante y odiosa que evidentemente se creía mejor que Marie y, tal vez, que el resto de los presentes. De hecho, no hacía el menor esfuerzo por disimularlo.

A Jonathon no le extrañó que su hermana fuera la única persona de su familia que se molestó en presentarse en la celebración. La familia siempre había sido importante para ella, a pesar de que nunca había contado con su apoyo. Pero supo que no quería estar allí. Lo supo por su forma de pedir un té y por su forma de sentarse a la mesa,

a distancia de los demás.

—Bueno, Marie, ¿por qué no nos dices a qué te dedicas? —preguntó Helen, intentando ser simpática.

Antes de responder, Marie lanzó una mirada dura a su hermano. Como si Jonathon tuviera la culpa de todo aquello.

—Me dedico a cuidar de mis hijos.

—Ah —dijo Helen.

—¿Ah? ¿Sólo eso? ¿Es que cuidar de los hijos te parece una ocupación poco importante?

—No, no, en absoluto… —contestó Helen, incómoda—. Yo también cuido de mis hijos. Sé lo que cuesta.

Wendy decidió intervenir antes de que Helen se metiera en un lío más grave con su falta de sensibilidad.

—Marie, ¿sabes si el resto de tu familia vendrá a la recepción de mañana? Me encantaría conocer a sus padres.

Marie frunció el ceño.

—Nuestro padre falleció cuando Jonathon estaba en el instituto.

—Vaya, lo siento mucho —dijo Wendy, que no sabía nada.

—Murió de cáncer. Probablemente, por culpa de todos esos pesticidas.

—¿Pesticidas? ¿Es que tu familia se dedicaba a la agricultura? —preguntó Helen.

—Bueno, nuestro padre tenía un huerto con manzanos… pero yo no diría que eso sea dedicarse a la agricultura —ironizó.

—Comprendo —dijo Helen, quien obviamente disfrutaba de la tensión que había causado—. ¿Y tu madre?

—Vive en Tucson, con su hermana.

—¿Y el resto de tus hermanos?

Jonathon interrumpió la conversación de las dos mujeres. Conocía a Marie y sabía que las cosas iban a terminar mal si Helen seguía por ese camino.

—Basta, Marie. Deja de ponerte a la defensiva. Si estás enfadada conmigo porque no os visito con más frecuencia, tienes razón… pero ya hablaremos después, en privado. Y en cuanto a ti, Helen, deja los interrogatorios para otro momento.

Helen se quedó pálida, como si le hubieran dado una bofetada.

—Pero si yo no…

—Si quieres saber más cosas de mi familia, pregúntame a mí; aunque estoy seguro de que ninguno de nosotros se ganará tu aprobación. Mi padre trabajaba en el campo y mi madre, en una tienda de comestibles. Eran muy pobres, pero me alegra poder decir que todos mis hermanos terminaron la enseñanza secundaria y que la mayoría ha ido a la universidad, aunque con becas públicas, por supuesto. ¿Alguna otra pregunta?

Nadie dijo nada.

Al cabo de unos segundos, Jonathon se levantó y añadió:

—Wendy, será mejor que vayamos al hotel a registrarnos.

Wendy alcanzó a la niña y siguió a su esposo, que pagó la comida en la barra antes de salir a la calle.

Mientras caminaban hacia el coche, ella dijo:

—Ha sido una estrategia brillante.

—¿Brillante? Ha sido una estupidez.

—No, te equivocas, ha sido brillante. Helen tiene demasiados humos; necesita que la pongan en su sitio de vez en cuando. Si supiera lo mucho que le disgusta esa actitud a Mema, se andaría con más cuidado.

—Aun así, ha sido estúpido.

—No, en absoluto. Yo estoy de acuerdo con Wendy —dijo una voz a su espalda.

Wendy y Jonathon se giraron. Era Marie.

—Los Bagdon siempre hemos tenido talento para poner a la gente en su sitio —continuó la mujer.

—De todas formas, no creo que fuera lo más conveniente.

—¿Y qué habría sido lo más conveniente? ¿Haberla matado de aburrimiento?

Jonathon rió a su pesar.

—Me alegro mucho de verte, hermanito. Aunque haya tenido que enfrentarme a esa bruja del restaurante.

Marie se dio la vuelta con intención de volver al local.

—¡Espera! —dijo Wendy—. ¿Vendrás mañana a la recepción?

—No te ofendas, pero ningún Bagdon va a poner un pie en el Club de Campo de Palo Verde. Eso es imposible.

—Pero…

—Lo siento mucho. Ah, y encantada de conocerte.

—¿Y dónde nos deja eso? —preguntó Wendy, que nunca se rendía.

Marie se detuvo.

—¿Qué quieres decir?

—Olvídate de Helen y de sus estupideces. Tal vez no sea la mejor de las situaciones posibles, pero para mí es una ocasión de conocer a la familia de tu hermano. Si ninguno de ellos tiene intención de pisar el Club de Campo, dime dónde debemos celebrar la fiesta y cambiaremos el lugar.

Marie miró a Jonathon, como preguntándole si Wendy hablaba en serio. Jonathon se encogió de hombros.

—¿La fiesta es mañana por la noche? Dudo que tengas tiempo de cambiar el sitio… sólo faltan veinticuatro horas.

Wendy sonrió.

—Estás hablando con la mujer que lleva toda la organización de la

empresa de tu hermano. No será un problema.

Marie asintió.

—Está bien, si te empeñas... se me ocurre un sitio de lo más adecuado.

—¿Qué sitio?

—Mi casa.

—Marie... —le advirtió Jonathon.

—No puedo pedirte eso —dijo Wendy—. Sería una molestia para ti.

—¿Insinúas que mi casa no es suficientemente buena para vosotros?

—No, en absoluto.

Marie sonrió, triunfante. Wendy la miró y le devolvió la sonrisa.

—Estoy segura de que tu casa es encantadora —continuó—. ¿A qué hora te parece mejor? ¿Quieres que encargue la comida a un *catering*?

—¿Encargar la comida?

Jonathon, que se había quedado con la niña, decidió no intervenir.

—No, ahora que lo pienso, no sería buena idea. Si tu familia no quiere ir a Club de Campo, tampoco querrá comida encargada. Te propongo otra cosa... si no te importa que usemos tu cocina, llevaremos todo lo necesario para preparar la cena. Mi madre es una cocinera excelente y mi padre y mi tío Hank preparan las mejores barbacoas de Texas. Pero tendríamos que llegar con tiempo, claro. ¿Te parece bien a las siete?

—Sí, pero de la mañana.

—¿De la mañana? Si iba a ser una cena.

—Así podremos pasar el día juntos. Ya puestos, Jonathon y tú podríais venir esta noche y dormir en casa.

Wendy notó el sarcasmo de Marie, pero le tomó la palabra de todas formas.

—¡Magnífica idea! A Jonathon y a mí nos encantará. Supongo que tu hermano sabe dónde vives, ¿verdad, Marie?

—Supongo que sí, porque es la casa donde él creció.

—En tal caso, nos veremos dentro de unas horas. Y me alegro mucho de haberte conocido, Marie. Siempre quise tener una hermana.

Wendy se acercó a Marie y la abrazó. La hermana de Jonathon se subió a su coche, un viejo utilitario, y desapareció en la distancia.

—Jonathon, deberías haberme advertido que tu relación con tus hermanos no es precisamente buena —protestó ella.

Jonathon se encogió de hombros.

—¿No eres tú quién siempre se precia de conocerme muy bien?

Wendy asintió a regañadientes.

—Sí, eso es verdad. Pero a pesar de todo... ¿Nunca os veis?

En lugar de responder a su pregunta, Jonathon formuló una

diferente:

—¿No te has dado cuenta de que Marie no hablaba en serio cuando nos ha invitado a pasar la noche en su casa?

—Por supuesto que me he dado cuenta; no soy tonta. Pero no iba a permitir que se quedara con la idea de que su casa no me parece suficientemente buena.

—Pues me temo que no lo es. La última vez que pasé por allí, estaba hecha un desastre —comentó su esposo—. A tu familia no le va a gustar.

—Deja que sea yo quien se preocupe por mi familia. Helen puede ser una estúpida, pero… en fin, salvaremos la situación en cualquier caso. Además, Hank se dedica a la política y sabe ser diplomático. No olvides que siempre ha contado con el apoyo de la clase media.

—Ya.

Wendy decidió interrumpir la conversación.

—Venga, ahora no tenemos tiempo para debatirlo. Tenemos que organizar una recepción en muy poco tiempo.

Wendy empezó a andar. Jonathan la tomó del brazo.

—¿Se puede saber qué pretendes, Wendy?

—¿Es que no es obvio?

—Claro que lo es. Intentas arreglar mi relación con mi familia.

—Bueno, alguien tiene que hacerlo, ¿no?

—No, nadie tiene que hacerlo. Mi relación con mis hermanos es asunto exclusivamente mío. No te metas donde no te llaman.

—Lo siento mucho, Jonathon —dijo ella con tono condescendiente —. Tu familia se convirtió en mi familia cuando me casé contigo. No voy a permanecer al margen. Es evidente que tu distanciamiento con ellos te preocupa, y alguien tiene que cerrar esa brecha.

—¿Y qué vas a ganar con eso? ¿Esperas que te dé las gracias? ¿Qué me arrodille ante ti en gesto de gratitud?

Ella frunció el ceño.

—Sólo quiero que seas feliz.

—Solventar los problemas con mi familia no me va a hacer feliz —afirmó.

Wendy alzó un brazo y le acarició la cara.

—¿Estás seguro? ¿Quieres saber lo que pienso? Pienso que nunca te has perdonado por haberte alejado de ellos. Pienso que, desde que te marchaste de Palo Verde para fundar FMJ, no has vuelto a mirar atrás… y pienso que lo lamentas.

—¿No se te ha ocurrido que, si no miraba atrás, era porque no los quería en mi vida? Puede que sea un egoísta; un canalla que quiere disfrutar a solas de su riqueza y de su éxito sin que le recuerden que nació pobre.

—No te creo, Jonathon.

—No tienes que creerlo para que sea verdad.

—¿Sabes qué es lo que creo yo? Que te gustaría arreglar las cosas y no sabes cómo. Pero afortunadamente, me tienes a mí.

Jonathon no supo qué decir, así que la dejó hablar.

—Te he visto con Peyton. He visto lo bueno y lo cariñoso que eres con ella. Y sé que debes de sentir lo mismo por tu familia… de hecho, creo que no te habías casado y tenido hijos porque te estabas castigando por haber abandonado a los tuyos. Por eso te casaste conmigo. Ése fue tu motivo real. Era tu forma de tener la familia que siempre habías querido.

—Qué tontería. Me casé contigo porque FMJ te necesita. Pero no voy a permitir que la libertad que tienes en la empresa se extienda a asuntos de mi vida privada.

—¿De qué vida privada? Tú no tienes vida privada. Tus relaciones amorosas siempre han sido tan breves como un suspiro; y en cuanto al resto de tus relaciones, Matt y Ford son tus únicos amigos —le recordó.

—Basta ya, Wendy —bramó él, enfadado—. Déjame en paz.

—No.

—¿Cómo que no?

—Que no. Que no te voy a dejar en paz.

—¿Por qué diablos te metes en esto?

—Porque ahora estamos casados y porque me importas —respondió ella, cruzándose de brazos—. Como ya he dicho, quiero que seas feliz. Y no creo que mantenerte alejado de los tuyos te haga feliz… voy a hacer todo lo que esté en mi mano por ayudarte, y a menos que estés dispuesto a echarme de la empresa y anular nuestro matrimonio, te aseguro que no puedes hacer nada por impedirlo.

Cuando terminó de hablar, Wendy dio media vuelta y se alejó hacia el Cutie Pies. Jonathon supuso que les iba a avisar del cambio de lugar de la celebración.

Mientras la miraba, pensó que el matrimonio iba a resultar una experiencia notablemente más difícil de lo que había imaginado.

Capítulo 15

Jonathon no quería pasar la tarde en compañía de aquella familia desastrosa. Y por supuesto, tampoco quería volver a la casa donde había crecido. De hecho, habría dado cualquier cosa por no salir de la lujosa habitación del hotel donde se alojaban.

Después de comer, se armó de paciencia e hizo lo posible por soportar lo que se le venía encima. Incluso se tomó la molestia de enseñar Palo Verde a la familia de Wendy, aunque sólo fuera por mantener las distancias con ella.

En cuanto tuvo ocasión, desapareció en el bar del hotel y pidió una cerveza bien fría. El tío Hank apareció en ese momento y se sentó a su lado sin esperar a que lo invitara.

—Vaya, estás aquí…

—¿Por qué lo dices? ¿Es que ocurre algo?

—No, nada en absoluto. Es que me alegro de verte. No me gusta beber solo —contestó el tío de Wendy.

Jonathon sonrió y los dos hombres se enfrascaron en una conversación sobre temas sin importancia. Pero unos minutos más tarde, cuando Jonathon ya había terminado su cerveza y se disponía a despedirse, Hank se echó hacia atrás, le pasó un brazo por encima de los hombros y declaró:

—Quería hablar contigo. De Gwen.

—¿De Gwen?

—Esta mañana, cuando te has marchado del restaurante, Mema me pidió que te fuera a buscar… y oí vuestra conversación del aparcamiento.

Jonathon no se inmutó.

—¿Y qué?

—Que ahora sé que vuestro matrimonio es una farsa.

—¿Y qué? —repitió.

—¿Sabes lo que creo? Que ha sido idea de Gwen. Creo que es una estrategia para ganarse el favor de Mema y quedarse con la custodia de la niña.

Hank soltó unas risitas y alzó su copa, como brindando por la

ingenuidad de su sobrina.

—Pero no imagino cómo consiguió convencerte para que te casaras con ella —continuó—. Eres un hombre inteligente. Dudo que te hayas metido en esto si no tienes algo que ganar.

—Estoy enamorado de Wendy —afirmó.

—No, no lo creo.

Jonathon se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa.

—No puedes demostrar que no la ame.

Hank sacudió la cabeza y echó un trago.

—Supongo que te convenció de que casarte con ella sería bueno para FMJ.

—Ella no me convenció de nada. Se lo propuse yo.

Hank lo miró detenidamente y sonrió con ironía.

—Tu empresa hace un trabajo extraordinario, ¿sabes?

—Claro que lo sé. Pero ¿adónde quieres llegar?

—Sé que esperas firmar un contrato importante con el gobierno. Vuestros dispositivos de control de gasto energético son impresionantes. Matt me dijo que, si firmáis ese acuerdo, todos los estados de la federación contratarán vuestros servicios. Podría ahorrar millones de dólares al país.

—Matt no debía enseñarte esos dispositivos.

—Tal vez no, pero le pudo el entusiasmo… y debo añadir que me interesó mucho.

—¿Qué me estás diciendo, Hank? ¿Que haga lo que tú me pidas a cambio de que nos apoyes con ese contrato?

—No, por supuesto que no. Eso sería nepotismo; ahora formas parte de la familia —respondió Hank—. Pero podría hacer bastante para que ese acuerdo no llegara a buen término.

—Comprendo.

—Anula vuestro matrimonio. Quiero que Wendy vuelva a casa, con su familia.

—No.

—Oh, vamos, piensa en esos maravillosos dispositivos vuestros. Si no firmáis el contrato, se quedaran en los almacenes, acumulando polvo.

—¿Me estás amenazando?

Hank sonrió.

—No te estoy amenazando a ti; estoy amenazando a FMJ. No te equivoques, Jonathon. Si anulas el matrimonio con mi sobrina, me encargaré de que a tu empresa y a ti os pasen cosas muy agradables.

—Pero sólo si me alejo de Wendy y de Peyton.

—Exacto.

—No lo entiendo, Hank. ¿Por qué haces esto? ¿Por qué te tomas tantas molestias? Wendy cree que todo es por el dinero que heredaría

la niña, pero yo no lo creo. ¿Es que Mema te ha presionado?

—No, ella sólo quiere que Wendy la visite más a menudo. Aceptaría la situación si le prometiera que llevará a Peyton a Texas de vez en cuando.

—¿Entonces? ¿Por qué no permites que Wendy se quede con la custodia?

Hank lo miró con dureza.

—Adoro a Gwen, Jonathon. Tampoco te equivoques con eso. Mi sobrina es muy valiente… yo diría que es bastante más valiente que Hank junior y que Helen. Pero a Helen la puedo controlar; a Helen sólo le interesa el dinero —respondió—. En cambio, Gwen es incontrolable. Y el dinero no le importa.

—Ya. ¿Y qué hay de mí?

—Bueno, tú eres un hombre de negocios. Has trabajado muy duro para llegar adonde estás y no lo vas a perder todo por una mujer y un bebé. Harás lo que sea mejor para FMJ.

Jonathon sacudió la cabeza y rió.

—¿Sabes una cosa? Wendy me advirtió de que harías exactamente lo que estás haciendo.

—¿A qué te refieres?

—Dijo que su familia siempre encontraba la forma de retorcer las situaciones para volverlas contra ella.

Durante un momento, Jonathon tuvo la sensación que Hank lo iba a negar; pero se encogió de hombros y asintió.

—Antes nos lo ponía más fácil; salía con hombres mucho más débiles que ella. Pero tú no eres así, hijo.

—No, yo no soy así. Pero sigues sin responder a mi pregunta. ¿Por qué te niegas a que Wendy se quede con la custodia? Por lo que tengo entendido, intentaste controlar a tu hija, a Bitsy, y el tiro te salió por la culata… ¿Por qué haces lo mismo con Peyton?

—¿Por qué pica el escorpión a la tortuga? Porque está en su carácter —respondió, citando la conocida fábula—. Y la gente no cambia nunca.

Jonathon se levantó.

—Con el debido respeto, Hank, he pasado casi toda mi vida en el norte de California y no entiendo las fábulas de escorpiones. De hecho, jamás he visto un escorpión.

—¿Ésa es tu forma de decir que rechazas mi oferta?

—En efecto.

Hank arqueó una ceja.

—¿Puede ser que realmente estés enamorado de Gwen? ¿Crees que la vas impresionar por oponerte a mí?

Jonathon tardó un momento en reaccionar. No se le había ocurrido que pudiera estar enamorado de Wendy. Pero quizás lo estaba.

—No, no creo que eso la impresione. Entre otras cosas, porque no le voy a decir nada de esta conversación.

—Recuerda lo que puedo hacer, Jonathon. Puedo asegurarme de que todas las instituciones del país tengan uno de los dispositivos de FMJ. O puedo asegurarme de que el gobierno rechace ese acuerdo y cualquier otro acuerdo que le presentéis en el futuro.

—Caramba, Hank, me estoy muriendo de miedo. ¿Quieres que tiemble un poco?

Hank le lanzó una mirada fulminante. Y de repente, rompió a reír.

—¿Sabes, Jonathon? Me caes bien. Es una pena que no vayas a seguir en mi familia.

—No voy a aceptar tu oferta.

—No, todavía no, pero al final la aceptarás. Piénsalo detenidamente y haz unos cuantos cálculos. Cuando te des cuenta de todo el dinero que puedes perder, tomarás la decisión adecuada. Ninguna mujer vale tanto dinero.

Jonathon tampoco se inmutó en esta ocasión. Ya había hecho cálculos. Los ha había hecho en cuanto Hank empezó a hablar.

—Puede que tengas razón; puede que ninguna mujer valga tanto. Pero te equivocas al pensar que me niego por ella… me niego porque aceptar extorsiones no es ni mi estilo ni el estilo de FMJ. Nosotros hacemos las cosas a las claras. Conseguimos contratos porque nuestros productos son los mejores del mercado, no porque tengamos contactos en las altas esferas. FMJ es una empresa honorable.

Hank lo miró con ironía.

—No dudo que ésa sea la política de FMJ, pero te he investigado, Jonathon. Eres un hombre muy ambicioso, y durante mis veinticinco años de vida política, he aprendido que los hombres tan ambiciosos como tú nunca desaprovechan una buena ocasión.

—Sí, bueno, es posible que tengas razón conmigo. Pero yo sólo poseo un tercio de las acciones de FMJ. Y estás perdiendo el tiempo.

Jonathon se giró y se marchó sin decir una palabra más.

Wendy sabía unas cuantas cosas sobre la infancia de Jonathon, y esperaba que su casa fuera poco más que una chabola. Pero la casa de Marie resultó ser un hogar medio normal y corriente, en un vecindario de clase media baja. Era pequeña, pero también bonita. Y la presencia de bicicletas y juguetes en el jardín avisaba sobre los niños que vivían en su interior.

Jonathon aparcó al otro lado de la calle, apagó el motor y miró la casa. Su expresión era tan sombría que Wendy intentó animarlo.

—Pues tenías razón. Esa casa es un desastre. Es tan espantosa que tengo miedo de que nos peguen una hepatitis.

—Era peor cuando yo era niño.

—Todo parece peor cuando eres niño —bromeó ella—. Venga, vamos a entrar de una vez… piensa que tu familia no puede ser más insoportable que la mía.

Salieron del coche y se dirigieron a la puerta de la casa. Les abrió una joven de veintipocos años, con un cabello tan oscuro y brillante como el de Marie y los típicos ojos verdes de todos los Bagdon.

—¡Tío Jonny! ¡Cuánto me alegro de verte!

Jonathon con cierto asombro. Obviamente, no esperaba un recibimiento tan caluroso.

—Hola, Lacey…

—No has cambiado nada, tío —comentó la joven—. Y tú debes de ser Wendy… bienvenida a la familia.

Lacey la abrazó, los acompañó al interior de la casa y gritó:

—¡Mamá, ya están aquí! ¿Por qué no me habías dicho que era tan guapa?

Durante la hora siguiente, Wendy conoció a tantas personas que tuvo problemas para recordar sus nombres. Los hermanos de Jonathon no se habían presentado, aunque Marie les aseguró que intentaría convencerlos para que se pasaran al día siguiente, por la tarde.

Wendy estaba charlando con Mark, el marido de Marie, cuando Lacey apareció y se hizo cargo de Peyton.

—Es que quiero acostumbrarme a los bebés —explicó la joven—. Mi madre me ha prohibido que tenga hijos hasta trece años después de salir de la universidad.

—Tu madre es una mujer inteligente —dijo Wendy con humor.

Cuando Marie se marchó con la niña, Wendy echó un vistazo a su alrededor y vio que Jonathon salía al patio exterior de la casa. Se disculpó con Mark y lo siguió. Ya era de noche, así que el lugar estaba a oscuras; pero lo distinguió a la luz de la luna, junto a un árbol.

—¿Tan malos te parecen que has tenido que salir al patio para esconderte de ellos?

—No, en absoluto. Sólo quería comprobar si el árbol seguía aquí. Lo trasplanté el día en que enterramos a mi padre. Lo encontré junto a la tumba y lo traje a casa.

—No es posible. No parece que tenga más de diez años.

—Tiene casi veinte —puntualizó—. Los árboles crecen más despacio que las personas.

Ella asintió.

—Y aquí estoy yo, a los veintisiete años, cometiendo los mismos errores que cometía a los diecisiete —bromeó.

—Yo no estaría tan seguro de eso. Parece que últimamente te llevas mejor con tu familia.

Ella se encogió de hombros.

—Es posible. Mi madre dijo algo el otro día que me sorprendió. Dijo que Mema siempre ha estado en contra de las madres solteras porque…

—Porque ella fue madre soltera —la interrumpió Jonathon—. Se quedó embarazada de su primer marido, que falleció en la guerra de Corea.

—¿Cómo lo has sabido?

—No es ningún secreto. Sólo tuve que investigar un poco por Internet.

—Yo no supe esa historia hasta hace unos años. Siempre pensé que mi abuelo era el padre del tío Hank. No imaginaba que Mema hubiera tenido un marido anterior. Y como mi abuelo trataba a Hank y a mi padre del mismo modo…

Los ojos de Wendy se llenaron de lágrimas. Jonathon se acercó a ella y la abrazó para animarla.

—Dime una cosa, Wendy. Si hubiera habido alguna forma de que te quedaras con Wendy sin tener que volver a Texas, ¿te habrías casado conmigo?

Ella decidió ser sincera, aunque sabía que le iba a hacer daño. Lo conocía muy bien y notó que su voz había sonado de forma distinta. No se lo estaba preguntando por simple curiosidad. La respuesta era importante para él.

—Sí —dijo.

Un momento después, Jonathon dio un paso atrás y la tomó de la mano.

—Supongo que es hora de acostar a Peyton.

Los dos volvieron al interior de la casa. Wendy se mostró entusiasta y alegre, aunque no dejaba de pensar en la pregunta de Jonathon y en su respuesta. Al admitir que se habría casado con él de todas formas, había admitido algo bastante más importante: que estaba enamorada. Pero no sabía si Jonathon se habría dado cuenta.

Al cabo de un rato, Marie acompañó a Wendy y a su hermano a la habitación donde iban a pasar la noche. Había literas contra una pared, pero les habían instalado una cama en el suelo, en el escaso espacio sobrante.

—¿Estás segura de que no quieres volver al hotel? —preguntó Jonathon.

—Esto no está tan mal. He dormido en sitios peores.

—¿En serio?

—Sí. De hecho, durante mi época de estudiante, viajé con un simple macuto por toda Europa —contestó—. Y eso, sin contar los hoteluchos donde me he alojado por culpa de FMJ.

—¿Por culpa de FMJ? —preguntó, sorprendido.

—¿Has olvidado aquel hotel de Tokio? —dijo, mientras empezaba a desnudar a la niña—. Las habitaciones eran del tamaño de una ducha; y las camas, tan pequeñas que no cabía ni yo.

—Qué curioso. Yo no me acuerdo de nada.

—No, claro que no —ironizó ella, entre risas. Cuando Wendy tumbó a la niña en la cama, Jonathon la miró con tanta intensidad que ella se vio obligada a preguntar:

—¿Qué pasa?

—Nada. Que cada día lo haces mejor.

—Sí, sólo llevo un mes de madre y ya soy toda una especialista —declaró con sarcasmo.

—Lo digo en serio. Eres una madre excelente.

Ella frunció el ceño y se dispuso a dar el biberón a Peyton.

—La niña y yo estamos perfectamente instaladas.

¿Por qué no vuelves con tu familia y socializas un poco? Entre tanto, me encargaré de que se quede dormida.

—No, yo…

—Insisto. Además, este fin de semana ha sido bastante duro para mí. Me gustaría estar unos minutos a solas con Peyton.

Él supo que Wendy no lo decía en serio; estaba empeñada en que arreglara las cosas con su familia y aprovechaba cualquier excusa para salirse con la suya.

Pero por otra parte, cabía la posibilidad de que realmente necesitara a estar a solas.

Capítulo 16

Wendy no tenía más respuestas cuando se despertó que cuando se había quedado dormida. Y para empeorarlo todo, Jonathon había elegido aquella noche para volver a dormir con ella, así que despertó con la cabeza apoyada en su pecho y una pierna literalmente encima de una más que notoria erección.

Tardó unos momentos en recordar dónde estaba. Después, se levantó, alcanzó la ropa y salió de la habitación. En la cocina se encontró con Lacey, que se estaba tomando un café y preparando unos gofres con una especie de plancha vieja.

—Espero que estés preparada para probar los famosos gofres de chocolate y plátano de los Bagdon. ¿Te gustan?

—¿Los gofres? Sí, claro, me encantan.

Wendy se acercó a la cafetera y se sirvió una taza.

—Éstos no son gofres normales y corrientes. Son un invento suyo.

—¿De quién estás hablando?

Lacey la miró a los ojos.

—Del tío Jonny, por supuesto. ¿Es que no te los ha preparado nunca?

—No, la verdad es que no.

Lacey frunció el ceño.

—Pues no lo entiendo. A mí me los preparaba constantemente.

Wendy se sintió atrapada. Pero no le podía decir la verdad; no podía confesar que Jonathon no estaba enamorado de ella, que sólo se habían casado para que pudiera mantener la custodia de la niña.

—Bueno, puede que no me los haya preparado porque le recuerdan demasiado a ti —comentó.

Lacey sonrió y asintió lentamente.

—Sí, eso sería muy típico de él.

—Sí, desde luego —acertó a decir, sorprendida por la afirmación.

Lacey sacó un plato, le sirvió uno de los gofres y lo cubrió de chocolate y plátano en rodajas. Wendy se quedó algo extrañada.

—¿No deberíamos esperar a que lleguen los demás? —le preguntó.

—No. Nuestra norma al respecto es bien clara; quien llega primero, come primero. Anda, tómatelo antes de que se enfríe.

Wendy alcanzó el cuchillo y el tenedor y probó un bocado. El dulzor del plátano contrastaba maravillosamente con el sabor agridulce del chocolate negro. Estaba tan bueno que cerró los ojos de puro placer.

—Sabía que te gustarían.

—Está divino…

Lacey se sirvió otro gofre para ella y se sentó con Wendy. Tras unos segundos de silencio, suspiró y dijo:

—El tío Jonny me los solía preparar cuando yo era una niña. Cuidaba de mí porque mi madre trabajaba entonces en un restaurante de la zona y estaba ocupada los fines de semana.

—¿Cuántos años tenías?

—Seis o siete, creo recordar. Él se marchó a la universidad cuando yo tenía ocho años.

—¿Y no os habíais visto desde entonces?

Lacey se encogió de hombros.

—No… Bueno… no.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Os habéis visto? ¿O no?

—No, no nos hemos visto desde entonces. Pero todos sabíamos que estaba cerca, vigilándonos, atento a lo que nos pasara.

—¿Atento a lo que os pasara?

—Por supuesto. Siempre ha cuidado de nosotros, incluso estando lejos. Parece un tipo distante y frío, pero no lo es en absoluto… todavía me acuerdo de lo del laboratorio del colegio.

—¿Qué pasó? —preguntó Wendy, cada vez más sorprendida.

—Yo había ganado un concurso regional de ciencias, pero no tenía dinero para asistir al concurso estatal. Mi colegio puso un anuncio en el periódico para buscar gente que quisiera ayudar a financiar el viaje de los alumnos… y de repente, apareció un donante anónimo que se hizo cargo de todos los gastos. Al año siguiente, el mismo donante nos regaló un montón de equipos nuevos para el laboratorio.

Lacey se llevó un bocado de gofre a la boca antes de seguir hablando.

—Yo siempre pensé que habíamos tenido mucha suerte, pero…

—¿Pero?

—No fue suerte. Nos pasaban muchas cosas como ésa, todo el tiempo. Me acuerdo de cuando mamá se quedó sin trabajo, antes de que se casara con Mark… un día, el conductor de una furgoneta que llevaba congelados apareció en nuestra puerta y dijo que la furgoneta se le había estropeado y que si queríamos la comida que llevaba, porque si no, se le iba a estropear.

—¿Crees que fue cosa de Jonathon?

—Por supuesto que sí. A mamá le molestaba que hiciera esas cosas, pero a mí me gustaba saber que nos estaba vigilando, cuidando de nosotras.

—¿Por qué le molestaba a tu madre?

—Porque habría preferido que mi tío volviera a casa —respondió —. Pero al final se la ganó… creo que fue por lo de la beca.

—¿La beca?

Lacey asintió.

—Sí. De repente, mi instituto ofreció una beca universitaria a los diez mejores alumnos de ciencias. Sólo había una condición: que

hicieran una carrera de ciencias o una ingeniería.

—Qué casualidad…

Wendy no salía de su asombro; Jonathon había estado cuidando de su familia durante años, en secreto. De hecho, estaba tan desconcertada que no se dio cuenta de que Lacey le estaba diciendo algo.

—Eh, ¿qué te pasa?

—Nada, nada… es que estaba pensando.

—Pues espero que estuvieras pensando en algo importante, porque todavía no has terminado tu gofre.

—Sí, bueno, estaba pensando en lo que me has contado, en la generosidad de Jonathon, en su altruismo.

—Mi tío siempre ha sido así. Si yo estuviera en tu lugar, supongo que su generosidad sería una de las cosas que más me gustarían de él.

—Y a mí, claro. Si lo hubiera sabido —confesó.

—¿Es que no te ha dicho nada? Oh, Dios mío… —dijo Lacey, súbitamente nerviosa—. Discúlpame, Wendy. No debía haberte contado esas cosas. Ahora vas a pensar que Jonathon no te lo ha contado porque no confía en ti… maldita sea. Cuando por fin conoce a una mujer que le gusta, voy y lo estropeo todo.

Lacey se levantó de la mesa, visiblemente afectada. Wendy se puso en pie y la tomó de la mano.

—Tú no has estropeado nada, Lacey. En todo caso, la culpa es suya por ser tan reservado.

—¿Reservado? No, no te equivoques con mi tío. No es reservado; es tímido.

Wendy arqueó una ceja.

—¿Tímido? ¿Por qué dices que Jonathon es tímido?

—Bueno, quizás no sea tímido, pero nunca habla de sus sentimientos.

—Ya lo había notado —ironizó.

—Que no hable de sus sentimientos, no significa que no los tenga. De hecho, hay una persona con la que no es tímido… Peyton.

—¿Peyton? ¿Insinúas que habla con Peyton sobre sus sentimientos?

—¡Desde luego que sí! Anoche, me desperté y fui a la cocina a beber un vaso de agua. Mi tío estaba allí, hablando a la niña. La tenía en brazos. Le estaba dando un biberón y le decía que ella era más importante para él que un contrato con el gobierno.

—¿Estás segura de eso? ¿No lo habrás soñado?

—No, no lo he soñado.

—¿Jonathon le dijo a Peyton que era más importante que un contrato con el gobierno?

Lacey frunció el ceño.

—Suena un poco extraño, ¿verdad? Quizás lo entendí mal, pero fuera como fuera, preferí no interrumpir y me volví a la cama.

Wendy no lo dudó ni un segundo. Sacó el teléfono móvil y marcó el número de su madre.

—Hola, mamá, ¿ya has desayunado? Sí, sí… sé que es pronto para llamar por teléfono, pero necesito hablar con el tío Hank. ¿Le puedes pedir que se ponga al teléfono?

Wendy cortó la comunicación al cabo de unos pocos minutos. Como se temía, sus sospechas eran ciertas.

Salió de la cocina y se dirigió inmediatamente al dormitorio que había compartido con su esposo y la niña, pero los dos habían desaparecido. Al pasar por delante de la habitación principal, vio que Peyton se lo estaba pasando en grande con un juguete que le había dado Natalie, otra de las sobrinas de Jonathon.

—¿Tienes idea de dónde está Jonathon? —le preguntó.

—En la ducha. Me ha pedido que cuidara de Peyton en su ausencia.

—Gracias.

Cuando llegó al cuarto de baño, llamó a la puerta y la abrió.

—¿Jonathon?

—¿Qué diablos…?

—Tengo que hablar contigo.

Wendy entró, cerró la puerta a su espalda y echó el pestillo; Jonathon apenas tuvo tiempo de alcanzar una toalla y ponérsela alrededor de la cintura. A pesar de su enfado, ella se rindió a la tentación de admirar su pecho. Pensaba que, después de lo ocurrido entre ellos, habría desarrollado algún tipo de inmunidad hacia su esposo. Pero se equivocó. En realidad, lo deseaba más que nunca.

—¿Qué ocurre? ¿Necesitas algo? —dijo él, extrañado.

—¿Mi tío te ha intentado extorsionar? —preguntó directamente.

Jonathon se puso tenso.

—¿Con quién has estado hablando?

—Contesta a mi pregunta.

Justo entonces, alguien llamó a la puerta.

—Espera un momento… —dijo él.

Wendy no supo si le hablaba a ella o a la persona que estaba llamando.

—¡Necesito un cuarto de baño y el otro está ocupado!

—Es Sara —susurró Jonathon.

—¡Tengo que entrar ya! ¡O me lo haré encima!

Wendy no se lo pensó dos veces; se metió en la ducha, en la parte donde no caía agua, y corrió la cortina para que la niña no la viera.

Sin embargo, Jonathon tuvo que salir de todas formas porque ella había echado el pestillo de la puerta.

—Venga, entra —dijo Jonathon—. Pero date prisa.

Sara entró inmediatamente.

—¡Tío, estás medio desnudo!

—Claro, me estaba duchando.

—Pues no podré hacer nada si tú estás aquí —protestó la jovencita.

—Está bien, me daré la vuelta para no mirar.

—Vale, pero vuelve a la ducha. ¡Y no escuches!

Jonathon no tuvo más remedio que volver a la ducha. Y como Wendy no tuvo más remedio que retroceder para hacerle sitio, terminó debajo del agua y se empapó en cuestión de segundos.

Ella se estremeció, pero no precisamente de frío. De hecho, no tenía frío. No podía tener frío cuando Jonathon estaba tan cerca, mirándola de arriba abajo, disfrutando de su visión con toda la ropa pegada al cuerpo.

Unos momentos después, la niña tiró de la cadena y el agua de la ducha se enfrió repentinamente. Luego, Sara salió del cuarto de baño y cerró la puerta.

Se habían quedado a solas. Bajo el agua.

—Y ahora, ¿podrías hacerme el favor de marcharte y dejar que me duche en paz? —declaró él, refrenando a duras penas su deseo.

—No, no me marcho. No me marcharé hasta que respondas a mi pregunta. ¿Mi tío te ha extorsionado para que anules nuestro matrimonio?

—Márchate, Wendy.

—Pero…

—Sal. Ahora mismo. O no respondo de mis actos.

—No me iré hasta que me expliques…

Jonathon no le dio ocasión de terminar la frase. La tomó entre sus brazos y la besó con apasionamiento, como si la quisiera consumir en su ardor. Sus manos parecían estar en todas partes al mismo tiempo, fundiéndose con el agua de la ducha. Le tocó el cabello, el cuello, los pechos; le acarició la piel de la cintura y los pezones.

A continuación, le quitó la camiseta y el sostén y los dejó caer al suelo antes de seguir acariciándola. Era como si quisiera absorber toda su esencia con las manos, como si intentara establecer un lazo irrompible entre ellos.

Sin embargo, Wendy pensó que quizás se lo estaba imaginando, que tal vez estaba proyectando en él sus propias emociones. Porque no podía dejar de tocarlo. No podía dejar de explorar su maravillosa piel desnuda.

Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, Wendy le puso una mano en el pecho, cerró el grifo. Después, alcanzó una toalla, se

secó el cabello y salió de la ducha. Él siguió dentro, apoyado en la pared, como si estuviera haciendo esfuerzos por recobrar el control.

—¿Por qué no me lo habías contado? No intentes negarlo, Jonathon. He hablado con mi tío y me ha dicho la verdad.

—Pues si te ha dicho la verdad, sabrás que no pasó nada. Me hizo una oferta y yo la rechacé. Eso ni siquiera es extorsión. Sólo es intento de extorsión.

Ella lo miró con dureza, pero su respuesta le pareció tan graciosa que rompió a reír.

—Ah, es típico de ti. Todo lo conviertes en un tecnicismo.

—¿Te has enfadado conmigo? —preguntó él, confuso—. No te lo podía decir, Wendy. No quería que pensaras que tu tío es un canalla.

—Que tontería. Ya sabía que lo es —afirmó—. ¿Por qué te lo has callado, Jonathon?

—Porque… porque…

—¿Querías protegerme? —lo interrumpió—. Claro, es eso, querías protegerme. Pues deja de hacerme favores, por favor. No me ayudas en absoluto.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Por supuesto que no —dijo con una risotada amarga—. Por fin he entendido por qué te esfuerzas tanto para que esto salga bien. Dejaste a tu familia cuando eras muy joven y todavía no habías encontrado la forma de arreglar las cosas con ellos.

—¿Qué relación hay entre mi familia y el asunto de Hank?

—Que te encantan los niños. Sabías que serías un gran padre, pero no te atrevías a tener una familia propia porque creías que no lo merecías, porque habías abandonado a los tuyos. Peyton y yo somos una especie de premio de consolación —respondió ella—. Piénsalo un momento, Jonathon… ¿Por qué te casaste conmigo?

—Para que mantuvieras la custodia de Peyton.

—No, ése fue mi motivo, no el tuyo. Tú dijiste que te ibas a casar conmigo porque era lo más conveniente para FMJ; pero en algún momento del proceso, lo olvidaste. Pero no te preocupes por eso. Todavía soy tu secretaria, y haré todo lo que esté en mi mano por facilitarte las cosas. Sé que la empresa es lo más importante para ti. Siempre lo ha sido.

—Basta ya, Wendy. No voy a aceptar la oferta de Hank.

—Está bien, no la aceptes. La aceptaré yo. Es la única forma de que consigas ese acuerdo con el gobierno.

—Ni se te ocurra —dijo él, enfadado—. No voy a permitir que sacrifiques nuestro matrimonio por un estúpido contrato.

—Lo siento, Jonathon, pero tú no eres el único que adora esa empresa. Yo creo en ella y sé que harás grandes cosas con ella aunque yo no esté a tu lado. No me decepciones, por favor.

—¿Te has vuelto loca? ¿Vas a dejar que se salga con la suya? ¿Me vas a abandonar por el contrato del gobierno?

—No debí casarme contigo, Jonathon. Fue un error.

—No, no te creo. No creo que lo digas en serio.

Wendy intentó salir del cuarto de baño, pero él la agarró del brazo y se lo impidió.

—Si quieres dejarme, déjame. Pero no me digas que me dejas porque es lo mejor para FMJ —bramó Jonathon—. No te mientas a ti misma.

—Si me quedara contigo en estas circunstancias y perdieras el contrato, te arrepentirías más tarde y me guardarías rencor. No lo podría soportar.

—Olvidas que ya hemos consumado nuestro matrimonio. Conseguir la anulación no te resultará fácil —le advirtió—. No te lo voy a poner fácil.

Ella sonrió con tristeza.

—Bueno, sabía que no iba a resultar fácil.

Wendy salió del cuarto de baño, empapada como estaba. Jonathon se quedó tan sorprendido que tardó un minuto en reaccionar y seguirla. Sólo llevaba la toalla alrededor de la cintura y, obviamente, sus familiares se quedaron atónitos a medida que avanzaba por la casa. Cuando llegó al dormitorio de invitados, donde habían dormido, vio que dentro estaba Natalie.

—¿Se ha llevado a Peyton?

—Sí, ha entrado y se la ha llevado. ¿Qué ocurre?

Jonathon no lo dudó. Salió de la casa a toda prisa.

Wendy ya se había metido en el coche.

Intentó detenerla, pero fue inútil. Wendy arrancó y se marchó. Ahora ni siquiera tenía un vehículo para volver a casa. Aunque eso era lo de menos, porque sin Wendy y sin Peyton, ya no tenía hogar.

Jonathon permaneció allí un buen rato, contemplando la calle vacía. Y habría seguido allí si su hermana no se hubiera acercado.

—Vaya, tienes un efecto increíble en las mujeres —ironizó.

—¿Cómo te las arreglas para seguir irritándome después de tanto tiempo? —preguntó él.

Ella sonrió.

—Soy tu hermana mayor, Jonathon. Estoy obligada a llamarte la atención cuando cometes un error monumental.

—Gracias. Me has ayudado mucho —dijo con sarcasmo.

Jonathon dio media vuelta y volvió a la casa.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella.

—¿Qué crees que voy a hacer?

—Bueno, si realmente eres mi hermano, irás a buscarla de inmediato.

—Necesitaré que me prestes el coche.

—¿Que te lo preste? En modo alguno. ¿Crees que te voy a dejar solo en semejante situación?

—Esperaba que sí.

—Ni lo sueñes, cuñado —dijo Matt, que se había acercado a ellos—. Esto es lo más divertido que nos ha pasado desde que aquel camión de juguetes tuvo un accidente en la esquina y todos los niños del barrio tuvieron juguetes gratis justo antes de Navidad.

Un buen rato después, cuando Wendy ya había hablado con Hank y había aceptado la oferta que Jonathon había rechazado, la mitad de los Bagdon del condado se presentaron en la suite del hotel donde se alojaban los Morgan.

Al verlos, Wendy se levantó de la silla donde se había sentado, con la niña en brazos.

—¿Qué diablos…?

—No voy a permitir que me dejes —declaró Jonathon.

—Y yo no voy a discutir este asunto delante de todo el mundo —replicó ella.

—Si no querías discutir delante de todos, no deberías haberte marchado. Pero si lo prefieres, podemos volver a casa de mi hermana y continuar la conversación en la ducha.

Wendy miró a su alrededor, impotente, y vio que su abuela sonreía con humor.

—Querida mía —dijo Mema—, me parece evidente que ya no podremos desayunar en paz, así que escucha lo que tenga que decir.

—Está bien… empieza a hablar.

Antes de que Jonathon pudiera hablar, Lacey se acercó y dijo:

—Deja que me encargue de Peyton, Wendy. Así tendrás las manos libres.

—No, no hace falta —afirmó, obstinada.

—Oh, por Dios —intervino Marian—. Será mejor que me encargue yo de la niña.

—No, nada de eso —insistió Wendy—. Adelante, Jonathon, te escucho.

—Quiero que me des otra oportunidad. Tú y yo nos llevamos muy bien.

—Sí, en la cama. Eso es innegable, pero necesito más que eso.

—Tienes más que eso, Wendy. Puede que tengas razón con tu teoría sobre mi familia y mi sentimiento de culpabilidad, pero no me casé contigo por eso. Me casé contigo porque te amo, Wendy… de hecho, creo que siempre te he amado —dijo con una sonrisa—. Y tengo miedo. No sé lo que haría si me abandonas.

Ella se mordió el labio, intentando contener las lágrimas.

—Sigue, te estoy escuchando.

—Además, no me podrías abandonar sin romper los términos de nuestro acuerdo matrimonial. Te empeñaste en que, si nos divorciábamos, los dos nos quedaríamos con las propiedades que tuviéramos antes, ¿verdad? Pero si nos divorciamos, tú te llevarás algo mío, algo muy importante, mi corazón.

Wendy se acercó a él, le acarició el cabello y le besó apasionadamente, ante la mirada de todos. Después, se apartó un poco y dijo:

—Yo también te amo, Jonathon Bagdon. Y al igual que tú, tengo miedo de lo que pueda pasar. Pero al menos, no estaremos solos.

—Entonces, ¿te casarás conmigo? Es decir… ¿te volverás a casar conmigo, Gwendolyn Leland?

Ella le pasó los brazos alrededor del cuello y dijo:

—Por supuesto. Pero no me llames Gwendolyn Leland. Prefiero Wendy Bagdon.

Wendy se giró y vio que todos los Bagdon contemplaban la escena con una mezcla de emoción y alegría; pero entre los Morgan, las reacciones eran diferentes: el tío Hank fruncía el ceño; Hank junior estaba comprobando los mensajes de su móvil; Helen parecía al borde de una crisis de histeria; Marian sonreía; Tim apretaba la mano de Marian y Mema, sorprendentemente, parecía feliz.

—¿Y qué pasará con el contrato del gobierno? —preguntó ella.

—Eso no importa. Somos una empresa grande. Sobreviviremos.

—¿Estás seguro?

Él la tomó de la mano y la llevó a la mesa a la que estaban sentados los Morgan.

—Estamos dispuestos a permitir que cualquiera de vosotros visite a Peyton cuando quiera —empezó a decir—, pero si alguno tiene intención de llevar lo de su custodia a los tribunales, podéis estar seguros de que lucharemos con uñas y dientes. Y al final, ganaremos. Y no volveréis a ver ni a la niña ni a Wendy.

El tío Hank quiso responder, pero Mema se le adelantó.

—No os preocupéis por eso —declaró—. Nadie se opondrá. Pero quiero ver a mi nieta y a mi bisnieta con frecuencia.

—Trato hecho —dijo Jonathon—. Y ahora, si nos disculpáis, me llevaré a mi esposa y a mi hija a desayunar. ¿Te parece bien que vayamos a Cutie Pies?

—Me parece perfecto.

Wendy no quiso mencionar que había desayunado gofres con Lacey. Cuando ya estaban a punto de llegar al restaurante, preguntó:

—¿Cuándo te diste cuenta de que te habías enamorado de mí?

Él dejó de caminar y la miró.

—Creo que siempre he estado enamorado de ti. No creerías de verdad que me casé contigo para evitar que dimitieras…

—Sí, lo creí.

—Oh, vamos, ninguna secretaria es tan buena.

Ella le dio un codazo.

—¡Yo lo soy! —protestó.

—Sí, no se puede negar que eres una secretaria magnífica —declaró él mientras la besaba en la frente—. Pero eres aún mejor como esposa.

Fin